



15 TESTIMONIOS
DE LA REPRESIÓN EN VENEZUELA

la
vida
de
nos

En el marco de un proyecto audiovisual sobre la violencia política en Venezuela y la posibilidad del perdón, **La Vida de Nos** identificó no menos de 40 casos de hechos atroces ocurridos entre 2014 y 2019. La investigación se hizo bajo los parámetros de tres hechos victimizantes: asesinatos, heridas graves o torturas, siempre en manos de cuerpos de seguridad del Estado, miembros de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana o de civiles armados pro-oficialistas. Sus víctimas directas o familiares fueron contactados y 15 de ellos aceptaron dar las entrevistas que presentamos a continuación. Se trató de largas conversaciones en las que estos cuentan detalles de lo sucedido y de las ondas secuelas que les dejó la represión, así como reflexionan en torno a la posibilidad de perdonar esas afrentas que cambiaron sus vidas.

ÍNDICE

Haz clic en la historia que deseas leer

ASESINADOS

César Puga y Carmen Velásquez

Padres de Augusto Puga, joven asesinado el 24 de mayo de 2017 por fuerzas de seguridad del Estado en una protesta estudiantil en Ciudad Bolívar (Bolívar).

Elvira y José Gregorio Pernalete

Padres de Juan Pablo Pernalete, joven asesinado el 26 de abril de 2017, en Caracas, por el impacto de una bomba lacrimógena en el pecho (Distrito Capital).

Alexander Queliz Ortega

Padre de Daniel Queliz, estudiante de derecho asesinado por policías de Carabobo el 10 de abril de 2017, y esposo de Glenys Araca, quien se suicidó 13 meses después (Carabobo).

Rosa Orozco

Madre de Geraldín Moreno, estudiante de 23 años asesinada por guardias nacionales el 19 de febrero de 2014, en Valencia (Carabobo).

Yaneth Hernández

Madre de Yoinier Peña, joven con discapacidad psicomotora asesinado por hombres vestidos de negro no identificados en una protesta en Barquisimeto, el 10 de abril de 2017 (Lara).

HERIDOS GRAVES EN PROTESTAS

Carmen Ruiz

Madre de Óscar Navarrete, adolescente herido de gravedad con una bomba lacrimógena en Caracas, el 18 de mayo de 2017 (Distrito Capital).

Moisés Cordero

Estudiante de derecho en la Universidad de Carabobo, de 20 años, herido de gravedad por un perdigón disparado por un guardia nacional, el 23 de febrero de 2019, en Valencia (Carabobo).

AGREDIDOS GRAVES O ABUSADOS

Brigitte Herrada

Líder estudiantil de la UPEL de Maracay, golpeada y abusada por funcionarios de la Policía de Aragua en julio de 2017 (Aragua).

Joselyn Prato

Joven brutalmente golpeada por la Policía Nacional Bolivariana en una playa de Falcón y reclusa en la cárcel de máxima seguridad de Coro, en agosto de 2015 (Falcón).

AGREDIDOS GRAVES SIN DETENCIÓN

Jaime Yéspica

Estudiante universitario, víctima de golpes brutales por parte de un funcionario de Policía de Aragua y de civiles armados, el 19 de marzo de 2014, en Maracay (Aragua).

TORTURADOS O ABUSADOS EN PRISIÓN

Gilberto Martínez Daza

Ex comisario de la Policía Metropolitana, torturado en una sede de la Dirección de Contrainteligencia Militar, en julio de 2018 (Distrito Capital).

Nicodemo Martínez

Indígena pemón, torturado por la Guardia Nacional Bolivariana en Santa Eleena de Uairén, en febrero de 2019 (Bolívar).

Rebeca González de Carrasco

Madre de Juan Manuel Carrasco, joven abusado y torturado por guardias nacionales en febrero de 2014, en Valencia (Carabobo).

Victoria Marulanda

Hija del médico cirujano José Alberto Marulanda, detenido el 19 de mayo de 2018 y torturado en la Dirección General de Contrainteligencia Militar (Distrito Capital).

Yolibeth Colmenarez

Abogada detenida en dos oportunidades, en 2017, y torturada por funcionarios de la Policía de Barinas (Barinas).

César Puga y Carmen Velásquez

Padres de Augusto Puga, joven de 23 años, asesinado el 24 de mayo de 2017 por funcionarios policiales en una protesta estudiantil en Ciudad Bolívar, estado Bolívar. Estudiaba medicina en la Universidad de Oriente. Recibió un impacto de bala. Seis días después del asesinato, el Ministerio Público informó, mediante un comunicado, que por el hecho fueron privados de libertad 5 funcionarios de la Policía del Estado Bolívar y un sargento segundo de la Milicia Bolivariana.

Entrevista realizada en San Félix, el 5 de marzo de 2020.

Por ALBOR RODRÍGUEZ



Foto: William Urdaneta [Archivo]

¿Ese miércoles 24 de mayo de 2017, ustedes sabían que Augusto estaba participando activamente en las protestas antigubernamentales de esos días?

César: Él no andaba en eso. Él me decía: “Papá, tú sabes que me gusta concentrarme en estudiar”. Era un muchacho muy centrado en sus cosas, por eso [cuando nos enteramos de lo ocurrido] nos tomó por sorpresa. ¿Qué hacía Augusto allí?, fue lo primero que nos preguntamos. Empecé a hablar con todos esos muchachos y a preguntarles: “¿Pero él andaba ahí? Díganme”. Porque yo quería, en medio del dolor que sentía en ese momento, saber si realmente mi hijo estaba haciendo algo que no era correcto. Él iba a Ciudad Bolívar [la familia vive en San Félix, en Ciudad Guayana, a 121 kilómetros de distancia] a estudiar y eso fue lo que nos demostró siempre. Lo que sabemos es que a unos muchachos los habían puesto presos y los estudiantes decidieron hacer una vigilia, y Augusto se acercó. Por supuesto, no digo que no haya tirado piedras en su momento, pero no es que él se la pasara en eso, porque de hecho él se la pasaba era en el laboratorio, estudiando. Pero que estuviera de protesta en protesta, eso no. Yo como padre quería sacarme esa espina, y bueno, me la saqué. Mi hijo no andaba protestando.

¿A usted le hubiese parecido mal que su hijo estuviese protestando?

César: No, no, no. No me habría parecido mal. Pero sí le dije en un momento: “Hijo, cuidado, no andes en la calle, mira que las cosas van mal, las cosas están bien feas en el país”. No quería ni siquiera que saliera. Y cuando pasa esto... Yo estaba aquí tan tranquilo en la casa, mi esposa venía del trabajo, yo la estaba esperando, y fue cuando me llamaron. “¿Augusto?, ¿Cómo que Augusto?”. “Sí, a Augusto le pegaron un tiro en una protesta”, me dijeron. Eso era algo que no me entraba en la cabeza, porque él no andaba en eso. Me sorprendió. Uno no puede decir que los hijos no están en la calle, y que en la calle no inventan. Pero yo averigüé y sé que él no andaba de protesta en protesta.

Carmen: Ese día Augusto sí estuvo ahí porque había una vigilia en el Decanato de la UDO [sede administrativa de la Universidad de Oriente en Ciudad Bolívar, ubicada en la Avenida Bolívar]. Era una vigilia en favor de unos muchachos que habían detenido en las protestas de esos días y se los habían llevado para El Dorado [cárcel de máxima seguridad en el municipio Sifontes del estado Bolívar, a casi 400 kilómetros de distancia de Ciudad Bolívar]. Me contaron que ellos pasaron por la sede de la Contraloría [a pocas calles del Decanato] cantando canciones cristianas y, según se dice, en algún momento llegaron los colectivos [grupos paramilitares pro-oficialistas] a romper

cosas en la Contraloría. Empezaron a tirar piedras, a romper todo, hasta que vino la policía. Ahí no había estudiantes, ahí lo que había era malandros, con palos, sin camisa, en chores, hasta que los policías arremetieron. Pero esos que estaban rompiendo todo, en vez de agarrar para la otra calle, agarraron hacia donde estaban los estudiantes en la vigilia. Yo no le aplaudo a la policía que habiendo tantas personas hayan arremetido y utilizado armas. Debían saber que a alguno iban a darle; si no era a mi hijo, era a otro. ¿Por qué dispusieron de sus armas ahí sabiendo que había tanto muchacho? Es lo que yo digo, no sé. Para mí el gobierno actuó muy mal. Cuando fuimos a la reconstrucción de los hechos, dijeron que ellos habían disparado como si fuera un 31 de diciembre [en referencia a los fuegos artificiales que suelen escucharse en las noches de Año Nuevo]. Dispararon y los muchachos no hallaban para dónde agarrar. Supuestamente, mi hijo quedó tirado ahí y todo el mundo le pasó por encima, y cuando quisieron salvarlo ellos no dejaron que los socorristas lo sacaran para llevarlo al hospital; más bien, seguían disparando contra los muchachos. Augusto se muere desangrado, quizás si hubiese tenido mejor atención médica o inmediata, lo hubiesen podido salvar.

Eso que usted dice es algo que testimoniaron varios estudiantes que estuvieron ahí: que los policías no permitían que los socorristas salieran del Decanato con Augusto herido para trasladarlo al hospital.

Carmen: Sí, y ahí es donde yo digo que, aunque haya habido la orden de disparar, que fue la excusa que esos funcionarios dieron, si no está en mí hacerlo, no lo hago. ¿Cómo una persona le va a disparar a alguien que no le hizo nada? Esa furia, esa cuestión, no me la explico. Yo puedo trabajar con mi arma, pero si no está en mí matar a nadie, no lo voy a hacer. Aunque me manden... Por principio, por valores, no lo hago. No lo hago. En este caso fue mi hijo, pero ellos estaban disparando a cualquiera que estuviera ahí. A uno lo hirieron en el glúteo, a otro en el brazo, a otro en la pierna, a otro en el abdomen. Ellos hicieron una masacre allí. Pero ellos dicen que los mandaron. ¿Y qué?

César: Yo lo dije ahí, en el tribunal. “Chévere tener un arma y, vayan y maten. Ya quisiera tener ese poder, tener un arma, matar y que ustedes me disculpen... Qué chévere tener ese poder”. Pero no, yo no tengo ese poder. El que tiene un arma, tiene un poder inmenso.

Carmen: Si mi hijo hubiese agredido a un soldado, merecía un castigo, nunca la muerte por supuesto, pero que lo arrestaran o algo así. Pero, ¿sin motivo alguno? ¿Cómo vas a matar a alguien así? Eso significa que eres un asesino. No tiene otro nombre. Y no hay justicia; todo lo contrario. Lo que ha hecho el presidente de la República

[Nicolás Maduro] es felicitar a los policías, a los militares cada vez que arremeten contra las protestas. Lo que ha hecho es premiarlos, pues. Y con eso, ellos sienten que tienen la potestad de volver a hacerlo. ¿Será que nunca le han tocado a su familia? ¿Nunca les han tocado a sus hijos, o a alguien allegado, para que vengan a dispararle a mi hijo? ¿O es que acaso no tienen sentimientos?

César: Ahí les echaron plomo y plomo a los muchachos como si fueran unos criminales. A mi hijo no lo mató una bala loca, él fue sentenciado porque, según balística, los disparos fueron certeros, a pocos metros de distancia. Nosotros estuvimos en la reconstrucción de los hechos. Ellos dispararon de aquí [muestra un punto] y los casquillos estaban aquí [muestra un punto muy cercano].

¿Cuándo hicieron esa reconstrucción de los hechos?

César: En noviembre de ese mismo año [2017].

De acuerdo a esa reconstrucción, ¿cómo podrían resumir lo que ocurrió ese día?

César: Llegó el cuerpo de seguridad a la esquina donde está la Contraloría, y desde ahí empezaron a disparar, y se vinieron disparando consecutivamente [hacia el Decanato de la UDO]. Pero había gente infiltrada, porque el que le disparó a mi hijo lo hizo mucho más acá.

¿Por qué dice que había infiltrados? ¿A qué se refiere?

César: Porque no me explico cómo los policías venían disparando de allá [la Contraloría], a casi 200 metros de distancia [del Decanato], y le dieron a mi hijo. Yo le pregunté al fiscal: “¿Cómo es posible? Yo, que no soy ningún... nada del otro mundo, pienso que debían tener francotiradores para darle a mi hijo desde ahí”. Y me respondieron: “No, es que a su hijo le dispararon desde aquí”. Entonces, si le dispararon desde aquí [ya muy cerca del Decanato], es porque había infiltrados. En la reconstrucción dijeron que había cuerpos de inteligencia infiltrados. De hecho, uno de un cuerpo de inteligencia está preso por el asesinato de Augusto. Es el culpable, presuntamente, y él andaba de civil y es el que aparecía en todos lados. Y claro, una persona sin uniforme puede estar tranquilamente donde sea.

Yo no puedo asegurar que esa persona fue la que mató a mi hijo, pero según balística el disparo salió de su armamento. Ese es el supuesto miliciano, pero que no es ningún miliciano como esos que conocemos [la Milicia Bolivariana es uno de los cinco componentes de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana, pero esta tiene carácter

popular y no profesional, ya que lo integran hombres y mujeres civiles], sino que se trata de un funcionario de inteligencia porque él ha estado en todos los cuerpos de seguridad en muchas cosas. A él lo ponen para hacer “trabajos sucios”.

¿Se refiere a Cristian Arzolay, de quien las autoridades dijeron que era sargento segundo de la Milicia Bolivariana?

César: Sí, lo ponen como miliciano. Eso fue lo que pusieron en el periódico, pero en sí, él era de un cuerpo de inteligencia. En los tribunales, él mismo dijo que estaba encargado de un cuerpo de inteligencia, pero que ninguno de sus compañeros estaba ahí. Entonces, si ninguno de sus compañeros estaba ahí, quiere decir que era él el que estaba. Después, en la reconstrucción de los hechos, él dijo que estaba por aquel lado, pero es mentira, porque él estaba por aquí, y los casquillos de su arma estaban entre la Iglesia [La Milagrosa, justo al lado de la sede universitaria] y el Decanato.

¿Cuando usted usa la palabra “infiltrado” se refiere entonces a que no eran funcionarios uniformados?

César: Sí. Los [funcionarios de] cuerpos de seguridad uniformados le echaron disparos a los compañeros de mi hijo que venían para acá [hacia el Decanato], pero el que realmente le disparó a Augusto tenía que haber estado aquí en medio del grupo de estudiantes, entre la multitud.

¿Por eso usted dice que, de acuerdo a esa reconstrucción de los hechos, el disparo contra Augusto fue de muy cerca?

César: Sí. Supuestamente fue a quemarropa, según balística. Eso es lo que me dijeron ahí: “Quédate tranquilo que todo está fuera de orden”, como queriendo decirme que iba a ser muy sencillo que se hiciera justicia. Y es que nada más verlo, una persona que nada más tenga ojos, entiende todo lo que pasó ahí.

El Ministerio Público informó, mediante un comunicado del 30 de mayo de 2017, seis días después del asesinato, que por este hecho fueron privados de libertad 5 funcionarios de la Policía del Estado Bolívar y un sargento segundo de la Milicia Bolivariana.

Carmen: Sí, es que, como dice mi esposo, el mismo supuesto miliciano dijo que él pertenecía a un cuerpo de inteligencia con gente que podía infiltrarse, vestida como heladero, barrendero... Él mismo dijo eso.

César: “¿Y entonces dónde estaban tus compañeros?”, le preguntaron [durante la reconstrucción de los hechos]. Y él dijo que estaba solo en ese momento. Él mismo dijo y se contradijo.

¿Se contradice porque declaró que no fue él quien disparó?

César: Sí. Él dice que no mató a mi hijo. Pero todo indica que fue él.

Cuando usted vio a esa persona por primera vez de frente, ¿qué sintió?, ¿qué pensó?

César: Al supuesto miliciano yo lo tuve de frente. Él se acercó, con dos guardias al lado, custodiado, sin esposas, sin nada... Y yo pensé: “Tú estás ahorita señalado, y aunque no se demuestre nada, tienen que esposarte y tenerte allí”. Pero él estaba como muy tranquilo. Y la abogada que lo defendía lo hacía como si esos hombres eran muchachitos nada más. Me sentí maltratado por esa abogada, porque me decía: “Quédate tranquilo, estás fuera de orden. Tú quédate tranquilo”, como si ellos no habían hecho nada. Y yo ahí “botando piedras” [muy molesto]. Ahí me sentí impotente. Pero de querer agarrarlo y así... [golpearlo], no. Me volteé a mirarlos, y me dijeron: “No te voltees”. “¿Que no voltee? Tengo que ver quiénes fueron los que mataron a mi hijo”, les respondí. Estaba una jueza, y le dije: “Yo solamente quiero que haya justicia, porque le garantizo que si a usted le matan a un hijo como me lo mataron a mí, le apuesto que mata al asesino, lo pica y se lo come”. Se lo dije: “Ustedes tienen el poder, tienen el dinero, yo no lo tengo, y no soy asesino, pero si no, lo hiciera. Yo lo que quiero es justicia, lo que quiero es que pague ese sujeto” [refiriéndose al supuesto miliciano a quien se le atribuye el asesinato]. Yo tenía que verlos a toditos, y los vi a toditos uno por uno, cara por cara. Ahí sí tenía el guáramo, el valor, pero era un momento de rabia, era un momento de todo...

¿Y cómo lo miraban ellos a usted?

César: Bueno, me miraban así como si estuviera fuera de lugar. Como si ellos...

Carmen: Estaban confiados...

César: Tranquilos.

Estaban confiados en que no iba a pasarles nada.

César: Sí, y de hecho no pasó nada.

No ha pasado, porque todavía puede pasar algo.

César: No ha pasado... Yo le dije a la abogada que defendía a estos hombres: "Yo lo que necesito saber es quién mató a mi hijo". Y entonces ella supo decirme: "Pero, señor Puga, nosotros no estamos buscando venganza, sino justicia". "Pero, ¿yo te he dicho que voy a matarlos?". Justamente lo que le decía es: "Porque quiero justicia es que quiero saber quién mató a mi hijo".

Eso es lo que todavía hoy usted quiere saber con exactitud.

César: Sí, porque realmente hay muchos implicados que hicieron cosas atroces, hirieron a mucha gente, maltrataron, dispararon... Pero yo lo que quiero saber es quién mató a mi hijo.

Y tres años después no tiene esa certeza.

César: Exactamente. Y no sé si realmente, en un momento dado, le parta la cara al asesino de mi hijo o quiera comérmelo, no sé, pero por lo pronto lo que quiero es saber quién es.

¿Esas personas continúan presas?

César: Presuntamente, en su momento, estaban presas. Pero cuando yo iba a los tribunales los veía muy bonitos, muy tranquilos, como si no lo estuvieran.

¿En qué etapa está el proceso legal por el asesinato de Augusto?

César: Supuestamente ya está para juicio, después de que esperaron y esperaron un tiempo para que trajeran el informe de la reconstrucción de los hechos... Es más, hicieron una [audiencia] preliminar, sin nosotros, sin abogado... Y les quitaron unos cargos, ellos quedaron con pocos cargos. Pero, debo decir que ya yo no fui más [a los tribunales en Ciudad Bolívar] porque me sentí amenazado. No puedo asegurar si hicieron juicio o si hicieron algo, porque desde el año pasado [2019] no he ido más.

¿Exactamente desde cuándo no va a los tribunales?

César: Desde enero del año pasado [2019] más o menos, cuando fui a firmarle un poder a una abogada.

¿Por qué decidió no volver? ¿A qué se refiere con que se sintió amenazado?

César: La penúltima vez que fui me sentí acorralado, me dio miedo. Yo iba a Ciudad Bolívar y sentía que todo el mundo me conocía, que la gente me veía como si me conociera. Sentía eso. En una audiencia, en noviembre de 2018, si no hubiese sido por el fiscal y mi abogada, que me sacaron por detrás del edificio, me linchan. Porque ahí estaban los familiares de los policías... Era como si el culpable era yo, como si yo era el malo. Afuera estaban los familiares, mucha gente, no sé si los familiares, pero mucha gente...

¿Se sintió amenazado por esas personas?

César: Sí. Entonces a mí me pasaron a una oficina donde estaban todos los abogados. Ese día no hubo audiencia, yo no vi si trajeron a los presuntos asesinos. “No, que no va a haber audiencia”, escuché. La gente estaba alborotada, yo escuchaba la bulla, y yo ahí adentro, metido en esa oficina. Y la abogada me decía: “Quédate tranquilo, que nosotros vamos a salir por detrás”. Me sentí amenazado. Porque te pones a ver, en esos tribunales, y yo fui muchas veces, tienes que caminar bastante para entrar, cualquiera en ese trayecto te puede agredir [entre la calle y las puertas de los tribunales hay una plazoleta; son unos 200 metros de distancia]. Y la gente allá adentro sabía quién era yo, la misma gente de los tribunales lo ve a uno de forma despectiva. Yo no soy de Ciudad Bolívar. Muchos serían familiares de esos policías. Por eso le firmé un poder a una abogada, le dimos un adelanto [de dinero], pero la abogada tuvo otro trabajo, y yo dije: “No voy a gastar más dinero”. Quise que me sacara las copias del expediente y me dijo que se las negaban. Hasta que dije: “No voy a gastar más, no voy a pelear más con este monstruo”, y fue cuando decidí abandonar todo. Luego fui para Caracas a una reunión con otras víctimas, y bueno, voy a donde pueda tirar un granito de arena.

¿Ustedes nunca han podido ver el expediente? ¿No tienen una copia del expediente?

Carmen: Lo pedimos, pero no. Nos dijeron que tenía 65 hojas, que teníamos que pagar un dineral para tenerlo y, bueno, no pagamos.

¿No creen que haber dejado de ir a los tribunales es una claudicación en la búsqueda de justicia?

César: No, bueno... Sí...

Replegarse, de algún modo están renunciando...

César: Sí, de algún modo estoy renunciando, pero allí.

¿En esa instancia de los tribunales?

César: En esa instancia. Pueden decir que soy cobarde... Pero me dio pánico, siento pánico de ir para allá. Es pánico. No me siento con esa fuerza, esa voluntad de hombre de ir a Ciudad Bolívar. Siento un pánico inmenso. Allá sentí tanto pánico que se me quedó en el cuerpo. Cuando fui a darle el poder a la abogada, en enero del año pasado, andaba como incómodo, incómodo.

¿Entonces, desde enero de 2019 en adelante usted no sabe del estatus del juicio por el asesinato de su hijo?

César: No sé, no sé nada.

Carmen: No sabemos nada de la situación de la causa. No hallamos cómo entrar. Mi esposo es quien siempre ha visitado los tribunales, yo estuve como tres veces, y cuando fuimos a buscar las copias del expediente nos las negaron. A mí particularmente me daba un escalofrío horrible en la espalda ver a mi hijo, su cara impresa en varias partes [en los volantes de protesta]... eso a mí me duele. De verdad me duele. Que la justicia no haga nada sabiendo que de hecho lo mataron, le dispararon vilmente por la espalda... Eso me da más pesar. Más pesar porque es algo público y notorio que se hizo.

Una vez que a mi hijo lo llevan al hospital, a los otros que lo cargaron, que eran amigos de él, también los maltrataron, les dieron con una tabla con clavos, los pusieron a tomar alcohol isopropílico, les explotaron una bomba molotov, los lentes de mi hijo los partieron... Cuando los policías les quitaron las cosas a golpes a los muchachos, preguntaron “¿Y estos lentes?”, y se los partieron, les quitaron el teléfono... Al muchacho lo montaron en una patrulla. Le rompieron la ropa, los zapatos de Augusto se perdieron y también su cartera. Después nos hicieron llegar la cartera. Cuando a esos muchachos los llevaron a la comisaría, alguien dijo: “Yo no quiero a estudiantes presos”, y entonces los sueltan, pero una vez que los habían maltratado en el camino.

César: Hubo un amigo de mi hijo que logró llamar: “Señor César, le pegaron un tiro a Augusto, me están llevando preso y me quieren quitar el teléfono”. Y hasta ahí tuve comunicación con él. Ahí fue cuando los maltrataron y les quitaron el teléfono. Augusto estuvo una hora y pico ahí luchando por su vida, realmente él luchó por su vida. Hubiera quedado dañado, pero de haberlo socorrido antes, quizás se hubiese salvado. Mucho tiempo duró mi hijo ahí.

Los médicos sabían que era muy difícil salvar a Augusto, pero se sabe que hicieron todo lo posible.

César: Sí, pero todo ese tiempo que estuvo tirado en el piso fue un tiempo que se perdió.

Carmen: Y lo otro fue lo que quisieron hacer con la autopsia. Nosotros veníamos de vuelta a San Félix, ya estábamos llegando a Puerto Ordaz, cuando nos llaman y nos dicen que los policías querían sacar el cuerpo de Augusto del hospital. Y mi esposo se tuvo que regresar.

César: Me regreso, y menos mal, porque querían llevarse el cuerpo, pero los estudiantes no lo permitieron. Ya tenían todo cuadrado. Yo tengo un amigo, que a su vez tiene un amigo que fue comisario, y él se lo lleva como apoyo. Fui respaldado con gente a la que no podían engañar. Iban a decir que mi hijo se había caído de una placa [de un techo] y se le había enterrado una cabilla. Ya tenían todo eso planificado. Quien nos ayudó bastante, y no puedo negarlo, fue la fiscal Yoniray Lugo [fiscal 2da y auxiliar de Derechos Fundamentales del estado Bolívar], quien pidió que le hicieran otra autopsia y entonces fue que vino otro forense. Al parecer, hubo una contraorden de la fiscal Luisa Ortega Díaz [entonces fiscal general de la República], de que hicieran nuevamente el informe forense. Si no hubiese sido por la fiscal Lugo habría pasado que mi hijo murió de forma accidental. Y al llegar la noche, me hubiese traído a mi hijo para enterrarlo y no pasa nada. Nunca se hubiese sabido que fue una bala que lo mató. Gracias a esa mujer fue que pudo constatarse eso.

¿Pero sí llegaron a hacer una autopsia falsa?

César: Claro. Ellos limpiaron el cuerpo. Ya habían hecho el informe, la autopsia sin un fiscal, sin nadie. No había nada en la autopsia que sirviera de evidencia del asesinato. Nosotros denunciemos a la mujer, no recuerdo el nombre, que fue la que hizo ese primer informe forense. Todo se hizo desde el principio con el propósito de ocultar las cosas. Fue la fiscal Lugo la que nos ayudó. Para nosotros llegar a donde llegamos fue porque ella estuvo montada en eso. Si no, este caso estuviera mucho más atrás. A ella la sacaron después del cargo.

Carmen: A estas alturas no sabemos en qué situación está la causa, porque como dijo mi esposo, nosotros dejamos de insistir. Sentimos miedo de ir. Miedo. Tres años después, nosotros no sabemos si los asesinos están en la calle, si están presos. A veces yo le digo a Augusto [señala una fotografía de su hijo, en la sala de la casa]: “Ay hijo, no vayas a creer que nosotros no hemos hecho nunca más nada...”

pero es que la situación se ha puesto tan difícil”. Uno debe pagarle cierta cantidad de dinero a alguien para que investigue, para que se haga justicia, que no es el deber ser, porque es tan público y notorio lo que ocurrió que eso debería salir solo. No debería ser necesario que uno pague 3 mil dólares, algo así descomunal que uno no tiene de verdad, para pagar a un abogado y así tal vez esto llegue a término.

César: Mi esposa me decía que siguiéramos, que yo tenía que seguir yendo a los tribunales en Ciudad Bolívar. Pero yo decidí que no. No voy a ir más para allá porque, primero, no voy a perder más dinero, ni tiempo para luchar con ese monstruo. Allá en Caracas están [David] Vallenilla [padre de David José Vallenilla, asesinado en una protesta el 22 de junio de 2017], [José Gregorio] Pernalette [padre de Juan Pablo Pernalette, asesinado en otra protesta el 26 de abril de 2017], y otros padres a los que también les mataron a sus hijos en protestas, y han gastado un dineral y no han logrado que se haga justicia. Nosotros a veces no tenemos ni qué comer, a veces hay y a veces no hay. Para trasladarnos a Ciudad Bolívar o a Caracas se necesita para los pasajes. Entonces yo pensé: “Si aquellos que tienen más poder adquisitivo que yo no lo han logrado, ¿cómo lo voy a lograr yo?”. No, hay que ser razonables. Habrá que esperar y buscar en otras instancias. Aquí en Bolívar sabemos que tenemos la batalla perdida.

¿Esa es su conclusión, que tienen la batalla perdida?

César: Sí. Tenemos la batalla perdida. La tenemos perdida. Por eso es que, bueno, me he apoyado en los compañeros de Alfavic [Alianza de Familiares y Víctimas 2017] y cuando puedo aparecer, aparezco. Y si no, ellos nombran siempre a Augusto por allá [en Caracas].

Carmen: El caso sonó tanto, que a mí me llamaron varias veces, llamaron a mi esposo, para que fuéramos a la Presidencia [de la República], donde iban a reconocer y a indemnizar.

¿Los convocaron al Palacio de Miraflores?

Carmen: No sé, fue una mujer que nos llamó de parte del presidente de la República.

César: Hace un año o dos años... Pero no, yo lo que quiero es justicia. Y después de justicia, sí pudiera haber una indemnización, bueno... Pero no, yo quiero justicia. Estoy clarísimo. Pero en otro país, ¿qué no le dieran a uno? Y no es por el dinero. ¿Sabe toda la pérdida emocional, todo lo que invertimos en nuestro hijo para que llegaran unos tipos a matarlo? Él no era un muchacho, era un doctor. ¡Mi hijo era

mi doctor! Solo una noche le bastaba para estudiar para todos los exámenes de la semana en la universidad. Así de rápido aprendía.

Carmen: Incluso me pidieron el número de cuenta [bancaria]. Después, mi esposo les dijo que él iría y le dijeron que no, que tenía que ser la madre quien fuera. Nos ofrecieron una pensión de tres salarios mínimos.

César: Yo quería presentarme allá, pero no tuve chance... Pero, solo para decirles: “¿Qué valor le das a tu hijo? Dime el valor de tu hijo, y yo recibo esa cantidad”.

Trate de recordar: ¿ese ofrecimiento se los hizo una funcionaria de qué institución? ¿Sería de la Secretaría de la Presidencia de la República?

Carmen: Era algo social. Pero yo me tenía que presentar ahí en Miraflores.

Volvamos a ese día que mataron a su hijo. Usted, señora Carmen, venía del trabajo camino a su casa cuando la llamaron.

Carmen: Yo venía bajando en la busética por el Parque Cachamay cuando me llamaron. Trabajo en la Contraloría Municipal de Caroní y es por eso es que tengo contactos en la Contraloría del estado, en Ciudad Bolívar, que me contaron más o menos lo hechos. Entonces venía en la busética cuando me llama una amiga: “Señora Carmen, ¿dónde está usted?”, y yo le digo: “Yendo para la casa, ¿por qué?”. “No, véngase, que a Augusto le dispararon. Le dieron un tiro”. Pero ella no me dice ni dónde. Yo abrigaba la esperanza de que el disparo hubiese sido en una pierna, en un brazo o algo así... Y cuando llego a mi casa, mi esposo me dice que a él también lo habían llamado. Veo al poco de gente alrededor de mi casa, porque ya todo el mundo sabía.

Lo que hice fue llorar. Supuestamente le habían disparado en la cabeza y yo no sabía nada, y fue cuando nos fuimos para Ciudad Bolívar. Ese viaje se me hizo eterno. Cuando llegamos a Ciudad Bolívar, nos dicen que lo habían llevado a la clínica y luego de vuelta al hospital. Lo vuelven a trasladar para el hospital Ruiz y Páez, donde no había equipos quirúrgicos, ni medicamentos. Ahí me dio algo, hasta ahí sé, porque yo perdí la noción de todo. Si Augusto estaba haciendo algo mal, denle un escarmiento, pero no lo maten así. ¿O la orden que les dieron fue matar? Supuestamente, la orden que les dieron a ellos fue matar, esa fue la orden del general Navas [se refiere al coronel Edgar Navas Pineda, comandante de la Milicia Bolivariana del Área de Defensa Integral 622 Makeran].

¿Eso lo dice quién?

César: A ese general lo saca a relucir este funcionario de inteligencia, el supuesto miliciano. Él admitió ante toda esa gente en la primera audiencia en los tribunales, que el general Navas los uniformó y los armó para que les dispararan a esos muchachos.

¿El supuesto miliciano dijo que recibió la orden de disparar?

César: Sí, Arzolay. Él mandó a sacar a los otros cinco funcionarios de la sala para dar su testimonio en presencia mía.

¿Usted lo escuchó decir eso?

César: Claro. Eso está grabado. Arzolay dijo que el general Navas, que era el encargado en ese momento, fue el que uniformó y armó a esa gente para hacer esa masacre. Dijo: “Póngalo al frente, porque él está defendiendo su espalda, pero yo no soy el culpable de esto. Fue él quien mandó a hacer todo esto”. Eso quedó grabado, pero como son gente que tiene inmunidad, no los podían procesar, enjuiciar.

Cuando él dijo que “los uniformaron y los armaron” para que fueran a la manifestación, ¿es porque no eran funcionarios?

César: Aparentemente. Eso es lo que dio a entender.

En los videos de ese día que circularon en las redes, se ve que adentro del Decanato de la UDO, en la placita, había tres hombres vestidos de negro que disparaban contra los estudiantes.

César: Es que a todos esos muchachos los venían correteando y ellos tuvieron que saltar una pared en la parte de atrás del Decanato para salvarse.

¿Pero este supuesto miliciano se refería a estos hombres vestidos de negro que se veían en los videos?

César: Eso no lo sé.

Carmen: Y el día de la reconstrucción de los hechos, también lo dijo. Ese supuesto miliciano se bajó del carro diciendo: “¡Yo no fui el asesino! ¡Yo no fui! Fue el comandante Navas”, con aquella bocota. Gritaba que había perdido a su familia, a su esposa. Y nosotros viéndole la cara. Sin poder decir nada, pegados a un paredón, el que está frente al Decanato.

César: Él llegó con dos guardias. Luego se puso a hablar con ellos, muy tranquilo, se veía recién bañado. Y los otros guardias hablando por teléfono como si nada.

¿Qué pensó usted en ese momento?

César: Sentía rabia. Dentro de mi mente pasaban tantas cosas, era tanto lo que quería decirle. Pero no, me quedé ahí tranquilo, aparte. Ahí no había nadie más. Si hubiera estado el abogado, de repente le digo equis cosa, pero estábamos solos Carmen y yo, esperando a que llegaran el abogado, la fiscal, para hacer la reconstrucción.

Carmen: Todos los señalados fueron dando su declaración. Y todos dijeron lo mismo... “Yo me paré aquí y di fue tres tiros al aire”... y en los vídeos sale cómo disparan, no precisamente al aire. Era como una cartilla. Solo hubo uno de ellos, que era jovencito, que declaró: “Eso era como un diciembre, eso era plomo parejo”. Él fue el único que dijo algo distinto. Y el supuesto miliciano que dijo: “Nosotros tenemos una brigada, un escuadrón, donde somos agentes encubiertos, de inteligencia”.

¿Usó esas palabras? ¿Agentes encubiertos?

Carmen: Sí. Dijo: “Nosotros podemos ser barrenderos, heladeros, chicheros... Y así nos metemos en las manifestaciones”.

¿Y usted, señor César, qué recuerda de ese día que mataron a Augusto?

César: A mí me avisó Daniel, un amigo de Augusto. Y otro amigo de él, con quien Augusto trabajaba, llegó a la casa a preguntarme porque su hermano, que vive en China, había visto la foto de Augusto por las redes. Él fue quien nos llevó a Ciudad Bolívar en su camioneta. Yo sentía que esa camioneta no corría. Cuando llegamos al hospital había como mil muchachos. No nos dejaban pasar. Después nos dicen que a Augusto lo tenían en la clínica, y vamos para la clínica. Andábamos como locos. Después cuando lo trajeron al hospital en una ambulancia, cuando llegó, yo lo toqué... ya no tenía vida. A Carmen le estaba dando un “yeyo” [un desmayo], entonces me voy para allá con ella. Entre tantas cosas, no pude ni siquiera despedirme de mi hijo.

Augusto era un muchacho al que le gustaba era trabajar, estudiar, él tenía los tiempos calculados para todo. Estudiaba, trabajaba... No sé cómo hacía, a mí no me da tiempo para hacer las cosas. Y él todo lo lograba.

Carmen: Él se venía de Ciudad Bolívar todos los viernes y no llegaba a la casa. Se quedaba en [el Centro Comercial] Orinoquia para trabajar hasta las 10:00 de la noche. Poco después es que llegaba a la casa. Hacía marquesas, y al otro día, el sábado, ponía a sus amigos a repartirlas, a venderlas por todo Orinoquia. Mientras tanto, él trabajaba en una tienda.

César: Trabajaba arduamente. Nosotros no lo veíamos prácticamente. Solamente en la noche.

Carmen: Y el lunes en la madrugada teníamos que llevarlo al terminal para que volviera a sus clases en Ciudad Bolívar. Los domingos en la noche tú lo veías en esa computadora, estudiando y estudiando. Casi no dormía.

César: Y era buen estudiante. Toda la vida fue excelente. Desde pequeñito enseñaba a los amigos, les hacía los trabajos, y les cobraba por eso. Él fue muy emprendedor en todo. Él quería organizarle la vida a todo el mundo. A mí me preguntaba: “¿Cuánto ganas?”, y yo le decía: “Eso no es problema tuyo”. Pero él lo que quería era enseñarme cómo hacer las cosas mejor.

Carmen: El chocolate para las marquesas lo medía con exactitud, la cantidad de leche, lo que se iba a ganar, todo. Él lo que se proponía, lo alcanzaba. Yo encontré un cuaderno donde escribió: “Ser un buen médico y ayudar a los demás, a lo que lo necesiten, aprender inglés, viajar a todas partes, tener mi propia empresa a los 23 años...”. Sí, a los 23 años tener su propia empresa. Estudió en el Colegio Fátima desde preescolar hasta la secundaria.

César: Él quería ser neurólogo. Yo le decía: “¿No se te ocurrió algo más fácil?”. Y no, lo que quería era ser el mejor neurólogo. Tenía todo preparado...

Carmen: Cuando yo le sacaba las copias, me decía: “Mamá, no me saques las copias en blanco y negro, porque ahí no puedo ver si la vena es azul o roja”. Él entró a la universidad por enfermería.

Por eso se dijo en un primer momento que habían matado a un estudiante de enfermería.

Carmen: Sí, porque él tenía todavía el carnet de enfermería. Pero él estaba en 3er semestre de medicina. Sus compañeros se están graduando de enfermería y él estuviese pasando al 8vo semestre de medicina. Creo que él fue el único que pasó a medicina de ese grupito que se está graduando de enfermería. Por su buen promedio le dieron

el cambio de carrera. Él les decía a los amigos que tenían que estudiar mucho para lograr el cambio. “Vamos a estudiar”, les decía y los ponía. “Ajá, Daniel ¿Qué entendiste de esto?, porque si se te olvida una palabra, se te olvida todo”, le decía a su amigo. “Tienes que estudiar, así no vas a ser médico; vas a ser enfermero, hueles a camilla”.

Ustedes tuvieron tres hijos.

César: Sí, puros varones. El mayor está en Chile. Primero estaba en Panamá y, estando allá, cuadró con Augusto para darnos la sorpresa de venir para el Día de la Madre. Vino, se fue, y tuvo que devolverse porque a los tres días mataron al hermano.

¿Ustedes creen que, después de algo como lo que han vivido, el perdón es posible?

Carmen: De corazón, sí. Pero muy de corazón. Como dicen: “Si tú no perdonas de corazón, no has perdonado”. Más temprano que tarde la justicia va a llegar. Del hombre no espero nada, pero de Dios sí.

César: Yo no creo en el perdón. No puedo decir que el perdón es posible, igual que no puedo decir que es imposible... No, el perdón no...

Carmen: Perdón no...

César: No podría perdonar a tanta gente, porque no es nada más quien mató a mi hijo, tanta gente que hizo daño... tanta gente que ha sido lastimada. Así de perdonarlos como tal, no. De repente si los agarro con mis manos y después... se me pase.

¿Cómo es eso?

César: Que le metiera sus buenos golpes para ver si... no sé...

Carmen: Desahogarse.

César: Desahogarme. Pero no tengo instinto asesino, a veces quisiera eso, tener eso que para ellos es tan fácil. Pero no puedo hacerlo, soy muy débil.

No está en su naturaleza.

César: No... Si tengo que sacarme esa espina, tengo que sacármela. Pero que Dios decida en tal caso. Él es el que va a decidir. En eso yo estoy claro. Hay cosas que uno quiere hacer, pero no puede.

Si tratamos por un momento de salirnos de su experiencia y pensamos en el país, en la cantidad de muchachos heridos y asesinados en las protestas... ¿Creen que el país que va a quedar, después de que eventualmente esto cambie, va a ser un país dividido por estas heridas, o ustedes creen que hay que hacer el esfuerzo de perdonar a esos que han asesinado y herido, para que el tejido social venezolano vuelva a recomponerse?

Carmen: Uno abriga la esperanza de que cuando ellos salgan, esto cambie, y que uno pueda exponer sus angustias o lo que sea y que te escuchen. Porque el problema aquí es que la justicia no existe. Aquí hay justicia si tienes dinero, de lo contrario no; o si eres de un partido político equis. Pero si el gobierno cae, o el gobierno cambia, quizás podemos retomar el caso y se haga justicia por mi hijo. Así estamos todos los que hemos perdido hijos en las protestas. Abrigando esa esperanza. Todos lo que estamos en el grupo Alfavic tenemos la esperanza de que esto cambie y de que seamos escuchados. A nosotros la fiscalía nos ofreció custodia, y nosotros dijimos que no. Cuando murió Augusto, eso eran motos y motos y motos, aquí al frente de nuestra casa. Nosotros apagábamos las luces. Fueron noches de terror. Horrible.

¿Eran policías?

César: Sí, policías que pasaban por aquí. Nosotros estábamos, no custodiados, sino prácticamente como chequeados [vigilados]. Aquí venían periodistas, políticos, pero nunca quisimos nada de política, nada de eso. Porque yo no voy a hacer un circo de la muerte de mi hijo. No me gustan los escándalos.

Carmen: Eso de las motos ocurrió un sábado en la noche. Y luego el lunes, el martes. Nos preguntábamos: “¿Cuándo será que se irán?”, “¿Y si nos matan?”. Nosotros éramos las víctimas, pero nos hacían sentir como que éramos los culpables.

César: Exacto. Eso era lo que sentía en Ciudad Bolívar. Yo soy el malo, yo soy el malo. El asesino, no. El malo soy yo, solamente por reclamar que hayan matado a mi hijo.

Carmen: En el periódico salió todo. Yo tengo todo eso guardado.

César: En otro país, a ese hombre, al supuesto miliciano, le darían pena de muerte. Con toda la evidencia que hay, no tienen ni siquiera que buscar, los asesinos no tendrían cómo defenderse.

Carmen: Tiene que haber dinero de por medio. Y poder político. Porque entre ellos mismos se encubren. Si hubiese sido un particular, que no es un funcionario...

César: Son unos asesinos. Le dispararon a todo el mundo... Tan bello mi muchacho. "Tú debes terminar tus estudios", le decía yo. Y él podía y quería terminar sus estudios.

Nuevamente: ¿ustedes creen que la convivencia democrática en Venezuela pasa por la posibilidad de que haya un proceso de perdón, y en principio de justicia, por asesinatos como el de su hijo?

César: Para que eso suceda tiene que empezar por haber justicia. Hay una gran cantidad de personas heridas, pero si las cosas van cambiando, sus corazones terminarán abriéndose. Ahora, si ves que sigue lo mismo, que no hay...

Carmen: Esperanza.

César: Esperanza, porque si no hay posibilidad de justicia, esto no tiene "compón" [arreglo]. Tiene que empezar por ahí, poniendo una curita para que todo empiece a curar, y la principal cura es la justicia. Estamos hablando de miles y miles de personas. Nosotros somos ahorita dos afectados, más mis hijos, mi hermana, mi mamá, mi papá... Y así, en cada familia son muchos los heridos, a los que tienen que curar. Nosotros hemos vivido los casos de los demás compañeros de la asociación. Somos muchos los que hemos sufrido y vivido muchas cosas. Y en general ves que no hay justicia... No abren esa brecha... ¿Cuánta gente injustamente está presa? Injustamente ¡Cientos de personas! Hay quien tiene dinero o tiene poder, pero cuando no tengan ese poder se abrirá todo, se abre completamente el panorama. El que tiene poder ahorita es feliz porque no le falta nada, porque no le ha tocado la parte dura, pero cuando le toque... Ahí será el cambio. Y existe la justicia divina. Se va a dar la justicia divina.

¿Cómo han hecho ustedes para salir adelante? ¿Han recibido apoyo psicológico o emocional? ¿O la propia vida los ha llevado a resistir, a mantenerse?

Carmen: Inicialmente yo tuve en control con una psiquiatra. Me medicaron y un tiempo estuve así. Y luego, orando, rezando. Mi esposo tiene una hermana que es cristiana, que a veces nos alienta con sus oraciones. Pero en general hemos salido adelante solos.

César: Completamente.

Carmen: Superando cada cosa a la vez. Ahora mismo estar aquí recordando es bueno, porque uno drena, exterioriza todo ese tipo de...

César: Yo pasé por una etapa en la que no podía ni trabajar. Sobre todo entre noviembre y diciembre de ese año en que mataron a Augusto. Pero tenía que hacerlo y ahí, buscando, el día a día te va envolviendo y te calma. Menos mal que comencé a trabajar porque si no me hubiese vuelto loco aquí en la casa. Mi esposa estaba aquí y ese era otro trauma porque no la podía dejar sola.

Carmen: El problema es que uno iba a la carnicería, al supermercado, a cualquier parte, y ese era el tema de conversación. “Ay no, ¿Y tú eres la mamá de Augusto Puga?”, y entonces era tener que volver a hablar de eso... Estuve recibiendo terapia más o menos por seis meses, con un tratamiento. Y luego empecé a trabajar y, bueno, eso me ayudó bastante porque me obligaba a mantener esa rutina diaria. Mi otro hijo es más callado, pero sé que a él le pegó bastante también, porque Augusto era como su papá. Cuando eran más pequeños, nosotros salíamos a trabajar y Augusto se quedaba con él... Augusto era un personaje. Tan correcto, tan serio. Recuerdo que un día el papá le preguntó: “Dime la verdad: ¿cuánto es que tú necesitas para tus gastos de toda la semana en Ciudad Bolívar?”, y él le dijo: “Papá, 3.000 bolívares”. Eso era nada. “Sí, 3.000 bolívares porque yo me llevo la comida de aquí, y lo que pago es el pasaje”. Y resulta que cuando fuimos a buscar sus cosas a la residencia vimos todas las carencias con las que vivía. Eso me produjo mucho dolor. Él no nos decía nada para no preocuparnos.

César: Sí, él no era exigente. Él trabajaba para comprarse sus cosas. Él nunca pedía. Si quería unos zapatos, él se los compraba. Y me decía que mi responsabilidad era con sus estudios. Augusto no era un muchacho malo, ni de la calle, no era un muchacho ambicioso. Fue un muchacho bueno.

Señora Carmen, ¿cuándo fue la última vez que habló con Augusto?

Carmen: Esa mañana del día que lo mataron, Augusto me llamó para decirme: “Mamá, estoy *pegado*” [sin dinero]. Y yo: “Ay, hijo. No digas eso”. “Sí, mamá, manda más real”. Y yo le dije: “Ya te voy a transferir”. Él me respondió: “Gracias, mamá. Te amo”... y yo: “Ok, hijo”. “¡Pero dime que me amas, pues!”, me dijo él. Yo me reía: “Bueno, está bien. Te amo, te amo”. Esa fue nuestra última conversación.

Volver al índice

Elvira y José Gregorio Pernalete

Padres de Juan Pablo Pernalete, joven de 20 años, asesinado el 26 de abril de 2017 por el impacto de una bomba lacrimógena en el pecho, durante una protesta en Caracas. Estudiaba contaduría en la Universidad Metropolitana. Su madre trabajaba en el Servicio Nacional Integrado de Administración Aduanera y Tributaria (Seniat) y fue incapacitada, pese a la indicación médica de que requería reposo para recuperarse de la depresión mayor que sufrió.

Entrevista realizada en Caracas, el 11 de febrero de 2020

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: Álbum familiar

¿Por qué protestaba su hijo Juan Pablo?

José: Por querer un país distinto, de futuro, de mayores oportunidades, por quedarse y querer hacer una vida acá. Lo común que tiene que esperar un venezolano teniendo un país en democracia. Eso no lo entendían. Yo hablé con alcaldes, con representantes de cámara, y daba lástima. ¿Y por qué pasa esto? Por la manipulación de la información, porque la noticia que sale hacia afuera es la que permite el gobierno y lo que le llega a la gente por las redes sociales.

Elvira: Hay que elevar sus voces. Antes de pasara todo lo que ocurrió, ellos [lo jóvenes] tenían una vida. Ellos se enfrentaban a situaciones, como dijo mi esposo en una entrevista: “Ustedes, la juventud en Venezuela, han envejecido”. En el caso de mi hijo, un muchacho que nosotros tratamos de proteger, ¿por qué se lanzaba a la calle a alzar su voz? Porque él veía tantas injusticias, él fue víctima muchas veces de la delincuencia, de las injusticias y hay que demostrar eso, que no se trata de una cosa política. Era un muchacho impotente frente a un Estado que no respeta los derechos humanos fundamentales, que veía a una población que quería protestar y lo que recibía era golpes, bombas, y él echaba para adelante, defendiendo a una población que él quería. Él salía a manifestar y, en medio de mi dolor, yo lo entendía. Lo admiraba cada día más. Entender lo que sentía mi hijo en ese momento es grande y no puedes encasillármelo entonces como una cosa política. Mi hijo tenía ideales más grandes, es por eso que su papá y yo seguimos aquí luchando. Es duro, no voy a decir que esto es fácil.

José: Nos han amenazado, perseguido, pinchado los celulares, amedrentado, seguido. 17 veces nos han cambiado el fiscal, ¿tú sabes lo que es eso?

¿La declaración de la entonces fiscal general, Luisa Ortega Díaz, en la que indicaba que Juan Pablo murió por un shock cardiogénico por traumatismo cerrado de tórax, al ser impactado por una bomba lacrimógena, ¿no tuvo efecto?

José: Desde que salió Luisa Ortega Díaz de la fiscalía [agosto de 2017], cercaron, paralizaron y trancaron todo. Nada con el caso Pernalete y, el que medio avanzaba, lo sacaban.

Elvira: [El caso] lo politizaron. Vinieron los personeros del Estado y dijeron que a él lo había asesinado su compañero con una pistola de perno y hasta el día de hoy han mantenido esa versión. Nosotros estamos luchando porque el Ministerio Público sabe lo que pasó. El expediente está allí. Nosotros fuimos y presentamos evidencia en la OEA [Organización de Estados Americanos]. Nosotros tenemos la copia del expediente. Cuatro tomos. Está fuera del país, protegido.

¿Se han reunido con Tarek William Saab, el actual fiscal en funciones?

Elvira: No, nosotros no reconocemos a ese señor.

José: Reconocemos a la institución. Y todas estas cosas que hemos aprendido a manejar, a sobrellevar, es por las personas que Dios nos ha puesto en frente, como mi primo Waldemar, a quien asesinaron y hasta la fecha de hoy no sabemos quién fue, y era nuestro abogado [Waldemar Nuñez se trasladaba en su moto por la avenida Andrés Bello de Caracas y chocó contra un carro, cuyo dueño le disparó y posteriormente le pasó por encima con el vehículo. El Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas descartó investigar el hecho].

Elvira: Se preguntarán que por qué nos quedamos. Es que ya no tenemos nada que perder. Nada. Seguimos luchando, esto es una misión de vida. Gabriela, nuestra hija adoptiva, se nos murió. Todavía nosotros en nuestras reflexiones pensamos: ¿Qué habría pasado si su hermano siguiera vivo? Porque ella lo lloraba todos los días. Una persona con cáncer [como era el caso de Gabriela], que también tenga que lidiar con una depresión, yo como madre digo que sí, [su muerte] es consecuencia de que a mi hijo lo asesinaron en 2017.

¿Juan también salía a protestar por su hermana?

Elvira: Claro. Él vivió la crisis, cuando íbamos a hospitales a buscar la ayuda, cuando yo iba a las instituciones del Estado a pedir ayuda y nos la negaban. Él vivió todo eso.

José: Él vendió su carro para completar la operación.

Elvira: El 9 de febrero de 2017 logramos operar a Gabriela. Cuando ya pensamos que habíamos salido, el 26, dos meses después, nos dan el golpe de Juan Pablo. Imagínate, a Gabriela siempre tratamos de protegerla, nunca la expusimos porque era nuestra debilidad. Nosotros decidimos enfrentarnos al gobierno duro. Tratar de proteger a Gabriela de todo eso que nosotros vivimos.

¿Ustedes imaginaron alguna vez que podía ocurrirles algo como lo que le pasó a Juan?

José: Nunca. Yo trabajo fuera [de Caracas] dando asesorías en fincas agropecuarias, haciendo proyectos. Cuando venía de regreso, me ponía a escuchar la radio y escuchaba que habían asesinado a varios muchachos. Antes de él asesinaron a 27 muchachos. Yo decía: “Bueno, que Dios los tenga en su gloria y pa’ lante”. Nunca me imaginé que a mí me iba a tocar, hasta que me tocó. Todos estamos propensos a que nos suceda. Nadie está exento.

Elvira: Juan Pablo salía. Él empezó como aguador [en las protestas]. Les lavaba las manos a los muchachos y estos le decían: “Chamo, no tengo nada qué comer”, y yo veía que Juan Pablo lloraba por esa situación. ¿Que yo te diga que podía parar a Juan Pablo? No, Juan Pablo hoy estuviese luchando por sus sueños e ideales en la calle. No podíamos pararlo, como no podíamos parar a cientos de jóvenes que querían manifestarse. Era su derecho, esa es la verdad que nosotros tenemos. Nos hemos alejado de la parte política. Hemos tenido que manejar, de parte y parte, manipulaciones, de querer llevarte a su juego. Es de parte y parte. Pero nosotros no lo hemos permitido nunca, lo que nos mueve a nosotros es ese muchacho.

José: Nosotros respetamos la decisión de cada padre, de cómo defender a su hijo, y cada vitrina o espacio que tengan para hablar de sus hijos. Si la decisión fue irse del país por seguridad, nosotros no, nuestro muchacho está muerto ahí, junto con su hermana. No tenemos nada que perder. Elvira era fundadora del Seniat [Servicio Nacional Integrado de Administración Aduanera y Tributaria] y la incapacitaron.

Elvira: No les importó, pese a que los médicos dijeron que yo podía tener 52 semanas más para recuperarme de la depresión mayor que sufrí. Lo que me pagan es el 70% del sueldo mínimo. Y eso que yo tengo especializaciones.

José: Yo daba asesorías, hacía proyectos para personas que pedían créditos a la banca del Estado, y me decían que no: “Ese apellido Pernalete es muy resaltón y apenas lo vean, nos van a echar para atrás”. Me quedé sin empleo. Yo he vendido todo. Nuestras prendas, propiedades y lo poquito que habíamos ahorrado para la educación de Juan Pablo. Y le dije a Elvira, así tengamos que hacer lo que tengamos que hacer, no vamos a parar.

¿Hay personas que les reprochan su incesante búsqueda de justicia?

Elvira: Sí, hay personas que nos dicen que ya superemos esto, que ya tenemos que vivir, que tengamos otro hijo. Yo quisiera prestarles a esas personas un ratito, cinco minutos, mis zapatos. Yo se los presto. Cinco minutos para que vean lo que yo siento, desde que me despierto hasta que me duermo. Yo trato de sanar, de hacer meditación y leer, para poder contrarrestar todo lo que vivo a diario. No voy a decir que vivo azorada, no; yo trato y mi esposo también de buscar vías de escape para seguir luchando. Pero vamos a seguir aquí y no me pidan que me vaya, que deje esta lucha, porque no voy a descansar hasta que mi hijo tenga justicia. Y yo no hablo de venganza. Justicia, y no solo por Juan Pablo, sino por los cientos de jóvenes...

José: Nos han ofrecido para sacarnos del país. Han ofrecido otros países que nos van a recibir allá, y no, porque allá vamos a ser moda y las modas pasan. Podremos ser moda mes y medio y después nos echan tierrita. Y, por otro lado, ¿quién va a luchar por nosotros para hacer presión por esto? Nadie lo hará, ni nuestra propia familia, somos nosotros, sus propios padres los que debemos hacerlo. Vamos semanalmente [a la Fiscalía], desde que asesinaron a Juan Pablo y Elvira se levantó de la cama, porque ella estuvo ocho días tirada en una cama hasta que yo le dije: “Tienes que levantarte porque están llamando a nuestro hijo delincuente, criminal y terrorista, y eso no se lo vamos a permitir a nadie”. Ya nos lo mataron físicamente, pero moralmente no lo van a hacer. Semanalmente, desde mayo de 2017, tenemos las pruebas, hasta firmadas por ellos, de esa lucha.

¿Dónde encuentran ustedes la fuerza?

José: En el amor. Nosotros sabemos que Juan Pablo no va a descansar en paz hasta tener justicia y hasta que llegue la libertad de Venezuela. Y esta gente no puede irse así por así. Asesinar a un muchacho de la calidad humana de Juan Pablo y que anden por ahí libres, sin que nadie los castigue... Todo esto es consecuencia del pasado, en 2014 asesinaron a un poco de muchachos. Se diluyeron, no siguieron, solo nombraban a Bassil [Da Costa] y Geraldín [Moreno]. Más nadie. Siguieron asesinando, rompiendo y nos tocó. Hemos reunido a un grupo de padres que nos hemos mantenido, somos los únicos de más de 170 [jóvenes] que asesinaron. Lamentablemente por miedo, por la parte económica, porque han recibido pagos, casas o beneficios, y otros que se han ido del país y le entregaron eso a Dios. Se les respeta. Los que estamos aquí, sabemos que estamos en esta lucha sin miedo a nada, porque ya lo perdimos todo.

¿Qué les gustaría a ustedes escuchar de los autores del asesinato de su hijo?

Elvira: La verdad, que confirmen los hechos. Nosotros tenemos una demanda contra el Estado, desde abril de 2018. Estamos nosotros como demandantes y ellos no le han entregado todavía al comité de la ONU [Organización de Naciones Unidas] ninguna información. Nosotros estamos todos los días alimentando toda esa información y estamos pidiendo una disculpa pública, resarcir la memoria de Juan Pablo. Yo sé que Venezuela sabe la verdad, yo no tengo duda de que honran a esos muchachos diariamente. Pero, a nivel internacional, se sigue diciendo que a Juan Pablo lo asesinó una pistola de perno.

José: El que asesinó a Juan Pablo es el castro-comunismo.

Elvira: De repente dicen, ¿quieren ver la cara [del asesino]? Yo ni siquiera pienso en la cara del guardia que lo asesinó. La cara tiene el

rostro del castro-comunismo. Fue el que asesinó a esos muchachos, a todos.

Ustedes necesitan que la audiencia internacional pueda entender que no es un enfrentamiento oposición-gobierno y que entiendan que ustedes no son un número más y que siguieron con un día a día, que no quedó allí, en 2017 y ya...

José: Nosotros seguimos con un día a día. Tenemos muchos problemas que resolver, deudas, cuidar a los perritos que nos dejó Juan Pablo. Nunca nos negamos a las personas que quieran entrevistarnos y esperamos que digan sin problema todo. No tenemos miedo. Nosotros no le asesinamos el hijo a nadie, ellos nos asesinaron a nuestro hijo.

[La entrevista se detiene por un momento. El señor José llora por un par de minutos]

Elvira: Nosotros no queremos que esto se siga repitiendo y que con lo mucho o poco que podamos hacer, con las voces que podamos seguir levantando buscando justicia, podamos contribuir a que esto no se vuelva a repetir en la historia. Que en 2021 o 2022 nosotros no tengamos que ir a consolar a otra madre. Nosotros queremos cortar esto, contribuir con que esto termine.

José: ¿Qué clases de personas fueron los que asesinaron?

Elvira: Tú te pones a ver las historias de esos muchachos y todas son muy parecidas. Tenían sueños, tenían familias.

José: Hacían tantas cosas. Juan Pablo era youtuber, modelo de ropa casual, ayudaba a la gente de la calle, daba clases de baloncesto en colegios, cosas que ni nosotros sabíamos.

Elvira: Los amigos le decían “el alcalde” porque se la pasaba ayudando a otros, cosas de las que nos enteramos después de que lo asesinan.

José: Cuando lo asesinaron, los niñitos del colegio decían: “Asesinaron al profesor, asesinaron al profesor” y no sabían cuál era, él no estaba en nómina, él iba a enseñar a los niños a driblar, él pedía permiso para hacerlo.

Elvira: Él también recogía mangos en la casa, los lavaba con agua fría y cuando me iba a buscar a Los Ruices, donde yo trabajaba, se los entregaba a los niños de por allí.

José: Se bañaba, se vestía bonito y se iba a su iglesia. Me decía: “Papá, vamos a la iglesia” y yo le decía que para qué, si no había

matrimonio o bautizo. Cómo me arrepiento yo de no haberlo acompañado. Él era otra cosa, demasiado. Regalaba sus zapatos.

Elvira: Él me decía: “Mamá, lo que hace la mano izquierda, no tiene que saberlo la derecha”. Un aprendizaje increíble. Eso nos ha motivado a buscar los mismos principios de él. Si él tiene justicia, los otros también. Ya lo tomamos como misión de vida.

José: Juan Pablo salió a las calles, aparte de luchar por sus derechos, fue para luchar por los derechos de su hermana. No conseguía medicinas, porque teníamos un gran problema, porque eran demasiado costosas.

¿Han recibido apoyo emocional?

José: Nos estamos tratando con un psiquiatra porque con un psicólogo tuvimos una experiencia de retroceso, similar a lo que nos ocurre cada vez que vamos al Ministerio Público. Es una revictimización, contarles todo otra vez. Nos buscan los expedientes donde están las cosas de Juan Pablo...

Elvira: Una vez vi algo y menos mal que se los conté a las delegadas de la ONU. Las directoras del Ministerio Público dijeron que ellas les daban apoyo a las víctimas. Yo dije que no lo podía creer porque a mí no me lo habían dado. Yo tuve que ver el expediente de mi hijo y no pude, me dio un ataque de pánico. No podía tomar ni el ascensor. Tuve que esperar sentada. Es a lo que te enfrentas y con la misma voluntad se los digo: 100 veces me lo cambian y 101 vamos a venir.

José: De verdad, a nosotros es como si nos hubiesen asesinado a Juan Pablo ayer. Nosotros nos detuvimos en el tiempo. No solo mataron a Juan Pablo, nos mataron a nosotros. Más atrás de Juan Pablo, nos fuimos nosotros. Se nos fue todo, la forma de ver las cosas, proyectar el futuro. Nuestras amistades nos abandonaron.

Elvira: Tratamos de vivir un día a la vez.

José: Es el amor de él. Es ese muchacho el que nos mueve.

Elvira: Yo me aferro mucho a Dios. Soy una mujer de fe, tratamos de mirar más hacia el cielo. Hablar de perdón llegará un momento en que podamos hacerlo. Pero para que haya perdón, primero necesitamos justicia. Reconciliarnos como país, para poder cambiar todo esto que estamos viviendo.

José: Que esto no se siga repitiendo. Esto es demasiado duro. No se lo deseamos ni a quien le hizo esto a Juan Pablo. Y sigue sucediendo porque no hubo castigo. A nadie metieron preso. Los

premiaban, los ascendían, les daban cargos, por quitarle la vida a un muchacho.

Volver al índice

Alexander Queliz Ortega

Padre de Daniel Queliz, estudiante de derecho asesinado con arma de fuego el 10 de abril de 2017, durante una protesta en Valencia, estado Carabobo. La madre, Glenys Araca, se suicidó 13 meses después. De acuerdo a su esposo, la señora nunca pudo recuperarse de la pérdida y sufría por el retardo procesal en el caso de su hijo. Por este asesinato fueron imputados dos funcionarios de la Policía de Carabobo. Uno de estos, el que disparó, fue favorecido con un sitio de reclusión ubicado a tres casas de su residencia.

Entrevistas realizadas en Valencia, el 4, 20 y 27 de febrero de 2020

Por HEBERLIZETH GONZÁLEZ



Foto: Heberlizeth González

Háblenos de usted y de su familia.

Mi nombre es Neyls Alexander Queliz Ortega, soy el papá del estudiante de derecho en la Universidad Arturo Michelena [Valencia, estado Carabobo], Daniel Alejandro Queliz Araca, asesinado en el marco de las protestas en el año 2017, el día 10 de abril, en la parroquia Miguel Peña de Valencia, específicamente en la urbanización Los Parques. Esa tarde-noche mi hijo salió como todo ciudadano venezolano a protestar de manera pacífica por la situación del país, por la inseguridad, por la falta de servicios públicos, en fin, por todo lo que sigue siendo una realidad para nosotros. Y en una acción desafortunada, una acción que se salió totalmente de control, fue asesinado por un funcionario de la Policía de Carabobo. A casi tres años de la muerte de Daniel, todavía tenemos un proceso judicial encima. El pedimento, no solamente mío sino de todas las víctimas, es que se haga justicia. Seguimos luchando contra un sistema que al final pareciera no garantizar ese derecho, que es el derecho a la vida, y por tener ese acceso a la justicia que debe ser de manera rápida, pero en muchos de los casos no se sabe ni siquiera quiénes son los responsables.

¿Cómo ocurrieron los hechos ese día?

La información que yo tengo, porque yo no presencié los hechos, no estaba en el sitio, es que había una protesta pacífica dentro de los predios de la urbanización, llevada a cabo por los vecinos. Incluso había niños, adolescentes y más que todo mujeres. Esa protesta, que era con banderas, pitos y cacerolas, las realizaban, principalmente, mujeres y niños. Desafortunadamente, me dicen que a eso de las 9:00 de la noche –nosotros teníamos cerca un comando de la Policía de Carabobo, que precisamente era el comando de orden público–llegaron unos funcionarios policiales. Me cuentan que sin mediar palabras arremetieron en contra de los vecinos, en un principio con perdigones y gas lacrimógeno, sin importarles que adentro de la urbanización había ancianos, niños. Esa protesta no era razón valedera para que ellos emprendieran ese ataque, que fue lo que en principio caldeó los ánimos de los vecinos y fue cuando empezaron a llegar poco a poco los muchachos y entre ellos Daniel. Él había estado minutos antes y se había retirado. No había pasado nada de eso. Y cuando regresó, ya el ataque de la policía había comenzado y ese ataque se prolongó hasta las 10:30 u 11:00 de la noche, cuando se salió de control por parte de Poli-Carabobo. El último ataque fue con armas de fuego. El proyectil que impacta a Daniel fue de 9 mm, perteneciente a la Policía de Carabobo, un arma orgánica, de propiedad y uso del Estado venezolano.

¿Ya quedó establecido por el Cicpc, la policía científica, quiénes son los responsables? ¿Cuántas personas están detenidas por este caso?

Yo debo reconocer que desde un principio el Ministerio Público y el Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (Cicpc) se abocaron a esclarecer el homicidio de Daniel. De hecho, quedó esclarecido policialmente en menos de 48 horas y desde un principio quedaron privados de libertad el disparador, de nombre Marco Antonio Ojeda Arias, y un segundo funcionario de nombre Edien Romero, quien también accionó su arma de fuego; fueron colectadas conchas de su pistola asignada en el sitio del suceso y eso lo comprometió. Ellos están actualmente privados de libertad. En el 2018 no hubo ningún tipo de avance, sobre todo con la apertura del juicio, pero ya a estas alturas del 2020 nosotros estamos en etapa de juicio bastante adelantado. Creemos que antes de que finalice este año debe haber un fallo del tribunal con relación a la muerte de Daniel Queliz.

¿Considera que se ha hecho justicia en este caso?

[Silencio prolongado] Nosotros esperamos justicia. Estamos pasando por un proceso. Ahora, el hecho de que estemos pasando por un proceso no significa que haya justicia. Yo entiendo que hay un proceso que se está llevando a cabo, pero a veces es la forma cómo se llevan los procesos lo que llena a uno de dudas. Me pregunta ahorita si puede haber justicia en el caso de Daniel, y si nos vamos a la verdad verdadera tiene que haber justicia. Tanto la investigación jurídica, forense, como la investigación documental, apuntan a que en el caso de Daniel Queliz tiene que haber una condenatoria. O sea, tiene que suceder algo extraordinario para que eso no sea así. Yo estoy esperando que la sentencia sea por homicidio intencional calificado porque pudiera ser que me puedan refutar una prueba, pero en el caso de mi hijo son un conjunto de pruebas que suman a que tiene que haber una condenatoria porque, desde el punto de vista científico, todo está muy bien respaldado. Toca esperar que eso lo valore el tribunal que lleva el caso, que se evacúe todo lo que debe evacuarse, que en este caso el Tribunal Séptimo de Juicio del estado Carabobo, a cargo del doctor Ángel Aponte, tenga a bien tomar la decisión que corresponde, apegado principalmente a la investigación y a las leyes. La investigación en este caso no es una investigación que realizó el papá o la familia de Daniel Queliz. No. Es una investigación que realizaron el Ministerio Público y los entes competentes del Estado.

Usted siempre va a las audiencias, a las que por supuesto deben ir los imputados. ¿En algún momento ha habido algún cruce de palabras, de miradas, entre ustedes?

Desde un principio he tenido contacto visual con el asesino de Daniel. Desde la audiencia de presentación de imputados, el juez tercero de control del estado Carabobo, Alfredo Toredit, me permitió estar en la sala, cosa que normalmente ese juez no permite. Sin embargo, él me permitió estar, previo a una charla conmigo donde me explicó cómo era el proceso y que él entendía por lo que yo estaba pasando. Me dijo que lo iba a hacer como una excepción. Desde ese momento, en todas las audiencias, he estado en contacto visual con estas personas [los imputados]. En ningún momento ha ocurrido algún evento que se salga de control. No es fácil para un padre tener que verle la cara al asesino de su hijo y sobre todo cuando ya está comprobado que de la pistola que él manipulaba salió el proyectil que le quitó la vida a mi hijo. Hasta ahora, gracias a Dios, no ha sucedido nada.

¿Si tuviese la oportunidad de hablarle, teniéndolo de frente, qué le diría al asesino de su hijo?

Yo soy católico y he tratado de pedirle a Dios todos los días que aparte de mí cualquier sentimiento de odio, de rencor, de venganza. En este momento, si soy sincero, no estoy preparado para perdonar, pero yo le pido a mi Dios que me dé esa fuerza para poder perdonar en algún momento. Pienso que no debemos pasar del plano de víctima a victimario. Eso creo que le haría un gran favor a otra gente y no a nosotros precisamente.

Ya se sabe que no hay otro responsable del asesinato de Daniel Queliz, ¿está dispuesto a perdonar a ese policía?

Es un proceso. Pienso que el perdón es como cuando uno sufre una herida en el cuerpo: te cortas y empiezas a botar sangre, y al ratico ves que la sangre se para porque el sistema inmunológico se activó y entonces los glóbulos blancos mandaron a parar ese derrame de sangre. Pero esa herida no sana en el momento. Quizás esa herida va a requerir de 4, 5, 6, 7, 8, o de 15 días, para que cicatrice hasta que al final sana. Y aun así queda la marca. El perdón no es de un día para otro. Como dije, sé que Dios me dará las fuerzas para perdonar, pero en este momento no estoy preparado para ello.

Perdió a su esposa en un proceso también relacionado con el asesinato de su hijo. Cuéntenos un poco sobre ella, ¿cuánto tiempo estuvieron casados?

Para el momento de la muerte de Daniel teníamos 19 años de casados.

Usted habla de que las heridas no sanan al momento y, quizás, cuando ya estaba tratando de sanar la pérdida de su hijo, le viene otro duro golpe que es la muerte de su esposa. ¿Cómo lo asimiló?

[Suspira] Realmente te digo que a mí la vida me dejó como en una montaña rusa. De pronto subes y de pronto bajas, y vuelves a subir y a bajar, y así le queda la vida a uno, en un constante sube y baja. Hay días en los que me levanto con mucho ánimo de hacer las cosas y hay días que no. Eso es parte de un proceso, el luto, que cada quien lo maneja, digamos, que como se vaya presentando. Cada quien tiene diferentes capacidades para afrontar una pérdida. Al final cada pérdida es un luto. Entonces, una pérdida y luego la otra, sobre todo en las condiciones en que las dos se dan, de manera trágica y en tan corto tiempo, es como que si no te dan chance de nada. Ya viene un proceso en el que comienzo a ver las cosas de otra forma. Hay un tema motivacional importante; mi motor, que eran mi esposa y mi hijo, eso cambia, cambia radicalmente las cosas sobre todo cuando el centro de atención son ellos. Son muchas cosas por las que uno tiene que pasar que no son fáciles.

¿Cuándo y qué fue lo que pasó con su esposa, Glenys Araca?

Fue trece meses después de la muerte de Daniel [Silencio]. Una mañana salí de casa y, a pesar de que por evaluación con el psiquiatra [al que tuvo que asistir tras el asesinato de Daniel], mi esposa no tenía tendencia al suicidio, una mañana decidió... [silencio], de manera inesperada, quitarse la vida. Ella estaba sola en casa y fue cuando ocurrió. Llega el momento en el que me hago muchas preguntas, quedo con más preguntas que respuestas. Es una situación muy dura y... [silencio] recuperarse de esa situación no es de un día para otro. Es más, yo creo que nunca voy a poder recuperarme de eso sino que estoy tratando de aprender a vivir con esas ausencias.

Antes de la muerte de su esposa, ¿cómo tuvo que lidiar con la pérdida de Daniel?

En cuanto a mi esposa, ella quedó prácticamente sin ningún tipo de fuerzas, abrió el saco del sufrimiento, se metió y lo cerró. No quería tener contacto con el mundo exterior, no podía dormir. Terrible. Como padre de familia, como esposo y como amigo, tenía que cuidar a mi esposa y tenía que ocuparme también de la parte judicial del caso de Daniel, y eso, quizás, a mí me mantenía en otras actividades y ocupaba el tiempo, cosa que no logró ella. Al final, es un cúmulo de cosas.

Usted dice que el Estado venezolano es responsable del asesinato de Daniel. ¿Cree que también lo sea de la muerte de su esposa?

La muerte de mi esposa es consecuencia de... Mi esposa sufría mucho por el tema del retardo procesal, porque no se iniciaba el juicio. Se sabe que en esos procesos en los que están incurso funcionarios policiales, estos reciben un trato preferencial: las condiciones en las que están reclusos no son las mismas condiciones de un preso común, aunque deberían tener el trato que establece la ley. Nosotros nos enteramos de que al disparador le cambiaron el sitio de reclusión sin ningún tipo de autorización del tribunal. En principio lo tenían detenido en el Cicpc, en la base Los Caobos, y luego lo trasladaron a la comandancia general de la Policía de Carabobo. Actualmente está en el Centro de Coordinación Policial de la Vivienda Popular Los Guayos, porque resulta que él vive a tres casas de ese comando. Esas son las cosas cuando hay funcionarios de por medio. Estamos claros de que, tras bastidores, hay mucha gente de poder tratando de que esta gente esté bajo las mejores condiciones posibles y que al final sea una decisión que no perjudique tanto al Estado venezolano. Yo sé quiénes son esas personas, nosotros sabemos quiénes son y lo que orquestan, pero ellos tienen que dar la lucha en los tribunales. Yo los invito a que así sea. No hay otra manera de que ellos puedan cambiar la realidad que no sea en un tribunal de la República.

¿Quiere decir que este funcionario estaría cumpliendo un "autoarresto" domiciliario?

Eso no lo han oficializado, pero queda a la imaginación de todos. Yo no lo puedo afirmar porque sería irresponsable de mi parte, pero la presunción existe, e incluso, el peligro de fuga existe.

¿Qué se sabe del otro funcionario?

El otro también estaba en el Cicpc de Los Caobos, y sus abogados pidieron una reconsideración de la medida. El tribunal no la acordó, pero sí le acordó un cambio de sitio de reclusión. Tuvieron que operarlo, y el juez acordó que sería mientras se recuperaba de la operación, pero él tenía que regresar a los calabozos de la base de homicidios de Los Caobos, y hasta ahora nosotros no hemos podido constatar si eso realmente es así. Te reitero, no es el proceso, es la forma cómo se lleva.

Luego de la muerte de su esposa, ¿cómo ha cambiado su vida, ¿cómo es estar aquí solo, sin tener ni una ni otra compañía en la casa donde vivían juntos?

[Silencio] Terrible. Las ausencias son las ausencias y, como dije, trato de aprender a vivir con las ausencias. La vida queda como en blanco y negro, queda hecha añicos. Trato siempre de estar aferrado a la mano de Dios y es precisamente él el que me da esa fuerza.

Yo tengo dos momentos muy difíciles en el día: cuando me levanto y cuando me acuesto. Cuando me levanto porque estoy solo, sin la presencia de ellos. Y cuando me acuesto, porque mi cama está vacía, no está ella, no está mi hijo. Es terrible. La vida queda como en neutro, ¿me comprende? Al final, tienes que aprender a vivir un día a la vez, así me quedó la vida a mí. No trato de afanarme con cosas sino que el día a día me depare lo que voy a vivir.

Hemos sido testigos de su lucha incansable para que el caso de Daniel no quede impune, usted no ha dejado de protestar.

Esto es otra circunstancia. Dentro de esa lucha que tengo, que no es un trabajo político, está la de marchar porque al final se trata de un tema de justicia y yo pienso que nosotros tenemos que tratar de marcar un precedente, porque para mí sería muy triste que otro padre de familia pase por lo que yo estoy pasando, y ese es el anhelo más grande que yo tengo. O sea, que a ninguna familia de este país o de cualquier país del mundo le suceda lo que sucedió con la familia de Daniel Queliz. Y al final ese tiene que ser mi mensaje y yo siento que Dios me tiene para una tarea muy específica; todavía no sé cuál es, pero al igual que yo, hay muchos padres que estamos en la misma lucha. Mucha gente tiende a confundir esta lucha con trabajo político, pero no es así. Luchamos, en primer lugar, para que no haya impunidad; en segundo lugar para que situaciones como las que se presentaron no se vuelvan a presentar; y en tercer lugar porque hay una sociedad, un país, que reclama que las cosas cambien. Y si precisamente no se logra obtener justicia, que la gente tenga un derecho tan sagrado como es conocer la verdad de las cosas, si no logramos que la gente llegue a conocer la verdad de las cosas, las cosas no van a cambiar.

¿En qué año de la carrera de derecho estaba Daniel cuando lo asesinaron?

Estaba en el tercer año de la carrera, digamos que a la mitad del año. Él, además, tenía actividades extracurriculares, era beisbolista. Llegó, en su momento, a tratar de conseguir una firma para el béisbol profesional, porque tiene un primo en el béisbol profesional, y él se veía en ese espejo. Aunque vivíamos en Los Parques, Daniel jugó en los Criollitos de Venezuela en La Isabelica y fue un destacado pelotero. Practicaba el deporte. También le gustaba mucho el fútbol, le gustaba el Barcelona. En fin, un muchacho extraordinario. No me da pena decirlo de manera chocante, pero era un chamo sano, de valores, buen vecino, buen amigo y desafortunadamente el destino nos tenía esta mala pasada y las cosas se presentaron así. Pero nada ni nadie va a poder manchar el buen nombre de Daniel Queliz. Y van a ver que, en un futuro no muy lejano, todos esos chamos van a ser recordados y honrados.

De estar Daniel con vida, ya estaría por graduarse. Cuéntenos lo que hicieron los compañeros en la última clase.

Sus compañeros de promoción me han tomado en cuenta para sus actos. De hecho, en la última clase en el auditorio, la silla de Daniel estuvo vacía, con su foto. Me entregaron una camisa de promoción con su nombre. Y en la promoción XXVII de la Universidad Arturo Michelena los muchachos decidieron honrar el nombre de Daniel Queliz colocándole su nombre a la promoción. Es un gesto muy bonito y esa es la manera como debemos honrar la memoria de todos los caídos. Para el momento del hecho [de su asesinato], Daniel tenía 5 días de haber cumplido 20 años de edad.

[Volver al índice](#)

Rosa Orozco

Madre de Geraldín Moreno, estudiante de 23 años asesinada por guardias nacionales bolivarianos el 19 de febrero de 2014, durante una protesta en Valencia, estado Carabobo. La joven estudiaba 5to semestre de citotecnología en la Universidad Arturo Michelena. Le dispararon en el rostro a quemarropa, destrozándole el 90 por ciento de la masa cerebral. Murió tres días después.

**Entrevista realizada en Valencia, el 22 de febrero de
2020**

Por HEBERLIZETH GONZÁLEZ



Foto: Heberlizeth González

Cuéntenos sobre usted y lo ocurrido con su hija Geraldín Moreno.

Mi hija fue asesinada en las protestas de 2014 por el gobierno de Nicolás Maduro. Un guardia nacional le dispara en el rostro y le incrusta un cartucho en el ojo, el día 19 de febrero. Le dispara a quemarropa y le destroza el 90 por ciento de la masa cerebral. Geraldín muere el 22 de febrero de 2014. Luchó por su vida, pero lamentablemente no se pudo hacer nada porque tenía el cerebro destrozado, el rostro destrozado y su cuerpo destrozado por perdigones.

De ahí en adelante ha sido un camino muy largo. Varias víctimas nos hemos unido pidiendo justicia por nuestros hijos. Particularmente he estado denunciando, a nivel nacional e internacional, todo lo que está ocurriendo en Venezuela con este régimen que lo que ha hecho es destruir a Venezuela totalmente. Son 343 muchachos asesinados en protestas desde el 2014 hasta el 2019. Sin hablar de los 18 mil casos registrados por asesinatos de las Fuerzas de Acciones Especiales [FAES, comando de la Policía Nacional Bolivariana], niños muertos por medicinas, en hospitales, los 5 millones de venezolanos que se encuentran en la diáspora. Eso era todo lo que quería Geraldín, libertad y democracia.

Cuéntenos qué ocurrió exactamente ese 19 de febrero.

Geraldín estaba en la puerta de nuestra casa con un pito y una bandera, cuando entra un contingente del Destacamento 24 [de la Guardia Nacional Bolivariana], que estaba integrado por 13 motos y 24 guardia nacionales. El que le dispara en el cuerpo a Geraldín es Francisco Caridad Barroso, quien fue sentenciado a 16 años [de cárcel]. Yo tengo la sentencia, la cual fue ratificada por el Tribunal Supremo de Justicia. Albin Bonilla es el otro guardia que le dispara en el rostro. Geraldín cae y pide clemencia, pone la mano, pero no le bastó con que pidiera clemencia, igual le disparó en el rostro y por eso le dieron una sentencia de 30 años y se encuentra, igual que Francisco Caridad Barroso, en [la cárcel militar de] Ramo Verde. Son muy importantes estas sentencias del caso de Geraldín, porque lo que ha sucedido es un patrón sistemático que ha tenido este régimen de asesinar a las personas que levantan su voz. Del torso hacia arriba, le disparan en la cara, en el pecho, o sea que si ellos hablan de disuadir una protesta no lo hacen, lo que hacen es asesinar.

En el caso de Geraldín [a los guardias] se les dio una sentencia por trato cruel y cómo la dictaron es un aliento para muchas víctimas porque de ahí podemos seguir denunciando que hubo crímenes de lesa humanidad. Queremos enviar todo a la Corte Penal Internacional [CIP], casi todo lo ocurrido en este periodo del 2014 al 2019 está documentado. De ahí nace lo que es Justicia, Encuentro y Perdón

[organización de derechos humanos creada por Rosa Orozco]. Es una ONG que hemos hecho para ayudar a las víctimas, documentando, difundiendo y visibilizado los casos de todos los muchachos. Yo levanto mi voz por Geraldín, pero también levanto mi voz por esos muchachos que no tienen quien levante la voz por ellos. De verdad no quiero que nadie sufra nunca más lo que yo he sufrido. Hay que ratificar que nosotros tenemos que seguir adelante denunciando hasta que Nicolás Maduro pueda salir del poder.

¿El caso de Geraldín es el único en el que los responsables están sentenciados?

Los del caso de Bassil Da Costa [primer estudiante asesinado durante las protestas de 2014] están sentenciados también. Están en la cárcel. Los otros que hemos podido ver que están sentenciados son los de los casos de los muchachos que fueron arrollados en las protestas. Hay uno del 2014 que fue en el estado Sucre y el de Patricia Ceballos que fue en el Shopping [de Valencia]. Pero, ¿qué fue lo que hicieron?, les dieron una sentencia por 5 y 6 años por homicidio no culposo. Solo ha habido un caso en el que la familia apeló y al hombre creo que le dieron 19 años. De los 300 y pico de casos, esos son los únicos en los que ha habido sentencia y, de estos, los únicos visibles por asesinato son los de Bassil y Geraldín.

¿Cree que a los culpables los sentenciaron porque usted ha sido una luchadora incansable por buscar justicia o cree que realmente existe justicia en Venezuela?

No, no. Yo creo que fue por las tantas denuncias que hice, por tanto que documenté y llevé a todas partes, por levantar mi voz cada vez que podía. Tuve muchos conflictos con Luisa Ortega [Díaz, fiscal general de la República entre 2008 y 2017]. Yo le decía a ella que Geraldín había sido asesinada y le preguntaba por qué había tanto retardo procesal. Geraldín muere el 22 de febrero de 2014, empezamos juicio es a finales de 2015 y a los guardias los sentencian, pese a que ya se sabía quiénes habían sido, es el 14 de diciembre de 2016. Los guardias apelaron en la Corte Suprema [Tribunal Supremo de Justicia], y es el TSJ el que me ratifica la sentencia el año pasado [2019]. Claramente hubo un retardo procesal, que es lo usual en este país, pero gracias a la denuncia, a que levanté mi voz, es que llegamos a donde llegamos. El caso de Geraldín es notorio en todo el mundo, porque la foto de Geraldín rodó por el mundo entero. A Geraldín le disparan el 19 y yo veo esa foto el día 21. Cuando la veo quedo impresionada porque yo siempre vi a mi hija en terapia intensiva con la cara tapada, yo nunca le vi la cara destapada. Y cuando la veo es cuando me doy cuenta y digo: “Mira, Geraldín no sale de aquí” [no sale con vida de la clínica].

Usted buscaba que también fuese acusado como responsable el jefe del Destacamento de la GNB, que en ese entonces era Frank Osuna Díaz. ¿Qué se sabe de él actualmente?

Yo estuve en Ginebra, en la cumbre de Ginebra, donde fue escuchada mi palabra, donde se explicó el caso de Geraldín, y levanté la voz por los presos políticos y los otros muchachos. Ahí dije que eran 18 guardias nacionales los que estuvieron ahí presentes cuando le dispararon a Geraldín. Esos GN son cómplices no necesarios, esos GN tienen que ser juzgados. Y Frank Osuna, el comandante, tiene que ser juzgado porque alguien dio la orden. Aquí hay una línea de mando. Esa línea de mando está ya visible para todo el mundo: Nicolás Maduro, Carmen Meléndez [entonces Ministra del Poder Popular para la Defensa], Néstor Reverol [comandante general de la Guardia Nacional Bolivariana entre octubre de 2014 y julio de 2016; antes subdirector del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional], Antonio Benavides Torres [entonces al frente de la Dirección de Operaciones de la GNB y, desde julio de 2014, jefe de la Región Estratégica para la Defensa Integral Central, que abarca Distrito Capital y los estados Aragua, Carabobo, Miranda y Vargas]. Y aquí en el estado Carabobo, Arquímedes Herrera Ruso [comandante del entonces Destacamento del Comando Regional Nro 2], Ramón Pimentel [segundo al mando del Destacamento del Comando Regional Nro 2] y Frank Osuna. Esa es la línea de mando en el caso de Geraldín. Lo he ratificado y lo he dicho, lo he escrito. La gente en el Ministerio Público se pone brava y dicen que "por qué le voy a mandar yo esos papeles a esa gente" [instancias internacionales], pero es que aquí el Ministerio Público no trabaja, y ese es el Estado. Yo presento mis escritos, ¿no me quieren hacer caso, no me quieren llevar a los GN a juicio?, entonces agarro y lo llevo a nivel internacional. Por eso es que uno vive diciendo que tenemos que documentar todo lo que pase, para exigir, para que sepan que aquí en Venezuela hay retardo procesal y por esa razón hay tantos casos aquí que desde 2014 no han tenido sentencia. Y también se lo dije a Frank Osuna, un hombre al que ascendieron, o sea, lo premiaron con el grado de general y lo tienen en [el estado] Anzoátegui. Eso es lo que ha ocurrido: aquellos que asesinaron, que dispararon, a todo el que mató a un muchacho, lo premiaron ascendiéndolo, dándole un carro, una casa, y lo peor de todo es que Maduro sale en cadena nacional felicitándolos. Las líneas de mando en este país son las primeras que tienen que ser juzgadas.

En las audiencias usted veía a los guardias. En una oportunidad les dijo que los perdonaba, ¿qué fue lo que les dijo exactamente en ese momento?

El perdón es algo muy complicado. A la gente le hablas de perdón y muchos dicen: "Bueno, esta señora se volvió loca,

perdonando a la gente que le mató a su hija". Pero yo pienso que el perdón es para uno, es para ti, interno, para salir adelante, para que el espíritu se libere, porque con odio, con rencor no vas a continuar. El odio y el rencor trancan y eso no puede ser. Ese odio no deja salir adelante mientras el perdón libera. Podrán no creerme, pero yo me levantaba todos los días con una presión en el pecho, no podía respirar, y recuerdo claro ese día en que les dije a los asesinos de mi hija que los perdonaba. Es un proceso... tengo una familia muy católica, mi mamá me lo decía siempre y me lo dijo cuando murió Geraldín, cuando estábamos en la clínica: "Tienes dos opciones: o te vas por el odio, por el rencor, por el resentimiento, o te vas por la reconciliación, el perdón y el amor que siempre Dios te ha dado a ti. Eso es lo que siempre le inculcaste a tu hija y yo te lo he inculcado a ti, así que tú decides". Ese día, en la audiencia, estaba sentada y algo me impulsó a pararme de la silla. No estaba el juez, estaba la secretaria nada más. El custodio de los guardias no sé dónde estaba, tampoco estaba el papá de Geraldín, ni estaban los fiscales. Yo estaba sentadita sola, viéndolos nada más, hasta que me paré y me fui por detrás. Por supuesto, cuando ellos me vieron a la cara, los dos se asustaron. Y les pregunté: "Yo quisiera saber qué les hizo mi hija a ustedes, ¿qué les hizo mi muchacha a ustedes dos para que dispararan como le dispararon?". [Francisco] Caridad Barroso me vio y se puso a llorar. Albin Bonilla, en cambio, lo que hizo fue mirarme a la cara y bajar la vista. Ese señor para mí es un psicópata, porque lamentablemente hay psicópatas vestidos de uniforme; no son todos, pero Bonilla sí.

Y les dije: "¿Ustedes saben cómo es la cosa? Yo los voy a perdonar a ustedes dos. Me voy a perdonar yo primero y luego los voy a perdonar a ustedes". Ellos respondieron: "Señora Rosa, nosotros tenemos hijos, no queremos que usted piense que nosotros fuimos". Y yo insistí: "Si ustedes no fueron, digan entonces quién fue. Hablen, para eso es este juicio, para que hablen". Y se lo dije a Bonilla: "Tú tienes dos hijos, bebecitos que llevaron para el tribunal, y les voy a decir algo, yo voy a luchar para que tus dos hijos no sean como un Jorge Rodríguez y una Delcy Rodríguez [actuales ministro de Comunicación e Información, y vicepresidenta de Venezuela, respectivamente], porque el odio y el resentimiento es el problema que tenemos en este país". Nosotros tenemos que entender y decir que esto no puede repetirse más en Venezuela, por eso es que yo siempre estoy trabajando con la justicia transicional: justicia, reparación y la no repetición. Nosotros hemos repetido este proceso, porque esto viene desde [Marcos] Pérez Jiménez [dictador venezolano que gobernó de 1952 a 1958]. Desde Pérez Jiménez viene arrastrándose con el odio y el rencor; eso es lo que traen desde los adecos, los copeyanos y este desastre con [Hugo] Chávez. Y lo peor de todo es que nuestros hijos tuvieron que arrastrar con todo esto. Por eso es que esto se tiene que cortar. Se lo dije a

Bonilla, quien lo que hacía era verme, y a Caridad Barroso, quien lo que hacía era llorar. En ese momento entró el juez. Mi abogado, Luis Armando Betancourt, del Foro Penal, me dijo: “¿Qué hacías tu ahí parada?, a ti te pueden sancionar, ¿qué estás haciendo?, te pueden hacer quién sabe qué cosa por estar hablando con esos hombres”. Entonces volví a mi silla y me senté. Y juro que desde ese día empecé a respirar, empecé a andar bien y todo lo que me ha pasado o todo lo que he recorrido, lo que me he propuesto se ha logrado. Yo siempre lo digo: las cosas pasan porque Dios sabe por qué pasan. Deben saber cuál es mi agenda y cuál es mi tarea, y esa es la que yo cumplo, pero con rencor y con odio no lo voy a lograr y por eso perdóné.

Si se los volviera a encontrar, ¿les vuelve a decir que los perdona, los vuelve a perdonar?

Los perdono. Y tampoco sería necesario [decírselo] porque nada más con verlos, no siento odio. Yo veo a Nicolás Maduro, a Diosdado Cabello [Cabello, presidente de la cuestionada Asamblea Nacional Constituyente], a Tarek [William Saab, actual fiscal general de la República, designado por la Asamblea Nacional Constituyente] y yo no siento nada. A la gente le da rabia, pero yo no puedo, no siento nada. Como se los he dicho a todos, nosotros no podemos hacer la justicia con nuestras manos. Estas personas tienen que cumplir con un juicio para que sean sentenciados como debe de ser y que ahí se cumpla la justicia y que paguen por lo que hicieron, pero no podemos dejar la justicia por nuestras manos porque, si no, caemos en lo mismo que ellos. Lo que estamos peleando, por un país libre, democrático y con una libertad plena para que el país salga adelante, se truncaría si los que estamos luchando somos igual a ellos. Si mi hija luchó por una libertad, ¿voy a ser yo la que voy a comportarme de la misma manera como se han comportado ellos? No.

¿Usted cree que verdaderamente se ha hecho justicia en el caso de Geraldín u otros casos? ¿Cree que hay justicia en Venezuela?

No, no. Aquí lo que hay es un retardo procesal y eso se va a empezar a activar inmediatamente que el régimen caiga, que el régimen salga. Yo tengo muchísima fe en que nosotros este año vamos a salir de esto, y a lo mejor dirán: “Todos los años dicen lo mismo”, pero este año es diferente y nosotros tenemos que trabajar para eso, para que sea diferente. Como le digo a la gente: “Yo no quiero que Venezuela sea igual que antes, yo quiero que sea mejor”. Una Venezuela que sea mucho más productiva y que todo esto termine de una buena vez para que tengamos esa justicia tan anhelada que queremos, con un nuevo Tribunal, con un TSJ imparcial, con las instituciones conformadas como debe ser. De allí en adelante es que diré que hubo justicia y que los demás tendrán justicia. Nosotros

todavía, yo por ejemplo, no tengo la justicia justa. Estos dos militares que enjuiciaron, que son [los asesinos] materiales, en pleno juicio lo decían: “A nosotros nos dieron una orden para disparar y nos dijeron que matáramos a algún manifestante en las protestas”. Entonces, ¿dónde están esos militares que [dieron la orden]? Deberían estar presos.

Su ONG Justicia, Encuentro y Perdón habla, precisamente, del perdón. ¿Por qué ese nombre?

“Justicia” porque queremos justicia, porque somos una organización de víctimas y lo primordial para nosotros es la justicia. “Encuentro” porque nosotros tenemos que lograr un encuentro entre venezolanos, que podamos convivir unos con otros. Yo puedo ser del rojo, del azul, del blanco, pero eso no debería ser el detonante para tener un problema o una discusión; no. Tiene que haber una reconciliación entre todos, porque tenemos que hacerlo todo. Eso es lo que queremos, esa reconciliación. Y la palabra “perdón” porque nosotros tenemos que perdonar, Venezuela tiene que perdonar, Venezuela tiene que trancar [cicatrizarse] las heridas y ese perdón es para trancar las heridas. Siempre lo digo: el perdón no significa renunciar a la justicia. Yo perdoné, pero ellos tienen que ir a un juicio, pagar una condena porque cometieron un delito, pero el perdón es para seguir adelante. Por ejemplo, en el caso de Frank Osuna, que fue “el arrase” de Naguanagua y parte de Valencia, donde le violaron los derechos a los muchachos, los maltrataron, torturaron, hay que decirle a esos muchachos: “Tú tienes que perdonar a Frank Osuna”. Yo tengo que enseñarles que esa reconciliación y ese perdón lo están recibiendo ellos [las víctimas], son para que puedan seguir adelante y para que ese odio se termine ahí. Condenar a Frank Osuna, pero de la manera correcta, ese es el camino del perdón.

Volver al índice

Yaneth Hernández

Madre de Yoinier Peña, joven con discapacidad psicomotora que recibió un disparo durante una protesta en Barquisimeto, estado Lara, el 10 de abril de 2017. Falleció a los 2 meses luego de 4 intervenciones quirúrgicas. Su muerte se debió a una sepsis, producto de que no pudieron combatir una infección bacteriana por falta de medicamentos.

Entrevista realizada vía WhatsApp desde Caracas a Barquisimeto, el 27 de junio de 2020

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: Álbum familiar

Cuéntenos sobre Yoinier: ¿Qué le gustaba hacer? ¿A qué se dedicaba?

Mi hijo era un joven con condición especial, un PCI, que significa parálisis cerebral infantil. Habían diagnosticado que no iba a hablar, no iba a caminar, que iba a ser un vegetal y, con todas las terapias que recibió, él logró evolucionar mucho. Sin embargo, tenía un retraso psicomotor global. No tenía la pinza pequeña que es la capacidad de amarrarse, abotonarse, nada de eso. Él tenía lo que uno llama la pinza del mono, que es agarrar grande. Caminaba, no hablaba, pero sí escuchaba. Era un joven que donde quiera que iba, irradiaba amor, tenía muchos amigos, periodistas, deportistas, músicos, políticos... él se hacía sentir y donde había aglomeración de personas, él estaba allí. Cuando venía la procesión de la Divina Pastora [en el mes de enero], él iba. Nosotros lo llevábamos de pequeño a los juegos de béisbol, de fútbol. Era un joven extraordinario, no porque era mi hijo, pero era un ser extraordinario, lleno de luz.

¿Qué ocurrió exactamente el 10 de abril de 2017, cuando Yoinier recibió un disparo en una manifestación?

Su rutina diaria era levantarse, bañarse, lo ayudábamos a vestirse, a abotonarse la ropa, desayunaba y se iba, porque él se iba en las mañanas y llegaba a las 5:00 o 6:00 de la tarde. Se iba y se sentaba en los parques. Ese día, él desayunó y salió. Fue un día domingo, y estaban comenzando las manifestaciones. Yo estaba en una reunión cuando otro de mis hijos recibe la llamada para avisarle que habían herido a Yoinier. En lo que salí desesperada, mis hijos me dicen: "Mamá, si es herido, no se preocupe, porque esos son perdigones". Querían decirme que no eran balas como tal, pues. Sin embargo, cuando llego al hospital Pastor Oropeza supe que había sido un impacto de bala. No me lo habían atendido. Me hicieron pasar por la condición que él tenía, sin embargo no tenía ni una venoclisis [procedimiento para introducir al organismo una sustancia terapéutica mediante una vena] ni nada. Porque las órdenes de aquel entonces en el Seguro Social eran no atender a los guarimberos. Así se referían ellos a los manifestantes y decían que no iban a atender a ningún guarimbero. Entonces lo trasladamos al Hospital Central y al día siguiente es cuando lo operan. A él le dan el tiro, con una bala de alto calibre, en el intercostal derecho. La bala le impactó en las vértebras L3, L4, L5, en la médula espinal. También le hicieron una colonoscopia porque la bala le dañó el intestino. Su operación duró 10 horas. Primero 5 horas para operarle la columna y, sin embargo, no le pudieron sacar la bala. Me dijeron: "Le tengo una buena y una mala noticia". La buena era que estaba estable aunque no le habían podido sacar la bala. Y la otra era que habían sentido un olor a heces y tuvieron que intervenir nuevamente con su

hemoglobina en 8. Esa operación duró 5 horas más. Al final lo operaron cuatro veces en el Hospital Central.

¿Cómo se enteró usted de lo ocurrido? ¿Dónde estaba? ¿Qué sintió en ese momento?

Estaba en una reunión en el urbanismo y quien recibió la llamada fue mi otro hijo. Porque Yoinier cargaba su carnet de identificación y el carnet de discapacidad, ahí aparecían todos los números de teléfono, el mío, el de mi hijo, el de mi pareja, el de la casa, la dirección y todo. Él cargaba su carnet por si le llegaba a ocurrir cualquier cuestión, así nos podían ubicar y saber dónde vivía.

¿Yoinier había ido a la manifestación o él solo estaba pasando en ese momento por ahí?

Él solo estaba pasando por allí, ya venía de regreso a la casa. Él estaba en los alrededores del Centro Comercial Metrópolis, donde había agarrado el transporte. Nos llamaron como a las 7:00 y pico de la noche.

¿Él estaba solo?

Sí, porque él se desplazaba solo. A él ya lo conocían todos los taxistas, los transportistas y me lo traían. Nosotros vivimos en el barrio El Carmen y ya lo conocían. Él era como un ícono de la ciudad, ya lo conocía todo el mundo. Muchísimo, hasta en Los Campitos, porque él se desplazaba en Transbarca. Tenía la rutina, a las 3:00 de la tarde, de colaborar ahí con los minusválidos, con los viejitos, como si fuera un trabajador más del sistema de transporte. Todo el mundo lo quería. Ese día ya venía en el Transbarca. Eran como las 7:00 de la noche. Una vecina me contó que cuando ella venía de regreso al barrio vio a muchos estudiantes y personas, jovencitos manifestando en la avenida Florencio Jiménez y que la única "arma" que cargaban era una bandera inmensa. Ella dice que no logró ver a Yoi, que si lo hubiese visto se lo trae, pero Yoi habrá llegado después, será. Él ya venía de regreso a cenar y acostarse, pero se habrá bajado allí al ver todo.

¿Los que dispararon contra los manifestantes eran civiles armados o funcionarios?

Ese día hubo muchos heridos, entre ellos Keyner, quien estuvo con Yoi. Tenía en ese momento 15 años, le dan un tiro en la aorta y se salva porque se le hizo un coágulo. Él cuenta que vio cuando llegó la Guardia Nacional Bolivariana (GNB) y lanzó dos bombas lacrimógenas. Y que en eso vino una camioneta de la alcaldía, una roja que se dice de la alcaldía, de donde se bajan cuatro personas vestidas de negro disparando a diestra y siniestra. Dos agachados y dos parados comenzaron a disparar, y claro, como Yoi no sabía correr... él caminaba

muy lentico por el mismo PCI. ¿Qué se iba a imaginar él que iban a disparar? Como él no corrió, fue una presa fácil.

Se hablaba de la presencia del concejal José Superlano, vinculado a los llamados “colectivos”, en la camioneta. ¿Lograron reunir estas pruebas?

Eso es lo que se dice. Todo eso está en investigación, de hecho, hay un CD donde sale cuando llega la GNB y luego la camioneta roja, pero como salen vestidos de negro, los hombres no se logran identificar como tal, no se les ven los rostros. Tanto es así que el Cicpc [Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas] no se ha pronunciado. Nosotros estamos en eso, pero no hay fruto, no hay adelanto de nada.

Ese mismo día, ¿algún funcionario se comunicó con ustedes, recibieron amenazas o fueron víctimas de persecución?

Cuando Yoinier estuvo hospitalizado, lo tuvo que ver una psiquiatra, mandarle pastillas para dormir porque él no podía dormir. Él duró cinco días y cinco noches sin dormir, y aunque él no hablaba, expresaba que lo iban a matar. Él hacía señas con el dedito en la lengua y yo lo entendía. Quería decirme que si él hablaba lo mataban. Aun sedado, él no quería dormir. Tenía mucho miedo. Se alteraba cuando llegaba mucha gente, cuando llegaban los guardias, porque eso era guardias para arriba y para abajo. Yo creo que a Yoi lo querían poner preso. Decían que mi hijo estaba atrincherado, por ser un sordomudo. Sabe que los sordomudos tienen la capacidad de analizar, era como para llevarlo preso. Cuando me hacen la entrevista en el hospital, porque yo no dejé solo a mi hijo en ningún momento, no sabía nada de esas declaraciones [de Tarek William Saab, entonces defensor del Pueblo], y cuando refuto que mi hijo no está atrincherado, que Yoi tiene un PCI, él [Saab] rectifica y dice que Yoi era un camarada, pero sus intenciones yo creo que eran ponerlo preso. Yo me sentía acosada, era horrible.

¿Quién era esa persona que lo entrevistó?

No sé, allí llegaron varios periodistas a entrevistarme. Yo no dejé que grabaran a mi hijo. Yo no me podía mover de ahí, había que estar pendiente de él. Henri Falcón era el gobernador en ese entonces, opositor, y a mí me tenía custodiada la gente de él, para que la gente del gobierno no me acosara, me imagino. Sin embargo, los guardias pasaban y mi hijo temblaba. Era un acoso horrible. Él como asustado, como temeroso de que le fueran a hacer algo.

¿Cuánto tiempo estuvo hospitalizado?

54 días. Yo solo fui a la casa en dos o tres oportunidades como un par de horas, porque él no quería que lo dejara solo.

¿Cuántas cirugías le practicaron?

Cuatro cirugías. Lo operaron cuatro veces en menos de 10 días.

¿Qué medicinas tomaba él y cuáles requería luego de la herida de bala?

Eran muchas. Me acuerdo que le mandaron una para contrarrestar las bacterias, porque él adquirió cuatro bacterias. Había agarrado un hongo en la herida y llegó un ángel, un señor hijo de un estadounidense y una venezolana, y le llevó la medicina, que era costosísima en aquel entonces. Cada una de las inyecciones costaban como 350.000 bolívares y él se las donó. Yo tuve mucha ayuda de las ONG, eso no lo puedo negar. Sin embargo, la vancomicina, que fue una de las que también le mandaron, nunca se pudo conseguir. De hecho, el Ministerio Público nos dio la orden para que el Seguro Social las cediera y dijeron que no la tenían. Mi hijo fallece porque no teníamos los medicamentos. Él muere por una sepsis [los órganos dejan de funcionar debido a la inflamación generalizada en todo el cuerpo que se desencadena producto de infecciones].

¿Cómo ha tomado el resto de la familia la muerte de Yoinier?

Tengo cuatro hijos. Me quedaron tres: el mayor, que está en Perú, y los gemelos que son menores que Yoi. Lo extrañan mucho. La gente de la urbanización hizo un “pote” [recolección de fondos]. Todavía lo extrañan, porque él era muy bondadoso, si podía ayudar cargando una bolsa, lo hacía. Si era mujer le daba un besito en la mano, y con los hombres se saludaba de puñitos. Él era todo una risa, mi hijo era pura risa. Era un bochinche, él era muy inocente, era raro que se pusiera bravo. A la gente le ha afectado mucho, hay personas que no saben y, cuando se enteran, lloran por la calidad de persona que era él.

Leímos que usted se sentía como adormecida... ¿Dónde encuentra usted la fuerza?

La fuerza me la da él. Cuando las personas me llegan con anécdotas sobre él. En el caso de él se violaron muchos derechos humanos, cuando le dan el tiro, cuando lo difaman, cuando le faltan los medicamentos, el acoso... Él era un niño en un cuerpo de grande, él no sabía qué era la maldad, entonces ¿qué me da fuerza? Tratar de hacer que se haga justicia. Yo sé que mi hijo no va a volver a la vida, pero para que no haya más Yoinier ni más Yaneth o madres como yo, porque esto es horrible. Para que no maten a más muchachos así como si fueran una cucaracha, un perro... algo así... es tremendo.

¿Quién lo difamó?

Cuando dijeron que estaba en una trinchera. Él no estaba en ninguna trinchera. Tarek William Saab, defensor del pueblo en ese entonces, dijo que él estaba atrincherado.

¿Usted ha recibido ayuda o apoyo psicológico tras lo ocurrido?

He tenido episodios de pánico, graves. Yo no duermo, sufro de insomnio, me tienen que poner pastillas para la ansiedad. Me quedaba sin respiración, y yo sabía que era psicológico, no podía evitarlo. Y es cuando me trata una psiquiatra.

El caso de su hijo sigue impune. ¿Qué le dicen en el Ministerio Público a usted y a sus abogados?

No ha habido justicia. Hubo una oportunidad en que la gente de la Comisión de la Verdad, con Soraya El Achkar y Delcy Rodríguez, vino a Barquisimeto y yo le pregunté al abogado si los podía recibir y él me dijo que sí [la Comisión para la Verdad, la Justicia, la Paz y la Tranquilidad Pública, con 14 integrantes, fue creada por la Asamblea Nacional Constituyente el 8 de agosto de 2017]. Me dijeron muchas cosas, preguntando, que si necesitaban no sé qué y, hasta el sol de hoy, no han hecho nada. Como el caso mío, ninguno de los muchachos ha recibido nada. Apenas el abogado que me está asesorando ahorita logró, por medio de las personas de la Organización de Naciones Unidas (ONU), que me dieran las copias del expediente, pero no certificadas, copias simples; me las dieron después de tres años, gracias a Dios. Pero el caso de Yoi está en etapa investigativa, el Cicpc no se ha pronunciado y hace ya tres años.

¿Ustedes han sido recibidos por organismos internacionales?

El caso de Yoi está en la OEA, la ONU, ellos conocen del caso y estamos en eso pero hay que agotar todos los recursos. Tenemos que trabajar aquí, así nos nieguen la justicia, para poder acudir a instancias internacionales; pero sí, el caso de Yoi está en la ONU, la OEA. El de Yoi y muchos muchachos más.

¿Qué piensa usted del perdón? ¿Lo ve viable en el futuro?

Mire, yo digo que sí, que uno es un ser humano y si Dios perdonó a los demás, uno también tiene que perdonar. Pero eso sí, cuando haya justicia, porque de nada vale que uno perdone sin que haya justicia, porque esas personas van a seguir haciendo daño. Yo lo que quiero es que no haya más Yoinier, más Yaneth, como vuelvo y repito. Eso no se lo deseo a nadie y, sin embargo, ha habido más Yoinier y más Yaneth. A uno como que le limpia el alma es que haya justicia. Y no es que no los perdone, porque, como dicen, Dios nos perdonó a nosotros y uno

también tiene que perdonar, pero no puedo negar que no siento ninguna satisfacción de que esas personas están ahí dañando al pueblo, y por nada, porque solo queremos que haya justicia, comida, servicios básicos; yo no veo que eso sea algo de otro mundo, es algo que nos merecemos como seres humanos.

¿Qué le gustaría escuchar de quienes hicieron esto?

Yo lo que pediría incansablemente es justicia. No quiero venganza, yo no quiero eso que la gente dice, que ojalá los maten; no, porque a ellos los matan y eso no va a redimir nada. Que se haga justicia y paguen por lo que hicieron. Tanto los autores intelectuales como los materiales. Indemnizar su memoria porque los tratan como si fueron terroristas, unos guarimberos como ellos dicen. Y esa no es la palabra, por Dios.

[Volver al índice](#)

Carmen Ruiz

Madre de Óscar Navarrete, adolescente de 17 años herido por una bomba lacrimógena en el pecho durante una protesta en Caracas, el 18 de mayo de 2017. De acuerdo al testimonio de personas que presenciaron el hecho, la bomba la lanzó un guardia nacional a menos de 10 metros de distancia. Pese al pronóstico de que quedaría en estado vegetativo, se ha recuperado parcialmente con el tiempo. Tuvo que volver a aprender a caminar, hablar y comer. Cuatro años después, su madre clama por medicamentos y terapias para que su hijo continúe recuperándose.

Entrevista realizada vía WhatsApp de Caracas a Puerto La Cruz, el 1 de agosto de 2020

Por VALERIA PEDICINI



Foto: Valeria Pedicini

¿Qué fue lo que ocurrió con su hijo Óscar Navarrete en las protestas de 2017?

Óscar estaba estudiando el 5to año de bachillerato. Él se había ido a Guarenas, [estado Miranda], a vivir con sus abuelos porque en el interior del país donde vivimos la situación estaba demasiado complicada con el tema del sistema del transporte, el empleo, la salud, alimento, todo. A mí me costaba mucho conseguir comida para mis tres hijos.

Yo le dije que se fuera a estudiar por allá y que ahí quizá podía estudiar y trabajar, hacer las dos cosas al mismo tiempo. Tenía un poquito más de posibilidades que aquí en Anzoátegui. Se puso a estudiar en Guarenas y empezó a participar en las protestas de 2017 junto a mi familia porque él estaba en desacuerdo con todo. Estaba un poco desanimado y deprimido, entre que no conseguía empleo y todo el trabajo que pasábamos día a día aquí en el interior del país.

El 18 de mayo estaba con unos amigos en una protesta en Altamira, en Caracas, cuando lo hirieron en el lado izquierdo del pecho con una bomba lacrimógena. Fue un Guardia Nacional a menos de 10 metros de distancia, le disparó a quemarropa, le tiraron a matar. Y su corazón dejó de latir.

Los manifestantes que estaban en el sitio lo montaron en una moto y lo llevaron a la Clínica La Floresta, donde estuvo hospitalizado. Ahí fue donde le prestaron el apoyo, gracias a Dios y a ese gran equipo médico que hicieron el milagro, porque mi hijo llegó sin signos vitales. Mi hijo estuvo sin signos vitales por 40 minutos. Ellos le practicaron cuatro reanimaciones. Normalmente los doctores hacen tres, pero a él le hicieron cuatro y al cuarto intento fue que pudo reaccionar. Quedó en estado de coma y estuvo varios días, como dos semanas, en terapia intensiva.

Lo bajaron a una habitación cuando estuvo un poco más estable, pero dos días después tuvo un segundo paro cardíaco y estuvo 25 minutos sin signos vitales otra vez. Tuvieron que revivirlo de nuevo. Eso hizo que retrocediera un poquito porque, aparte de que ya había perdido tanto oxígeno en el cerebro, le pasó otra vez. Eso lo complicó un poco más de lo que ya estaba.

¿Cómo se enteraron que había sido un guardia el que lo había herido?

Mucha gente que estaba ahí de los manifestantes, de su grupo o de personas que le prestaron los primeros auxilios, vieron cuando el guardia lo hirió. El guardia parece que lo iba a rematar, le iba a dar un tiro de gracia como dicen, pero ellos trataron de evitarlo.

Lo único que tengo de ese momento es una foto que sacaron los periodistas de cuando lo llevaban herido en una de las motos, que fue como lo sacaron de ahí. El muchacho que lo llevó a la clínica después se presentó y también me contó lo que había pasado con el guardia.

Cuando esto ocurrió, ¿usted estaba con él en Caracas?

No, yo estaba en nuestra casa en Anzoátegui. Me enteré porque un amigo me escribió por Facebook que estaban buscando a los familiares de un joven que acababa de ser herido en las protestas allá en Caracas. Me escribió para preguntarme si yo conocía a ese muchacho que tenía agregado en mis amigos y le contesté que sí, que era mi hijo. Y ahí me dijo que lo habían herido. No pude salir a Caracas ese mismo día porque no conseguí transporte. Cuando llegué, me fui directamente a la clínica. Cuando llegué y lo vi por primera vez fue horrible. Fue horrible ver a mi hijo entubado y en esas condiciones.

¿Cómo se sintió cuando esta persona le dijo que ese muchacho herido era su hijo Óscar?

Me desesperé. Yo lo que quería era salir corriendo como estaba y no podía hacer nada porque no conseguía autobús. Porque mi familia me contaba que lo habían herido pero no me decían en qué estado estaba porque mi mamá, mi papá y su hermana entraron en crisis. Su hermana había sido la primera en llegar a Altamira. Ese día había ido a trabajar y cuando salió fue a asomarse otra vez a la protesta porque eso era diario. Óscar se encontraba con ella cuando salía del trabajo y ambos protestaban. Ese día él fue a su liceo, volvió a casa, se cambió y subió con un grupito. Ellos se iban a encontrar allá. Al llegar a la marcha en Altamira fue cuando le informaron a mi hija lo que había pasado con Óscar, ella fue la primera en enterarse. Fue la que más rápido llegó a la clínica y avisó a mis papás.

¿Qué le ocasionó el impacto de la bomba lacrimógena?

Él ingresó a la clínica con un paro cardíaco, su corazón había dejado de latir. El informe médico dice que tuvo traumatismo torácico cerrado por objeto contuso que fue la bomba lacrimógena. Eso también le causó una contusión pulmonar izquierda y un edema cerebral. Por eso lastimosamente él ahorita no se acuerda nada de lo que pasó y quedó con secuelas de eso. Olvida todo, no puede salir solo.

¿Qué le decían los doctores que lo atendieron?

Los médicos habían diagnosticado que quedaría en estado vegetativo. Óscar no reaccionaba. Se le hicieron las tomografías y todos los exámenes que tenían que hacerle del cerebro. Como él estuvo 40 minutos sin signos vitales, perdió mucho oxígeno y a raíz de eso me

decían que iba a quedar en estado vegetal. Nos dijeron que no había más nada que hacer, que él iba a estar en estado vegetal de por vida. Que iba a quedar así. Pero yo seguía pensando que se iba a despertar. Yo siempre le decía: “Hijo, acuérdate que tienes que levantarte porque tú me prometiste que mi regalo del Día de las Madres iba a ser tu título de bachiller. Tienes que levantarte y cumplir con tus promesas”. Yo siempre le hablaba cosas positivas.

Después del segundo paro cardíaco, los doctores me sugirieron desconectarlo porque mi hijo estaba conectado a una máquina para poder respirar. Que era mejor desconectarlo porque eso no iba a ser vida para mí. Yo dije que no, que yo no era quién para quitarle la vida a mi hijo. Si llegó muerto y le salvaron la vida, ¿entonces cuál había sido el trabajo que se había hecho? Si no hubiera sido por mi insistencia en tenerlo con vida, Óscar no se recuperaba.

Después del diagnóstico del estado vegetal, ¿qué hicieron?

Después de estar en la Clínica La Floresta fuimos trasladados hasta el Centro Nacional de Rehabilitación. Óscar, en estado vegetativo, fue remitido al centro de rehabilitación que está al lado del hospital Pérez Carreño. Allá empezaron a hacerle el tratamiento con otro tipo de medicamentos, a atenderlo los fisioterapeutas y todos los especialistas. Nosotros entramos bajo otro perfil, con otro nombre, porque ese centro de rehabilitación es del gobierno. Ya nosotros no podíamos estar en la clínica, no estábamos haciendo más nada ahí, ya no había más nada que hacer por él. Ya tocaba la parte de rehabilitación a ver si él reaccionaba, a ver en qué se podía avanzar en su recuperación. Los médicos, aliados con los de La Floresta, nos habilitaron una habitación para nosotros. A Óscar le habían puesto un traqueostomo y un gastrostomo para poder comer y respirar porque no podía hacerlo por él mismo.

¿En qué consistía la rehabilitación y los medicamentos que debía tomar Óscar?

Al principio todo fue en cama. Poco a poco, con paciencia y amor. Le tocaban las extremidades a ver si reaccionaba a algo, le ponían objetos fríos o calientes, le inyectaban toxina botulínica para los músculos. Todo fue poco a poco.

Primero abrió los ojos. Después lo buscaba a uno con la mirada, pero no fue inmediatamente. Nosotros al principio nos comunicábamos con los parpadeos, como en las películas, porque nosotros juntos veíamos muchas. Mi hijo me entendía. Hasta que empezó a seguir con la mirada. Uno hablaba y de repente volteaba los ojos, uno se emocionaba porque Óscar estaba reaccionando. No movía nada de su

cuerpo, pero te buscaba con la mirada. Y así fue como poco a poco fue reaccionando, despertando y avanzando.

Al mes de haber reaccionado le quitaron el traqueostomo para ver si respiraba por sí solo porque también había que hacerle terapia respiratoria. Después yo le empecé a dar a probar comida con mis dedos, yo le untaba la boca con el alimento, a ver si Óscar reaccionaba al tacto, al sabor o al gusto. Porque antes todo era por la manguerita del gastrostomo.

¿Cuánto tiempo estuvieron en el centro de rehabilitación?

Nosotros ya teníamos más de un año en el centro de rehabilitación y una enfermera reconoció a Óscar. Ella le informó al director del centro y un viernes en la tarde, el mismo día que se enteró que Óscar estaba ahí hospitalizado, nos corrieron de ahí. Que no importaban los médicos ni la autorización de la doctora que lo estaba tratando, nada. Nos dijeron “recojan sus cosas y se van inmediatamente”. Nos corrieron como a unos perros.

Y ahí también empezó el retroceso de Óscar porque nos quedamos sin rehabilitaciones, ni aprendizajes, sin terapia ocupacional que eran las que daban ahí. Nos quedamos sin psiquiatría, sin psicólogo, nada de eso. Cuando salimos de ahí, nos fuimos inmediatamente a casa de mi mamá en Guarenas unos días mientras solventábamos cómo regresar a Anzoátegui. No sabíamos cómo iba a reaccionar Óscar al clima tan caluroso de aquí.

¿Qué cosas tuvo que volver a aprender?

Cuando salió del estado vegetal tuvo que aprender a hacer todo nuevamente. Primero empezó a emitir sonidos, a quejarse. A veces se desesperaba porque quería hablar y no podía porque había tenido tanto tiempo el traqueostomo que me imagino que le afectó algo de las cuerdas vocales. De hecho, nosotros lo llevamos con una doctora especialista y ella le hizo una prueba; nos dijo que era poco a poco que él iba a ir recuperando la voz para que pudiera hablar.

Óscar también requiere una cirugía maxilofacial, pero no hemos podido hacérsela. Ahora está hablando. No fluido, pero sí se le entienden algunas cosas, otras no tanto. Dice poquitas palabras porque no hemos tenido más rehabilitación de la terapia de lenguaje que es la que lo ayuda. Yo aquí en casa hago lo que puedo, pero siempre hace falta un especialista.

También tuvo que aprender a comer. Nosotros al principio le dábamos la comida como a un bebé. Después de que le quitaron el gastrostomo le empezamos a dar la comida pero poco a poco. Él no podía porque tenía las manos agarrotadas, le quedaron dobladas. Y

todo eso era un proceso de terapia física de rehabilitación que necesitaba para poder ir estirando los músculos. Todavía tiene las manos con mucha espasticidad. Aunque todavía está en ese proceso de aprendizaje, ya lo hace mejor. Come por sí solo.

A caminar también le costaba mucho. Todavía él se agarra de las cosas porque siente que se va a caer.

¿Qué necesita Óscar para su recuperación?

Lo más importante es la cirugía maxilofacial y las ampollas de toxina botulínica que son las que lo van a ayudar en la parte de la movilidad y la espasticidad con el cuerpo para que Óscar pueda desenvolverse más. Necesita citicolina, que es para ayudarlo a reparar los surcos cerebrales dañados, y es costosa. Este mes le pude comprar el tratamiento gracias a la ayuda de varias personas en Caracas que pudieron recoger una colaboración que fueron 60 dólares. Tiene que ponérsela todos los meses; tenía dos o tres que no tomaba las pastillas y es malo porque se le van olvidando más las cosas.

Y para la rehabilitación necesita urgente lo que son las terapias físicas y la terapia de lenguaje. Tiene que volver a las terapias físicas, que van de la mano con las ampollas de toxina botulínica. La última que hicimos fue en el mes de enero de este año [2020].

¿Le ha sido difícil poder pagar o costear todo su tratamiento?

Muchísimo, sobre todo ahora. Antes nos trasladábamos a veces a Caracas para hacerle sus terapias, cuando podíamos. Pero los pasajes están incomprables para poder viajar. Lo que queremos es que las terapias sean aquí mismo en Anzoátegui, donde estamos viviendo. Porque viajar es demasiado costoso. El pasaje nada más para Caracas te sale hasta en 80 dólares. En Anzoátegui hay un sitio, es una clínica privada. Pero ahí todo es en dólares. Cada terapia te viene saliendo hasta en 40 dólares y por lo menos la rehabilitación física tiene que ser a diario.

¿Ustedes en algún momento denunciaron lo ocurrido con Óscar en 2017?

Sí. A la Clínica La Floresta había llegado una comisión de la PTJ [actual Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas, Cicpc] a buscar a Óscar. Ellos creían que estaba en otra condición, que estaba mejor, me imagino, porque pretendían llevárselo detenido. A él lo quisieron tratar de imputar por agravio a la propiedad del Estado, que fue lo que me dijo el funcionario [del Cicpc] y alguien de la Fiscalía que estaba ahí también. Entonces nos entregaron una citación y asistimos al Ministerio Público a denunciar. Se presentó un grupo del Foro Penal a apoyarme en eso. Ellos ahorita están encargados de todo.

Nosotros le hicimos un poder para que ellos se encargaran de toda esa parte legal de Óscar allá en Caracas. Hasta ahora no se han podido identificar los culpables, no se sabe nada, ninguna respuesta del Ministerio Público. Yo también hice la denuncia a Amnistía Internacional cuando nos sacaron del centro de rehabilitación.

¿Estaba de acuerdo con que Óscar participara en las protestas?

Sí, claro. Yo sabía que él estaba participando y yo solo le decía: “Cuídate, hijo, porque la cosa está fea y no sabes con qué te puedan salir”. Él no era violento, era pacífico, normal. De participar, protestar por todas las cosas que estaban pasando en nuestro país y que siguen pasando.

¿Cree que se pudiera pensar en el perdón, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado en el país?

No. La gente no debería ni olvidar ni perdonar todo lo que pasó. No debemos olvidar jamás, nada de esto se puede olvidar. ¿Cómo perdonan los familiares a quienes les mataron un hijo? ¿Mi familia cómo olvida lo que le hicieron a Óscar? Nadie, ni yo olvido lo que le pasó a otros muchachos. Uno sufrió y lloró con cada uno, cada vez que veía a un herido o muerto. Hemos sufrido igual así no sean nuestros hijos.

En Venezuela se ha tardado, pero yo estoy segura de que aquí va a haber justicia. Aquí todos tienen que pagar. Estamos esperanzados de que va a haber una Venezuela libre. Todos merecemos seguir. Si hay que protestar, hay que seguir haciéndolo.

Usted, particularmente, ¿no se imagina perdonando a la persona que hirió a Óscar?

Perdonarlo no. Que lo perdone Dios si quiere, yo no. Tengo rabia por la manera como actuaron todos estos funcionarios. No solo contra mi hijo, sino contra todos estos jóvenes que no eran ningunos delincuentes, sino muchachos estudiosos que salieron a luchar por toda la situación que estamos viviendo.

Yo sí quiero que pague ese guardia. Ese y todo el grupo que estaba ahí. Ellos tienen que pagar por todo ese daño que hicieron. Porque mira todas las secuelas con las que dejaron a mi hijo. Si no lo hubieran herido, igual hubo muchos más que fueron heridos, a los que mataron. Porque los asesinaron vilmente, descaradamente.

¿Que si lo perdono? No. Yo quiero que él pague y se haga justicia, yo exijo justicia para mi hijo. Porque están uniformados creen que pueden venir y maltratar al pueblo. Estos funcionarios hacen lo que les da la gana y deberían cumplir con sus deberes, para lo que están ahí. No tienen vocación.

¿Qué le gustaría escuchar del guardia que hirió a Óscar para sentir que pudiera perdonarlo?

No, de perdonarlo no. Jamás, yo no lo perdonaría. Por mí que le den cadena perpetua por lo que hizo. Porque a lo mejor no solo se lo hizo a mi hijo. A cuántos más se lo habrá hecho, uno no sabe tampoco. Y así como actuó en contra de mi hijo, pudo haber actuado contra cualquier otro venezolano. Él tiene que pagar. No lo perdonaría, no. Él tiene que pagar y ver cómo quedó mi hijo.

¿Y qué le gustaría que este guardia le dijera a usted y a Óscar?

Que se va a poner a la orden de la justicia. No va a poder enmendar lo que hizo porque Óscar quedó muy afectado, no hay manera. Pero por lo menos que diga que va a contribuir en la mejoría de mi hijo. ¿Cómo? No sé. Me gustaría que nos dijera que se va a entregar a las autoridades para pagar por el daño que hizo, porque él tiene que pagar.

¿Van a seguir luchando por salir adelante y lograr la recuperación de Óscar?

Esa lucha va a estar ahí siempre porque esto es un camino a largo plazo y duro, de mucha entrega y dedicación. La vida nos cambió a todos con lo que pasó con Óscar. Yo creo que el amor de mi familia ha sido muy importante. A pesar de que estamos ahorita distanciados con todo esto, Óscar extraña a sus abuelos y quiere verlos, mientras yo trato de darle todo el amor posible y ayudarlo como puedo.

Volver al índice

Moisés Cordero

Estudiante de derecho en la Universidad de Carabobo, de 20 años. Perdió un ojo al recibir el impacto de un perdigón disparado por un guardia nacional bolivariano durante una marcha opositora, el 23 de febrero de 2019, en Valencia, estado Carabobo. Se trataba de su ojo dominante, así que tras ponerle una prótesis tuvo que aprender de nuevo a caminar y recibir tratamiento por estrés postraumático.

Entrevista realizada en Valencia, el 13 de noviembre de 2019

Por HEBERLIZETH GONZÁLEZ



Foto: Rodolfo Churión

Cuéntanos de ti y de tu familia.

Soy estudiante de derecho de la Universidad de Carabobo. Tengo 20 años. Soy el segundo hijo de mis padres, tengo una hermana mayor. Mi mamá se llama Tibusay Rodríguez, es docente y es de Monagas. Mi papá es Wilfredo Cordero, médico epidemiólogo, de Valencia. Actualmente yo vivo en Valencia [estado Carabobo]. Estoy residenciado en Naguanagua. Después de lo que pasó [el 23 de febrero de 2019], mi mamá se vino de Monagas para estar más cerca de nosotros [él y su hermana].

En mi casa me conocen como "Moik", fue un apodo que me puso mi hermana. Ahora lo utilizan mi familia y mis amigos más cercanos. Y salió porque cuando estaba pequeño, me dio por bailar break dance y mi hermana me decía que me parecía a la tortuga "Movicoy", del comercial de Movistar. Entonces fue una combinación entre "Movicoy" y "Moisés", solo que yo le agregué la K, me gustó y quedó "Moik".

¿Por qué saliste a protestar el 23 de febrero de 2019?

Yo siempre he salido a la calle, siempre he estado en contra de este gobierno porque nos ha quitado muchas cosas, más que todo a los jóvenes. Desde que tengo uso de razón soy muy crítico con el gobierno, sus funciones y lo que hace. Desde que puedo salir a la calle, he salido. A cada una de las manifestaciones.

El 23 de febrero de 2019 salí a las calles. Estaba cerca del Fuerte Paramacay [sede la 41 Brigada Blindada del Ejército] en Naguanagua. La avenida Universidad estaba bloqueada y la marcha pasó por dentro de la urbanización Las Quintas. Me uní en ese punto y caminé hasta la Redoma de Guaparo. Me uní a eso de las 10:00 de la mañana y me dispararon como a la 1:30 de la tarde.

¿Cómo comenzó todo? ¿En la protesta estaba la Guardia Nacional Bolivariana o el ejército?

Eran uniformados. No estoy seguro de si eran guardias o del ejército, pero tenían uniforme verde, asumo que era la guardia. Yo estaba en la Redoma de Guaparo con un amigo. Estuvimos por un buen tiempo esperando a que el resto de las marchas se unieran. Cuando llegó el grupo de Médicos Unidos por Venezuela, hablaron y dijeron que iban a entregar una carta en el Fuerte y seguimos hacia la avenida Universidad hasta que llegamos a los piquetes. Había tres: de la Policía Municipal de Naguanagua, luego de la Policía Nacional Bolivariana (PNB) y por último de las Fuerzas Armadas. Recuerdo que eran como 20 funcionarios. Tenían dos tanquetas apuntando hacia nosotros. Yo me encontraba frente al piquete con el resto de los chamos, señores mayores y hasta niños. Después de un rato, el piquete de la PNB se abre

para darnos paso. Supuestamente íbamos a seguir avanzando. El grupo de médicos avanza y nosotros vamos detrás de ellos. Mi amigo se adelantó, y yo no había dado ni 10 pasos. Me quedo atrás porque empiezo a ver un movimiento raro de parte de la GNB [Guardia Nacional Bolivariana] que no me gustó. Vi hacia adentro de [el Fuerte] Paramacay, cuando gente de civil iba corriendo hacia la cerca, y tenían lacrimógenas, las tenían en el piso, listas para lanzarlas. Cuando comienzan a lanzarlas yo me freno y con el brazo aguanto a una chica que tenía al lado, para que retrocediera y no le pegaran. Yo estaba viendo hacia la reja [lado izquierdo de la avenida Universidad en sentido hacia el edificio del diario El Carabobeño, donde está ubicado el Fuerte Paramacay], y cuando volteo al frente para avisarle a mi amigo que retrocediera, recibo el impacto. Quedo aturdido y pierdo la visión de una vez. Comienzo a sentir el dolor de la herida. Sigo retrocediendo. El gas era sofocante ese día, para mí que eran nuevas las bombas. Lanzaron demasiadas, no solo desde adentro del Fuerte Paramacay sino los guardias que estaban afuera.

El impacto no solo me afectó el ojo sino también el tabique [nasal]. Yo no sabía, ya después me enteré. Simplemente me salía sangre por el ojo y por la nariz, y eso combinado con las lacrimógenas me asfixiaba. Recuerdo que cuando retrocedía choqué con una señora y la ayudé a levantarse. Seguí el flujo de gente que iba hacia la esquina de la Villa Olímpica, porque era la vía de escape más cercana que teníamos, y la guardia seguía arremetiendo en contra de nosotros. También ayudé a una chica que se estaba asfixiando por los gases. Ya estaba herido, pero la ayudé a sostenerse y que siguiera adelante. Me imagino que por la adrenalina del momento no sentía la gravedad de la herida, creía que la sangre en el ojo era lo que me quitaba la visión y el párpado inflamado.

Cuando llego a la esquina de la Villa Olímpica, caigo porque ya no aguantaba el dolor. Ahí es cuando un grupo de personas... eran: una chica, una señora y un señor me dicen: "Estás herido". Yo aún no sabía la gravedad del asunto y me siguen diciendo: "Estás herido, estás herido y tenemos que sacarte de aquí". En ese momento ya me había separado de mi amigo, había quedado solo. Comienzan a echarme agua y me ponen gasas para poder parar la hemorragia. En este punto pierdo los lentes. Yo siempre he tenido problemas visuales. Ya no veía bien. Me ayudan a pararme y comenzamos a caminar buscando salir de ahí. Me logran montar en la parte de atrás de una camioneta, pero una señora dice: "Bájense, bájense porque estamos trancados aquí y ya la guardia viene detrás de nosotros". Seguían reprimiendo. Yo me bajo solo de la camioneta y comienzo a correr por la misma calle. Cuando estoy cerca de Hogares Crea, colapso. Ahí sí empecé a pedir ayuda porque no aguantaba [el dolor].

Empecé a decir: "Por favor, ayúdenme, estoy herido". Comencé a gritar para ver si cualquier persona me podía auxiliar. Ahí se me acerca una señora que me dijo que era médico y que me iba a revisar. Yo, de verdad, agradezco a esa señora, porque ella me vio la herida y me dijo [sonríe]: "Es en la ceja. Tranquilo que es en la ceja y tienes sangre sobre el ojo, pero tenemos que sacarte de aquí". Eso me calmó en el momento, aunque yo sí estaba claro en que no era algo leve porque ya no sentía el ojo ni nada. Ella me ayuda a pararme, pero no podía conmigo porque yo ya estaba casi en peso muerto. En eso una pareja me ayuda. Ahí es cuando conozco a Juan Simón [otro joven que asistió ese día a la marcha y que auxilió a Moisés Cordero mientras estaba herido]. Me dice su nombre. Me pregunta cómo me siento y comienza a sacarme de allí. Me montan en la parte de atrás de otra camioneta, una pick up color negro, y me siguen preguntando mi nombre, con quien estaba, de dónde era, si soy estudiante, y me revisaban la herida. Recuerdo que decían que me llevaran al hospital Carabobo y él [Juan Simón] dice que no porque allí estaban los guardias esperando que llegaran los heridos de la marcha para detenerlos. Él decide que me lleven a la Clínica Metropolitana, en Naguanagua. Ahí volví a quedar solo. Él se separa de mí y me ingresan por emergencia.

Después de todo, ¿sigues en contacto con Juan Simón?, ¿de allí surgió una amistad?

Sí. Nos conocimos ese día y ahora somos amigos, porque además él pertenece a una organización que a mí me gustaba y nunca había tenido contacto con ellos hasta ese día. Es de Un Mundo Sin Mordaza. Ahí yo me uno a ellos.

Cuando me ingresaron por emergencia me hacen las curas. Me preguntan nombre, edad, cuándo nací, qué día era, la fecha, de dónde venía, que había pasado, y bueno, me dicen que la herida es grave. Comienzo a preguntar: "¿Qué le pasó a mi ojo?". Veía la cara de angustia de las enfermeras y me dicen que había que esperar al oftalmólogo para que dijera qué tan grave era. Esas horas fueron eternas porque el oftalmólogo no estaba en la clínica. Me dijeron que tenía que esperar unos 30 minutos a que llegara. Fue eterno porque estaba solo en la camilla y comenzó a aumentar el dolor. Comienzo a desesperarme porque no me dan respuesta de lo que había pasado. En lo que llega una oftalmóloga me reafirma que es grave y que tenían que revisarme con un equipo que ella tenía en su consultorio. Me llevan en silla de ruedas hasta el consultorio, ahí mismo en la clínica. Mientras íbamos comienzo a llorar, a insultar, a decir: "¿Por qué esto me pasó a mí, por qué me hicieron esto, por qué comenzaron a reprimir si no estábamos haciendo nada malo?". La doctora me tranquiliza un poco. Entramos al consultorio y me hacen la primera evaluación. La doctora

se queda en silencio un momento y me da la noticia de que había perdido mi ojo.

Me dice: "Perdiste tu ojo. Literalmente estalló. El proyectil está alojado ahí, lo pude ver. Reventó tu ojo y no se puede hacer nada". Me dice que estoy vivo de milagro y me pregunta si yo llevaba lentes. Digo que sí, los lentes de visión, y me vuelve a decir: "Estás vivo de milagro, de no ser por los lentes no estaríamos aquí hablando. Hubieses quedado ahí en la calle. El lente desvió el proyectil". Ahí yo me derrumbo totalmente. Comienzo a llorar y le pido que me ayude, que no quiero perder la visión, que haga todo lo posible por recuperar el ojo y me dice que no voy a recuperar la visión porque el daño era catastrófico. El globo ocular estalló completamente y no había forma alguna de repararlo. Había dañado mucho la cavidad y era imposible hacer algo. Me vuelven a tranquilizar y comienzo a tomar conciencia de lo que había pasado. Me dicen que me tienen que operar de emergencia porque debían sacar el proyectil y parar la hemorragia que tenía adentro.

¿Cuando hablas de proyectil, a qué te refieres? ¿Fue una bala? ¿Una metra? ¿Perdigones? ¿O fue una bomba lacrimógena? ¿Qué fue exactamente lo que te impactó?

Cuando me dio el informe médico después de la operación, la doctora me dijo que fue perdigón.

¿Un perdigón de plomo?

No me dijo de qué era. No me dio muchos detalles. Simplemente me dijo era un perdigón y que estaba alojado [en la cavidad ocular]. Lo que me explicó fue que entró y destruyó todo y adentro del ojo estalló. O sea, se dividió en varios fragmentos. Impacta en el cristal del lente, entra al ojo, del ojo se va al tabique y se devuelve al ojo. Tuve fractura interna del tabique. Durante la misma operación del ojo trabajaron todo. No fue tan grave como para enyesar. Eso iba a sanar solo. Hacen la operación, colocan un implante de emergencia y hacen todo lo posible porque el daño había sido catastrófico.

Ese día que me llevaron a la clínica, antes de la operación, cuando ya estaba calmado, mi amigo ya se había enterado de todo y entra a la habitación. Me siento más tranquilo porque me dice que ya habían contactado a mi familia. Me comienzo a tranquilizar porque ahí veo que no estoy solo.

¿En qué momento tus padres son informados sobre lo que te había pasado?

Justamente en ese momento mi mamá estaba aquí en Valencia de vacaciones. Ella se iba esa semana que pasó lo del 23. Mi hermana

me comenta que a la primera que le informaron fue a ella, un amigo. Luego ella simplemente le dijo a mi mamá: "Moisés está herido y lo tienen en la Metropolitana". Ahí, literal, salieron corriendo a ver lo que me había pasado.

¿Quién crees que sea el malo en toda esta historia?

El gobierno. El régimen que ha causado todo este mal, también a nivel institucional. Cómo han corrompido sus funciones, que es proteger a la nación y a los ciudadanos, y ahora son su brazo armado, represivo, en contra de sus mismos hermanos porque ellos son venezolanos al igual que nosotros.

¿Se sabe de dónde provino el disparo?

Exactamente no, pero por la posición en la que yo me encontraba y la de ellos [guardias], vino del piquete de las Fuerzas Armadas, de los uniformados. No puede ser de otra manera porque yo estaba viendo hacia la cerca del Fuerte, al voltearme hacia el frente, el disparo vino de lleno. No pudo ser desde adentro del Paramacay ni de atrás sino del piquete que teníamos adelante.

¿Hoy en día se sabe quiénes eran los civiles que estaban dentro del Fuerte Paramacay?

No se sabe. Recuerdo que ese día había milicianos también, adentro del Fuerte [la Milicia Bolivariana es uno de los cinco componentes de la Fuerza Armada Nacional, pero esta tiene carácter popular y no profesional, ya que lo integran hombres y mujeres civiles].

Es decir, ¿que sería un conjunto cívico-militar el que actuó ese día?

No sabría decir. Sé que este grupo de personas de civil comenzaron a lanzar lacrimógenas desde adentro del Fuerte Paramacay. Incluso, primero que los guardias. Eso prácticamente fue una emboscada porque en el momento en que la marcha avanza, los civiles comienzan a lanzar las bombas. En ese momento la gente se concentra viendo hacia adentro del Fuerte y ahí es cuando el piquete que teníamos al frente también comienza a reprimir.

Aunque no se sepa exactamente qué persona fue la que te disparó, ¿tienes algún rencor hacia los guardias?

No es rencor, me da es pena y dolor, cómo una persona puede llegar a hacer esto, que sabe que tiene la fuerza, la capacidad de matar, que usa equipos antimotines, que tiene una tanqueta detrás resguardando y que las personas que marchábamos, chamos, señores, niños, que solo teníamos un bolso, agua, una bandera y una gorra

tricolor, nos puedan apuntar y disparar. Me da lástima. ¿Qué tanto perdieron su humanidad para hacer eso?

Si hubiese un culpable, una persona a quien señalar de dispararte, ¿lo perdonarías por todo lo que te ha hecho pasar?

Sí. Al final esa persona solo cumplía órdenes. Pero hay una gran diferencia entre perdonar y que se haga justicia. Podré no tenerle rencor, pero no por eso voy a querer que se haga justicia. La persona que hizo lo que hizo ese día tiene que hacerse responsable de sus actos.

¿Se ha hecho justicia en tu caso?

Como suele ocurrir en Venezuela, en este caso no. Obviamente el Estado pondrá mil y un trancas para que no sigan el caso, pero yo seguiré luchando por esto hasta que en algún momento lo logre. Ya el procedimiento está en la Fiscalía 35 de Derechos Fundamentales.

¿Cómo ha sido el antes y después de lo que pasó y qué has hecho para superar esas heridas, cómo lo has enfrentado?

Muchos cambios a nivel físico y todo un proceso que atravesé después de la operación. Comencé mi rehabilitación porque el ojo que perdí era mi ojo dominante. Según lo que me explicó la doctora, yo soy derecho total y mi ojo dominante era el derecho y, al perderlo, perdí sentido de profundidad, distancia. Prácticamente tuve que aprender a caminar otra vez porque me tropezaba, no medía la distancia del piso, el piso se me movía, me llevaba las cosas por el medio. Tuve que volver a ser niño. Agarrar un simple vaso me costaba porque lo iba a agarrar y fallaba, precisamente porque no medía bien la distancia. Eso me hizo ver la vida de otra forma.

¿Ya has aprendido a manejarte mejor? ¿Cuánto tiempo estuviste así?

Más o menos. He aprendido un poco a cómo manejarme, aunque todavía me cuesta. Es un proceso que tarda mucho. Ya puedo salir solo. Ya me dejan porque me puedo defender, pero a veces tropiezo, me llevo cosas por delante. Por ejemplo, cuando estoy muy cansado me comienza a afectar más la vista y ahí tengo que calmarme. Usualmente me siento, respiro, respiro mucho hasta controlarme y poder seguir.

¿Cómo ha sido el proceso psicológico?

Estuve en tratamiento por lo del estrés postraumático causado por todo lo que viví, para poder afrontarlo porque esto es un proceso de pérdida. Para aceptar y afrontar todo lo que había vivido. Aprendí a superarlo para no caer en depresión o preguntarme: “¿Qué voy a hacer ahora?, ya no sirvo”. Evitar ese tipo de pensamientos. Esto no es algo

que vaya a superar. A veces me cuesta porque aún tengo recuerdos. Simplemente con verme al espejo y ver que tengo una prótesis... pero eso es estético, no veo nada a través de ella. No me afecta como antes, pero tampoco es algo que digo: "Ya no me pasa nada, lo que pasó, pasó". Es algo que voy a llevar toda mi vida y que voy a aprender a vivir con eso. No dejarme llevar por la depresión, tristeza, melancolía, pero tampoco olvidarlo como que nunca pasó nada, porque eso es mentira.

¿Has sentido más cercanía con tu familia, tus amistades?

Sí, mi familia me apoyó mucho. Me volví más unido a mi familia. Mis papás vinieron. Hemos estado juntos, estuvieron conmigo en todo momento. Mis amigos también, gente que nunca pensé conocer, como Juan Simón, gente maravillosa que me ha ayudado a salir adelante. Antes vivía junto con mi mamá, papá y mi hermana, pero nos separamos cuando mi hermana se vino a Valencia a estudiar y después me vine yo. Siempre hemos sido unidos, pero esto sirvió para unirnos más.

¿Cómo ha sido el proceso para tu mejoría, cuántas cirugías, la prótesis?

Por el momento, una sola operación porque en la primera se logró hacer todo. La prótesis me la pusieron después y fue algo rápido, además, fue gracias al apoyo de muchas personas que colaboraron. Mucha gente de afuera del país que conocieron mi caso y decidieron ayudarme a través de donaciones. Ese procedimiento me lo hicieron en Caracas, un médico especialista en prótesis ocular. Pero ahora parece que me tienen que volver a operar porque se está volviendo a abrir y tengo que pasar por ese proceso. Reunir el dinero otra vez para operarme porque el implante que me colocaron se está abriendo. Es decir, la costura se abrió y hay que volver a cerrar para que no se salga. Es el mismo procedimiento: abrir, colocar todo en su sitio y cerrar.

¿Qué haces actualmente? ¿En qué colaboras en Un Mundo Sin Mordaza?

Estoy como activista para hablar sobre derechos humanos, cómo el Estado los violenta, cómo estos son vulnerados, cómo actuar ante casos de violación de derechos humanos. Es decir, dar a conocer toda la información a las personas. He estado más activo ahora, después de lo ocurrido. Gracias a ellos he tenido la oportunidad de llegar a las personas. Dar a conocer casos como el mío, como el de Rufo [Chacón] en Táchira [este joven perdió los ojos tras ser herido en una protesta en 2019], el de Geraldín Moreno [estudiante asesinada en una protesta en Valencia, en 2014], son casos de violaciones que ha habido. Pero no solo son casos como estos sino también cuando el Estado nos quita el agua, la electricidad.

[Volver al índice](#)

Brigitte Herrada

Líder estudiantil de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) de Maracay, en el estado Aragua, ultrajada y torturada por funcionarios de la Policía de Aragua que ingresaran al recinto universitario el 2 de julio de 2017, después de una protesta estudiantil. A la joven de entonces 28 años le imputaron los delitos de instigación, rebelión y sustracción de armas de guerra, y fue procesada en la jurisdicción militar. Permaneció detenida por casi 5 meses hasta que le dictaron casa por cárcel. El 27 de noviembre de ese mismo año huyó de Venezuela y desde entonces vive en el exilio.

Entrevista realizada vía WhatsApp, desde Venezuela a España, el 21 de febrero de 2020

Por GREGORIA DÍAZ



Foto: Carolina Vega Romeo

El 2 de julio de 2017, era una joven recién egresada como docente de educación especial, mención retardo, de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL) de Maracay, en el estado Aragua, aunque seguía siendo líder estudiantil. Ese día fue torturada, ultrajada y encarcelada.

Sí, efectivamente soy egresada de la UPEL Maracay y también estaba formalizando mi inscripción en la maestría en orientación. Y con respecto a ese fatídico 2 de julio de 2017, recuerdo que era un día como cualquier otro día de lucha, sin ninguna planificación extraordinaria, simplemente estar y hacerle frente a los abusos reiterados de la dictadura de [Nicolás] Maduro. Era notable la cantidad de estudiantes que se encontraban en la universidad ese día. Estuvimos todo el día lidiando batallas en la entrada de la universidad con la policía [de Aragua], colectivos [grupos paramilitares pro-oficialistas] y con el Conas [Comando Nacional Antiextorsión y Secuestro de la Guardia Nacional Bolivariana]. Recuerdo que era gratificante ver tanta juventud junta, convencida de que estaba haciendo lo correcto. Se sentía cómo la sangre corría rápidamente por las venas, que íbamos a derrocar la mentira, a la tiranía de Maduro. Lo recuerdo, era demasiada euforia.

¿Puedes contarnos qué ocurrió aquel día?

Ese día fue largo, muy largo diría yo. Llegó la noche y recuerdo que nos reunimos en Componente Docente. Teníamos que tomar la decisión de si irnos a casa como los otros días o quedarnos. Me acuerdo que Alex González, el presidente para entonces de la federación [de estudiantes], nos dio a elegir: “O se quedan y habilitamos algunos salones o se van”. En vista de que había un despliegue de las fuerzas armadas, policías y colectivos por todas las entradas de la UPEL, pensamos que la orden era combatirnos y no dejarnos salir. En un momento pensamos salir uno por uno, pero después dijimos: “No, porque si salimos nos van a agarrar afuera y va a ser peor. Mejor nos quedamos por seguridad”. Creo que las personas que estaban allí jamás pensaron que serían capaces de violar la autonomía universitaria.

Habilitamos el edificio de la biblioteca y el gimnasio, donde había colchonetas y mesas donde se podía dormir. Todo el mundo se fue a acostar y aproximadamente a las 5:30 de la mañana me despiertan en medio de golpes y armas largas y cortas. Encapuchados, que recuerdo que decían que eran de un colectivo. Nos estaban robando. Fueron primero por los bolsos y los celulares. Recuerdo que uno me golpeó, me dio una cachetada que me perforó el tímpano, así sería la contundencia con la que me dio. El hombre se dirigió a mí en términos descalificativos en reiteradas oportunidades. Luego me agarró por el cabello y me arrastró por las escaleras hasta sacarme del edificio.

Antes de que el sol saliera, ustedes fueron sometidos a golpes y torturas con bates. Y las mujeres, particularmente, al ultraje.

El hombre me llevó a la entrada de la biblioteca, donde comenzó a golpearme con un tubo, sin piedad, aunque tampoco se la pedí. Creo que ese fue el peor error, porque desaté su ira y estoy convencida de que herí su ego de hombre. Me hizo vivir una humillación que en mis 30 años jamás había vivido. Ese policía intentaba penetrarme el ano con aquel tubo, sin ningún remordimiento... fue tan salvaje. Yo recuerdo que me decía: "Pídemme clemencia, pídemme clemencia maldita". Y era muy insistente en que le pidiera clemencia. Tuve suerte porque otro encapuchado le dijo, muy apresurado: "Deja a esa chama, camínala, camínala que está amaneciendo". Así fue como aquel depravado paró.

¿Que si hubo ultraje? Pues sí. Fueron tan salvajes, pero tan salvajes que ellos no se medían. Sabían que había mujeres, pero les dio igual, no les importó. La orden era clara. Hacernos sufrir, humillarnos. Antes de que nos encapucharan, uno de los policías encapuchados le partió la cabeza a Dayana. Nada más ver cómo le dio con tanta fuerza, tanta fuerza, me hizo preguntarme: "Dios mío, ¿por qué tanto ensañamiento?, pareciera que nosotras les hubiésemos hecho algo personal a ellos". A Estefany le tocaban sus partes íntimas, con sadismo. "Vas a ser mi mujer", recuerdo que le decían. Estoy segura de que ninguna de las mujeres que estaban allí va a borrar de su mente aquel 2 de julio del 2017. Esos tratos inhumanos y la humillación que vivimos no se nos van a olvidar nunca.

"Pensé que la orden era matarnos y cerré los ojos", nos dijo en una oportunidad, recordando ese episodio. ¿Cree ahora que podían haberlos matado?

Yo solo le pedía a Dios que acabara ese momento. Yo me había entregado a la muerte, pensé que iba a morir allí. Me entregué a la muerte pero jamás al régimen. Ya cuando nos iban a sacar de la universidad, me arrodillaron. Sé que a otros también se lo hicieron porque lo sentía y lo escuchaba, porque a todos nos taparon, nos vendaron la cara, nos amarraron. Recuerdo cómo el mismo hombre me hizo con una pistola. Escuché: click, click... Me la colocó en la cabeza y me dijo: "Te vas a morir. Pídemme, pide clemencia", me volvió a decir. Pensé en mi hija, cerré los ojos, se me salió el orine, se me salió el orine y lo retuve para que él no se diera cuenta de que tenía miedo. Y pensé que sería el fin.

Después llegó uno y le dijo: "Aquí no los mates. Aquí no los mates, los matas en el lago". Sí, recuerdo que dijo "en el lago". Y ahí el hombre me dijo: "Te salvaste maldita, nuevamente", y me dio con la

cacha de la pistola y me partió la cabeza. Tan solo fue Dios, tan solo fue Dios.

¿Creyó que podían haberlos matado?

Sí. La orden era clara. Humillarnos, maltratarnos y hasta matarnos. Estoy totalmente convencida de que si la ciudadanía no hubiera hecho tanto revuelo en las redes sociales, nosotros estaríamos muertos. Quizá no todos, pero en el caso de Alex González y yo, sí. Fueron tan fríos, tan criminales e inhumanos, que estoy segura de que todos festejaban que ese día íbamos a morir. Hoy podría decir que esos 27 upelistas [estudiantes de la UPEL] estamos vivos gracias a Dios y a las redes sociales; convencida lo digo.

Entre las mujeres, usted fue una de las más golpeadas. ¿Por qué cree que hubo tanta saña y violencia contra usted?

Todas las mujeres que estaban allí fueron violentadas de alguna u otra manera. ¿Unas más, unas menos? No. Creo que todas recibimos maltratos suficientes. ¿Por qué a mí más golpes? Sí, también me lo pregunto y eso no lo podría responder. Quizá mi actitud, quizá mi irreverencia, mi firmeza. No lo sé. Lo único que creo es que la inteligencia y el liderazgo son un delito para la revolución. Pobres de aquellos que posean dichas virtudes. Yo en todo momento fui tenaz, no cedí, ni por un instante cedí. No me doblegaron. Tenía medio porque soy ser humano, pero no lo demostré. Ellos sabían que no me iban a intimidar. Por eso creo que se ensañaron más conmigo. No soportaban que una persona fuera tan leal a sus ideales como yo. Recuerdo que el hombre me daba por las costillas con el tubo para que le dijese dónde estaban nuestros compañeros. Supongo que no podía creer que una mujer le hiciera frente y no traicionara a los suyos, y por eso tanto ensañamiento.

¿Logró reconocer a alguno de sus agresores?

Sí, tanto, tanto lo reconocí que duré un mes con el perfume de ese policía en mi nariz. Incluso sentía su respiración en mis oídos. Cuando estábamos en el comando central, todos metidos en un cuarto, hombres y mujeres, todos juntos, pararon los golpes. Llegó el jefe, Lima Uno. Les dio la orden de que nos quitaran las capuchas, nos desamarraran y empezaran el procedimiento. Era el reconocimiento, los datos, nombres y, particularmente, me llamó mucho la atención que me tomaran una foto a la cara. A Alex y a mí fue a los únicos que nos tomaron una foto a la cara. Creo que alguien pidió nuestras fotos. Cuando me tocó a mí pasar a la mesa y dar mis datos, recuerdo claramente que me le quedé mirando con rabia al que había intentado penetrarme el ano. Él se dio cuenta de que lo reconocí. Tenía cara de asombro; supongo que se estaría preguntando cómo sería posible que

yo lo reconociera. Y fue nada más por el perfume, y también por sus zapatos. Me acuerdo de que en un intento por levantarme y hacer fuerza para quitarme la capucha que me habían puesto, pude mirar un poco y le vi los pies. Así que sí, lo reconocí y él supo que lo reconocí.

Dos días permanecieron en los calabozos de la Comandancia General de la Policía del estado Aragua, mal heridos. ¿Qué otros tratos recibieron durante el encierro?

Desde el primer día estuvimos en un cuarto improvisado. En los calabozos no había espacio, estaban todos repletos. El primer día fue fatal. Todos los policías que pasaban por donde estábamos nosotros, nos daban patadas por el culo o cascazos. El más decente, solo nos insultaba y nos amenazaba. Recuerdo que uno era el que llevaba el control. Mandó a los chicos a arrodillarse y que se colocaran las manos en la nuca. Lo único que se escuchaban eran los cascazos. Uno de ellos se desmayó. Y el policía dijo: “Ah... ¿te desmayaste? Búscame la gasolina para prenderlo en fuego”. Me acuerdo claramente. A las mujeres... bueno particularmente a mí, me halaron del cabello y me pegaron de una vez de la pared. Pero tan solo fue eso. Los que llevaron la peor parte fueron los muchachos.

El segundo día nos dividieron porque llegó el jefe nuevamente y les dijo que cómo era posible que hombres y mujeres estuviesen juntos, durmieran juntos, que eso iba contra los procesos. Entonces decidieron dividirnos. Pero discutían entre ellos porque como no tenían espacio se preguntaban dónde nos iban a colocar. El jefe ordenó que a nosotras nos llevaran para el cuarto de las femeninas. Esas policías estaban rabiosas, decían que cómo iban a meter a estas ratas, a estas sucias en sus habitaciones. Lo bueno de todo es que ahí cesaron los golpes. Solo era el maltrato psicológico, las policías nos insultaban, nos pusieron a lavar sus baños, apagaron los aires acondicionados para que nosotras nos muriéramos de calor allí. Y así nos decían: que se mueran de calor, no tienen que disfrutar de nuestro aire. Recuerdo que decían: “Enciérralas en el baño, que no las quiero ni ver”. Particularmente recuerdo a dos policías. A Laura León, que era la que nos mandaba a encerrar en el baño y reiteradamente nos maldecía. “Si no fueran estudiantes, ya les hubiese pegado un tiro”. Yo ya estaba agotada de tanto maltrato psicológico, aparte de que ya tenía mi cuerpo amoratado, la cabeza sangrando y tenía el cerebro ya colapsado. Por eso tuve un enfrentamiento con una de apellido Mota, no recuerdo el nombre. Estaba tan, tan, cansada, que la reté. Recuerdo palabra por palabra lo que le dije: “Deja de amenazarme y ven a matarme de una vez, arrastrada, lame suela, asalariada”. Me sigue dando satisfacción recordar su cara enrojecida y su lengua trabarse y decir: “Te la tiras de brava, espero verte afuera y darte un tiro, maldita”. Una de las policías que estaba allí la sacó. “Marica, quédate quieta, no te busques peos por

esta perra”, le dijo textualmente. Y antes de sacarla me dijo: “Cuídate, que en la calle hay mucha delincuencia”. Ahí supe que formalmente tenía a una enemiga uniformada. ¿Miedo? Sí, miedo no, terror. Porque todos conocemos cómo son los policías de Venezuela, su gran mayoría. Hay unos que sí quieren hacer las cosas bien, pero temía que apareciera yo muerta con un tiro en la cabeza y que los titulares dijese: “Ajuste de cuentas o tema pasional”. Ese día sentí eso.

En una decisión sin precedentes, en la propia sede policial de Aragua, ustedes son presentados ante un tribunal militar. ¿Qué ocurrió allí?

A los dos días de estar en la comandancia central, nos hicieron la reseña. Me negué a firmar los derechos y el policía me decía que sería peor para mí. Recuerdo que de manera sarcástica le respondí: “¿Qué puede ser peor que el maltrato que hemos vivido de la mano de quienes deberían protegernos?”. Juro que pensé que por un momento le haría reflexionar. Pero qué va. Recibí un “lepe” [golpe] y me obligaron a firmar. Luego nos pasaron al tribunal improvisado, con vallas de Chávez, de Maduro y un juez vestido de militar, acompañado de una fiscal. Yo no lo podía creer. El juez empezó a hablar de los delitos que se nos imputaban. Pensé que ya lo había vivido todo. No podía creer que siendo civil fuese juzgada por un tribunal militar y por delitos “sembrados” [falsos, simulados]. Yo sabía que no saldríamos tan bien parados de ese circo, de un circo autoritario, pero tampoco pensé que podíamos salir tan mal parados simplemente por defender nuestro derecho a la protesta, enmarcado en la Constitución. Escuchar a la fiscal militar mentir, alegar de manera infame, era repulsivo; tan repulsivo que sentía asco y vergüenza. Me preguntaba: “¿Cómo una persona puede vender su ética por un poquito de poder?”. Mis abogados alegaban la violación de los derechos humanos y hacían mucho énfasis en que se nos había ultrajado nuestra dignidad como mujeres. Recuerdo que volteé la cara hacia la fiscal, quizá esperando compasión, nada más por el simple hecho de ser también mujer. Pero me encontré con una cara llena de risa. Entonces le tocó nuevamente el derecho de palabra a la fiscalía. Claro, solicitó al tribunal que se nos privara de libertad por los delitos de instigación, rebelión y sustracción de armas de guerra. Ahí ya nada me asombraba.

Una de sus compañeras se desmayó en plena audiencia y usted visiblemente lastimada con laceraciones, hematomas y rasguños en gran parte del cuerpo, decidió bajarse los pantalones delante del juez.

Sí, cuando la fiscal militar dijo “Deberían imputarlas por tergiversar la verdad, ya que no se evidencia la violación de los derechos humanos”, juro que no aguanté más. Me levanté de mi silla,

me coloqué encima de ella y me bajé los pantalones, todos llenos de sangre, y me subí la camisa dejando en evidencia los hematomas que tenía en mi cuerpo. Eran más notables en senos y glúteos, que parecían una berenjena gigante. Noté el silencio que hubo en la sala. Mis compañeros asombrados, el juez incluso, la juez chavista... pero no sirvió de nada, la decisión ya estaba tomada. Antes de nosotras entrar a ese escenario vergonzoso, carente de ética y verdad, ya ellos sabían que el destino de nosotros era privarnos de libertad y castigarnos duramente.

El juez ordenó su reclusión en la cárcel de “El Dorado”, en el estado Bolívar, y la cárcel “26 de Julio”, en el estado Guárico. ¿Por qué cree que el juez los envió a las dos cárceles más peligrosas del país?

Castigo, se podría llamar. O simplemente para hacernos sufrir y asimismo advertirles a los otros estudiantes que, si seguían las protestas, les pasaría lo mismo. Para nadie es un secreto que en julio de 2017 no nada más la UPEL estaba en colapso. Todo el estado Aragua lo estaba. Ellos de alguna u otra manera necesitaban, al costo que fuese, calmar a las masas enardecidas y les tocó a los upelistas cargar con eso.

No les hicieron revisión médica.

Ciertamente no tuvimos revisión médica.

Tres meses después, el mismo juez militar declina la competencia en la jurisdicción civil y dicta libertad condicional para los 27 estudiantes, incluyéndola. Y la misma fiscal militar que los había acusado solicitaba el sobreseimiento de la causa en contra de 22 de los 27 jóvenes. Usted estaba entre los 5 que serían juzgados por segunda vez. ¿Se ha preguntado por qué fue la única mujer en este reducido grupo que fue enjuiciada nuevamente?

Yo recuerdo que el segundo juicio duró muchísimo. Creo que fui juzgada por segunda vez por mi firmeza, por decirle la verdad en la cara a la fiscal chavista. Recuerdo que le dije que sus hijos la recordarían como una escoria, como una vendida, arrastrada e inmoral. Y recuerdo que le dije que la historia la condenaría por maldita. Recuerdo que se lo dije. Y al juez le dije una frase de Simón Bolívar: “Maldito sea el soldado que apunta sus armas contra el pueblo”. Le dije que estaba a tiempo de hacer las cosas bien. Fui muy persistente en apuntarlos a ellos para que respetaran su ética. “Apunto a tu ética profesional, apunto a tu ética”, les decía yo. Pero eso tan solo sirvió para que ese juez recordara mi nombre. Quizá al día de hoy todavía recuerde mi cara como yo recuerdo la de él [en este caso actuaron la fiscal mayor de la

Aviación, Katusca Ochoa Chacón, y el juez militar quinto de control, Edgar Volcanes].

Entonces el juez otorgó medidas sustitutivas de privativa de libertad con régimen de presentación a favor de 22 jóvenes. A los 5 restantes, entre ellos usted, quedaban detenidos. ¿A dónde la enviaron?

Fui trasladada a Cuartelito [centro de detención preventiva de Poliaragua] a eso de las 2:00 de la mañana. Me acuerdo de que llegué, una policía me mandó a desnudar y me mandó a hacer saltos de rana a ver si yo traía drogas. Seguía la humillación porque ellos sabían que yo era estudiante, que venía por las locuras que ellos inventaron y era imposible que llegara a ese comando con drogas, simplemente era para humillarme...

¿Cuánto tiempo permaneció detenida en Cuartelito?

Creo que permanecí más de un mes, casi dos meses en Cuartelito. Gracias a Dios de verdad que la corrupción dentro del cuerpo policial existe. Estoy agradecida, porque gracias a eso me mantuve a salvo. Pagamos para que no me mezclaran con asesinas y dejaran que pasara comida. Y así fue que salí completa, por lo menos físicamente, de tan abrumador lugar. El famoso Cuartelito. Lo que se dice de Cuartelito es poco. Pasan tantas cosas ahí, que si las cuento, creerían que estoy exagerando, pero es impresionante cómo en un lugar que es para 30 personas, hay cientos y un poco más. Cada historia. Cada mafia, cada muerte dentro. Mujeres con sida allí mezcladas con todas. Es impresionante, impresionante.

Alguna vez nos contó que retumbaba en su cabeza el llanto desesperado de Fabiola [su hija], cada vez que, ya en arresto domiciliario, a empujones y golpes era sacada de su vivienda para trasladarla a las obligatorias presentaciones ante los tribunales. ¿Qué ocurría en esas presentaciones?

Sí. No puedo desprenderme de esos momentos de sufrimiento de Fabiola. Evitar aun quebrarme, me es imposible. Le hacían tanto daño a una niña de apenas 9 años, cada vez que me sacaban de la casa simplemente para dejarme en una celda oscura, fría, sin agua, sin comida, llena de cucarachas y de mujeres, una con una historia más atroz que otra. Esto era verdaderamente fuerte para Fabiola y sé que la pasó mal.

Sus compañeros, en su mayoría, optaron por el exilio, mientras usted seguía en arresto domiciliario. ¿Los cuestiona por haberse ido?

No. No. Por mi mente nunca hubo reproches. Creo que después de haber vivido tantas cosas en esos meses, estoy convencida de que se lo merecían. De hecho sigo orgullosa del temple de cada uno de ellos. No hay nada que reprochar, nada.

Entonces decide huir del país. ¿Sintió miedo al dar ese paso, temió porque la apresaran nuevamente?

Por supuesto. Desde el momento uno en que puse un pie fuera de la casa, sentí miedo. Ahora, confieso que nunca pensé irme del país, y aun yéndome no lo podía creer. Ni cuando estuve en Cuartelito lo pensé. Me hace tomar la decisión es el sufrimiento de Fabi y el miedo de ser llevada nuevamente a Cuartelito o a otra cárcel alejada de la ciudad y de mi hija. Me estaban sacando más y más a menudo al Palacio de Justicia y a las audiencias de mentira, que me dio miedo. En todo el trayecto hubo miedo y peligro de ser apresada. Gracias a lo corrupta que es la Guardia Nacional, pude llegar a Colombia, tan solo gracias a eso.

Llegó primero a Colombia y luego a España. ¿Se ha preguntado si estuvo equivocada en su lucha?

Jamás. Jamás. Hasta el sol de hoy estoy convencida de que estamos del lado correcto de la historia. Y creo que... creo no, digo con seguridad plena, que hasta el último día de mi vida estaré convencida de que he hecho lo correcto y estaba en el lado correcto.

¿Cómo fue y ha sido su vida en el exilio?

Eso sí que ha sido difícil. Cuando has dado tanto, tanto, tanto por tu patria, es difícil dejar tu matriz, dejar tu gente, tu cultura. Arrancarte por completo de la lucha, eso sí que duele. Y lo peor de todo es que sin tener la esperanza de agarrar tus maletas y volver. Saber que no lo puedes hacer duele más que una cachetada o una patada en el culo. Y lo digo con lágrimas en los ojos. Ahí es cuando admito mi derrota. En el ámbito de lucha que emprendimos ese 2 de julio de 2017, duele más la patria que cualquier otra cosa. Eso lo puedo jurar.

En el 2018, a un año de su salida de Venezuela, se anuncia un supuesto proceso de reconciliación que implicaría la excarcelación de presos políticos. La cuestionada Asamblea Nacional Constituyente anuncia la “liberación” de los primeros 39 presos políticos, aunque después se corroboró que solo 17 de ellos realmente lo eran. Usted ocupaba el número 25 de esa lista.

Esas liberaciones no son más que poner en evidencia lo mal y lo corrupto que es el sistema judicial en nuestro país. Yo ya tenía un año fuera. Todo fue parte de un show político que, a su vez, perpetúa su

plan. Liberar más colectivos para armarlos en su defensa. No hay más y estoy convencida de eso. Ellos intentaron sacar a sus colectivos y, para justificar esa acción, decidieron soltar a los presos políticos.

¿Cuestionó en algún momento a quienes pudieron negociar su libertad?

En ese momento no se cuestionó a nadie ya que no es fácil estar preso. Nunca negocié mi salida. No pacté con nadie. Con absolutamente nadie. ¿Que pertenecía a una tolda política fuera de la universidad? Sí. Considero que la dirigencia estudiantil no debe centralizarse en hacer política dentro de la universidad. Debe expandirse para crecer y hacer crecer la convicción que tiene. ¿Que si eso me ayudó a mi salida de la cárcel? Sí, puede ser. Yo creo que todos los venezolanos deberíamos involucrarnos más en la política. Es el deber ciudadano, como no los exige la Constitución. Yo creo si participáramos más, la política sería menos sucia. Pero...

¿Pensó en volver a Venezuela?

¿Que si pensé en volver? Dirán que estoy loca, pero sí, pensé en volver y emprender nuevas luchas, nuevas luchas desde otros horizontes. Sí, estoy loca, lo sé, pero, así somos los de espíritu demócrata. O así soy yo. Pero luego me paré frente al espejo y me centré: “Brigitte, no te presentaste en los tribunales cada 30 días como te lo ordenaron, y tenías prohibición de salida del país, así que tu destino seguro es la cárcel; si ya lo están haciendo con los diputados, ¿qué va a quedar para ti, una simple mortal con espíritu enardecido?”. Ahí, se me quitaron las ganas de volver.

Ha dicho que sintió mucho odio cuando llegó a Las Palmas, y sintió mucho odio contra Nicolás Maduro. ¿Aún siente rencor?

Sí. Tuve un año duro. En una transición de emociones. Sentía odio, dolor, desilusión, frustración, amargura e impotencia. Un año en el que caminaba y me sentía muerta, escondiéndome de Fabiola para que no me viera llorar. Y yo no podía creer que ella, tan chiquita y a su vez tan enorme, me daba aliento y paz. Cuando me abrazaba y me decía: “Mamá, ¡ya!”. Recuerdo que un día Fabiola me dijo: “Ojalá Maduro se muera”. Me quedé sorprendida. Y dije: “No puedo permitir que mi hija ensucie su corazón y que tenga esos sentimientos por mi culpa”. Ahí me di cuenta de que tenía que parar, que tenía que cambiar, que no podía transmitirle mi odio y mi dolor a ella. Ahora intento no transmitirle nada negativo y le hablo del juicio divino. Ahí vamos. Ahí vamos.

¿Ha sanado las heridas?

Las heridas siguen doliendo. No podría mentir ni mentirme a mí. Sigo llorando al apagar la luz, sigo sintiéndome desnuda, pero segura. Respiro con calma, aunque me despierto de madrugada.

¿Odia o perdona a sus victimarios?

Yo no soy quien da el perdón, pero sí quien decide qué sentir. Sí los odio, me dan asco, no hay un día en que no le pida a Dios que interceda y los desaparezca. Y que ya alivie tantas penas y tantos sufrimientos, y que de una vez le brinde la paz que tanto necesita y merece Venezuela.

¿Volvería a Venezuela?

Hoy 21 de febrero de 2020 digo: no vuelvo a Venezuela. No porque no lo quiera, sino solo que las circunstancias no me lo permiten. Arriesgar el bienestar de Fabiola no sería justo para ella. Yo di todo de mí para la libertad de mi país. No se pudo, pero se intentó. Ahora les toca a otros intentarlo, mientras yo seguiré aquí viendo a mi hija crecer feliz y sana. Eso reconforta mi alma y alivia mis penas. Seguiré apostando por mi Venezuela, porque es el mejor país del mundo, porque tiene las mejores personas del mundo, porque soy consciente de que donde hay un venezolano, hay una sonrisa, hay un emprendimiento. Apuesto cien por ciento a mi país y a mi gente. Pero ahora solo me toca despedirme de ella y observar desde el exilio.

[Volver al índice](#)

Joselyn Prato

Estudiante de 24 años, golpeada brutalmente por funcionarios de la Policía Nacional Bolivariana y la Guardia Nacional Bolivariana en una playa de Cayo Sal, estado Falcón, donde ella vacacionaba con su familia, en agosto de 2015. La agresión ocurrió luego de que unos temporadistas abuchearan a Marleny Contreras, ministra de Turismo en ese entonces y esposa de Diosdado Cabello, quien hacía un recorrido por el cayo. Joselyn Prato fue acusada de ultraje a funcionario público, resistencia a la autoridad y hostigamiento contra la mujer, entre otros delitos, y permaneció por dos meses recluida en el penal de máxima seguridad de Coro.

Entrevista realizada vía WhatsApp desde Caracas a Panamá, el 12 de julio de 2020

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: Álbum Familiar

Cuéntanos de ti. ¿A qué te dedicas ahora? Sabemos que eres mamá y vives fuera de Venezuela.

En Venezuela no logré graduarme porque me retuvieron [suspendieron] el último semestre de la carrera de ingeniería petrolera. Como estudiaba en la Unefa [Universidad Nacional Experimental Politécnica de la Fuerza Armada], me retuvieron todo el semestre y no pude culminar. Yo estudiaba en la Unefa de Barinas. Me fui del país en 2016, al siguiente año de lo ocurrido. Estuve trabajando con Lilian [Tintori, esposa de Leopoldo López, líder del partido opositor Voluntad Popular] como activista de derechos humanos como hasta agosto de 2016 y luego me vine [a Panamá].

Ahora, ¿a qué te dedicas?

Estoy emprendiendo una página de Instagram donde ofrezco arreglos, desayunos sorpresas, globos. Tengo un niño de 3 años y una bebé que va a cumplir 1 año en agosto.

En 2015, antes de lo ocurrido, ¿cómo era tu vida?

Era bastante agitada. Yo trabajaba bastante, vivía en Barinas, entre el trabajo y la universidad, estaba moviéndome para comprar mi casa y era bien despreocupada por la política y todo eso. Trabajaba en una venta de repuestos y vendía ropa. Tenía 24 años.

¿Qué ocurrió exactamente ese día, 21 de agosto de 2015, en Falcón, cuando te detienen?

Estábamos empezando nuestras vacaciones, teníamos un paquete pago por 25 días que iban a ser 15 en Chichiriviche y 10 en Tucacas [estado Falcón]. No íbamos ni en el quinto día, creo. Ese día fue horrible. Cuando llegamos acababa de pasar el incidente con la ministra [más temprano, la ministra de Turismo, Marleny Contreras, y la gobernadora de Falcón, Stella Lugo, habían sido abucheadas por los temporadistas durante una visita en Cayo Sal] y nosotros ni pendiente de qué era lo que estaba pasando. De hecho, el cayo estaba tan lleno de gente ese día que nos tocó ponernos súper lejos de donde nos dejó la lancha. Nosotros llegamos como a mediodía. El viaje de nosotros era para Cayo Sombrero, pero como nos demoramos en llegar al puerto, ya a esa hora no nos llevaban para allá. Nos aconsejaron dejarnos en Cayo Sal y bueno, como a las 2:00 de la tarde, fue que pasó toda esa locura.

¿Te acuerdas exactamente de qué pasó?

La verdad, no mucho. Es que todo fue muy rápido. Recuerdo que uno de mis primos llegó a decirnos que a mi hermano lo habían detenido. Yo tenía a la bebé de mi hermana en los brazos y se la di a

mi papá. Salí con mi hermana y mi mamá corriendo. Menos mal que le di la bebé a mi papá porque eso evitó que él se involucrara. Creo que si él se hubiese metido, habría sido mucho más problemático todo y mucho peor.

¿Cuántos guardias te atacaron? ¿Qué te decían?

Al principio fue solo uno. Después fueron tres PNB [Policía Nacional Bolivariana], pero mujeres.

¿Cuántos golpes recibiste aquel día?

Tuve una fisura en el brazo, y recibí golpes en la cara, en el estómago, en la cabeza... fueron bastantes. Cuando me dieron el golpe con la bota en la cara, quedé inconsciente y, cuando me desperté, estaba en un bote de la guardia costera con mi hermano esposado. No entendía nada. Después fue que caí en cuenta de todo lo que había pasado.

¿Quiénes los golpean a ustedes?

A mí la PNB, pero ese día estaba la GNB [Guardia Nacional Bolivariana], la Costera, todos llegaron; fue una locura, el Ejército también estaba allí. Casi todas las fuerzas [de seguridad] estaban allí ese día, todos con rifles... era demasiado, de verdad que fue una locura. Y la gente sin modo de ayudarnos, porque ellos estaban armados. La gente decía que no, les gritaban, les lanzaban agua, botellas de refresco. Recuerdo que un muchacho intentó ayudarme y se lo llevaron; más nunca lo vimos. A uno de los doctores que me atendió y me enyesó el brazo en una clínica se lo llevaron detenido también. El capitán accedió a que nos llevaran a una clínica privada, porque los hospitales de Chichiriviche y de Tucacas no servían en ese momento. El doctor me quería dejar hospitalizada porque me había visto los golpes del abdomen y dijo que no sabía si algún órgano estaba comprometido y, que si empezaba a vomitar sangre, había que monitorearme, y el capitán no dejó. El doctor llevó varios informes a la defensoría, no sé qué fue lo que pasó y terminó preso. Un año después nos enteramos de que ese doctor estuvo preso por el mismo caso.

¿Los funcionarios, militares y policías, qué les decían a ustedes?

El capitán de la GNB, que fue el último en quedarse con nosotros, nos trató horrible, nos decía cosas feas, mandaba a otros soldados a decirnos que nos iba a hundir en la cárcel, un psicoterror bastante fuerte.

Fuiste la única mujer detenida, ¿en qué pensabas?

Pensamos que eso iba a ser una noche y ya, que era demasiado tonto que nos acusaran por un abucheo, en el que de paso no tuvimos nada que ver. Fue en un abrir y cerrar de ojos lo que pasó ese día, y nunca imaginamos que podía ser tan complicado, y mucho menos que nosotros terminaríamos en un penal de máxima seguridad.

¿Cómo fue ese paso por la Comunidad Penitenciaria de Coro? ¿Cómo fueron tus días allí?

Fue una experiencia bastante, bastante, bastante dura, fuerte. De verdad que no podría ni describirla, porque hay que vivirla para que se pueda entender. Es un mundo que muchas personas no conocen. Podría decir que son personas que están encerradas allí, desesperadas. Todas gritaban, pedían auxilio. Dormíamos recostadas unas con otras, solo había una cama de cemento. El calor era insoportable. Era un infierno.

¿Qué te decían las otras presas?

Al principio me colocaron en una celda de aislamiento, como para que me adaptara a la situación. Lo normal es que te dejen 10 días sin salir, sin ver la luz, ni nada, para que te adaptes a que estás presa. Yo estuve allí casi 30 días y luego conocí a esas mujeres y cada una contaba su historia. Muchas personas que llegaron allí eran inocentes como yo, esperando juicio, otras con historias bien terribles, acusadas de asesinato, secuestro, hasta infanticidio.

¿Las carceleras te decían algo?

Sí, hubo dos que me decían cosas, me tiraban papeles sucios por los pasillos para que yo los recogiera, o me daban la comida con gusanos... cosas así hasta que yo pude denunciarlo con los abogados. Cuando salió público, llegó una comisión de los derechos humanos que constató eso y muchas otras cosas que pasaban con las demás presas.

Vomitaste sangre cuando llegaste a la cárcel y te desmayaste. ¿Por qué?

Cuando fui al baño al día siguiente de haber llegado a la cárcel vi que tenía sangre en la orina. Empecé a vomitar y también salió sangre. Me desmayé de los nervios y luego ya desperté en el hospital. De todos los golpes que recibí en el cayo, me quedó un riñón dilatado.

Te hicieron una revisión. ¿Qué arrojó el informe médico?

Nunca nos entregaron ese informe, nunca se lo entregaron a mis papás. Incluso a mí me habían mandado a entablillarme un dedo, que me habían roto también con los golpes, y habían emitido la orden para

que el doctor me lo hiciera y nunca me hicieron llegar la orden. Me tuvieron que sacar del hospital de Coro, en el que solo estuve dos días, a pesar de lo delicada que estaba. Me querían dejar más tiempo, pero las autoridades no quisieron y me llevaron de vuelta a la cárcel.

Permaneciste 68 días presa, de los cuales 50 estuviste sin moverte, sin ver el sol. Tampoco querías comer. ¿Por qué tomaste esa decisión?

Al principio no quería comer. El choque era muy duro. Yo creo que ni a unos perros se les puede dar una comida como esa que daban ahí, de verdad. Algunas veces tenía gusanos y otras, de maldad, como que le echaban mucho picante, hasta que a ellos les tocó obligarme a comer, porque era responsabilidad de ellos [mantenerme viva].

¿Qué fue lo más grave que viviste allí adentro?

Lo más grave fue cuando a la directora del penal, estando yo allí, la destituyeron de su cargo luego de que denunciaran todo lo que pasaba ahí adentro. En venganza, ella me denunció ante las reclusas condenadas, porque allí se dividían en tres patios: las que estaban esperando juicio, no recuerdo el otro grupo y ya las condenadas por asesinatos y cosas más fuertes. Bueno, ella me acusó con las de ese pasillo de las condenadas de que supuestamente yo había entregado un celular que habían encontrado allí. Delatar eso en un penal, cerrado, donde no se puede pasar nada y lograran pasar eso, es algo grave. Es algo para que me hubiesen matado. Y después de que hizo eso, me sacó del aislamiento y me mandó para una de las celdas a convivir con las presas condenadas, pese a yo no haber sido condenada. Esa fue la experiencia más fuerte, todas me señalaban, yo no dormía ni nada por miedo a que me hicieran algo. Me acusaban de “sapa”, de que me “picarían” si hacía o decía algo.

¿Te amenazaron?

Sí, sí. Ahí duré como cuatro días y fue cuando llegó la comisión de derechos humanos y me sacaron de allí. Primero era ilegal porque yo no había sido condenada y, segundo, porque me pusieron a convivir con personas que habían cometido delitos graves. Estaba una muchacha de Guanare, del caso de un niño al que mataron y quemaron. Estaba una de ellas, no sé si era la mamá del niño o la novia de ella, en la celda de al lado.

¿Qué era lo que te daba fuerzas?

Pues la verdad no sé de dónde saqué tanta fuerza para soportar todo aquello. Cuando me dejaban llamar a mis papás, una vez al mes o cada 15 días, yo les decía siempre que estaba bien y que no pasaba nada; ya bastante tortura tenían ellos al saber que estábamos mi

hermano y yo allí, como para también estar diciéndoles lo que en realidad pasaba. A los abogados sí les contaba, y obviamente cuando ellos hacían todo público, mis papás se terminaban enterando y era horrible. La primera vez que los vi en la visita, después de un mes, fue también como lo más impresionante.

¿Por qué?

Mi papá es una de esas personas que nunca llora. Ni en los velorios de mis abuelos lo vimos llorar. Y apenas entró allí, era un mar de lágrimas y eso nos impactó mucho.

¿Era una cárcel mixta?

Sí, era mixta, pero ese penal no está abierto, como se dice allá, sino que está cerrado y tomado por la guardia [en 2012 entró en vigencia un nuevo sistema carcelario en Venezuela con cárceles de régimen abierto y régimen cerrado; este último rige para centros con reclusos de alta peligrosidad, como es el caso de la Comunidad Penitenciaria de Coro]. La parte de los hombres es un poco más abierta, más libre, a ellos como que sí los dejaban tener teléfono y pasar ciertas cosas. La parte de las mujeres sí está tomada totalmente por la guardia. Hombres y mujeres no tenían comunicación. Me vi un par de veces con mi hermano por una ventana y nos comunicamos haciéndonos señas de un edificio a otro, pero bastante retirado. Y ya luego en la visita fue que nos pudimos ver.

¿Cuáles eran los cargos de tu causa?

Eran cuatro. Ultraje a funcionario público, intimidación pública, resistencia a la autoridad e intimidación u hostigamiento contra la mujer. Esto último no tiene nada que ver, porque creo que ese [delito] se le atribuye al hombre cuando agrede a la mujer o a la mujer cuando agrede al hombre, no de mujer a mujer o de hombre a hombre, y bueno, igual me pusieron violencia de género hacia la ministra, que es la esposa de Diosdado Cabello [entonces presidente de la Asamblea Nacional], aun cuando la que recibió los golpes fui yo.

¿Tú recibiste en algún momento apoyo psicológico luego de lo ocurrido?

No, no lo busqué, me lo ofrecieron, pero en ese momento yo estaba que no quería hablar más del tema, quería como olvidarme de todo eso. No lo sentí necesario. Mi hermano sí, mi hermano no lo toleró tanto como yo, le fue más fuerte asumir todo. A él lo diagnosticaron con estrés post-traumático después de eso. A mí me hicieron unas pruebas y yo salí bien, pero él salió con estrés y siguió su terapia. Yo dije que no quería.

Sabemos que te tatuaste las muñecas para tapar las cicatrices que te dejaron las esposas...

Sí, porque en el momento en que estábamos en el comando de Chichiriviche, antes de que nos pasaran al de Tucacas, nos esposaron. A mí se me salían las manos fácilmente y el guardia se molestaba por eso, y me las apretó fuerte. Me lastimó bastante y me quedaron cicatrices. Me las tatué con los nombres de mis papás para que no se me vieran.

¿Esa fue tu manera de intentar borrar ese capítulo?

Exacto.

¿Cuándo y por qué decidiste irte del país?

Bueno, realmente no me gustó mucho la política. Es un mundo bastante fuerte, no sé; al principio me motivé bastante, pensé que podía ayudar a muchas personas que tal vez pasaron por lo mismo, pero todo se tergiversa y no me gustó mucho. Conocí personas muy buenas y a quienes todavía les tengo mucho cariño, pero decidí venirme para acá, donde estaba una de mis mejores amigas de la universidad. Quería dejar todo como de lado. Aquí conocí a mi esposo, el papá de mis hijos, y me quedé.

¿Te habías vuelto activista?

Sí, exacto. En enero de 2016, cuando empecé a trabajar con Lilian [Tintori], con Voluntad Popular y el Foro Penal. Pero después como que se empezó a involucrar mucho la política y no me gustó, entonces decidí tomar un espacio y venirme.

¿Tu vida cambió mucho luego de aquel episodio?

Totalmente, totalmente. 200%. Yo tenía mi vida en Barinas, mi casa, todo. Cuando salí de allá, ya no tenía mi casa, la perdí... ver todas mis cosas en una esquina en la casa de mis papás, no poder terminar de hacer las pasantías en la universidad, todo me cambió.

¿Recibiste comentarios fuertes luego de salir de la cárcel?

Bueno, tú sabes que cuando sucedió lo de Cayo Sal, Luis Chataing [animador y comediante venezolano] publicó un tuit y en su programa también dijo que bien merecido lo teníamos [los detenidos], por haber agredido a una mujer, porque lo que se decía era que se había golpeado a la ministra o que yo la golpeé. Luis Chataing dijo eso en su programa, que sea lo que sea ella [Marleny Contreras], chavista o esposa de quien fuera, eso no tenía qué hacerse. Luego de que yo me volví activista y se supo la historia, porque Leonardo Padrón [escritor y columnista venezolano] la escribió, Chataing me invitó a su programa

y me pidió disculpas en público. Ese día hasta se le salieron las lágrimas porque él no sabía la realidad de lo que había pasado. Él tuiteó y todo, y dijo que era una de las pocas veces en su vida que se arrepentía y que pedía disculpas por algo que había hecho, porque sabía que no estaba bien y que ahora, viéndome y conociéndome, confirmaba más que yo no había tenido nada que ver con lo ocurrido.

Diosdado Cabello también te mencionó en su programa...

Ah sí, después de eso, cuando yo trabajaba con Lilian, hicimos una actividad en la Nunciatura Apostólica; fue cuando los familiares se encadenaron en la Nunciatura. Yo fui una de las organizadoras con una de las asistentes de Lilian y ese día me tomaron fotos, se montaron en un árbol para tomarlas, y dijeron que Lilian me daba dólares para pagarles a los presos políticos, y Diosdado me volvió a sacar en su programa.

¿Qué sentiste en ese momento?

Esa vez me traumé. Yo iba con una señora que en Caracas les llevaba comida a los presos políticos en el Sebin [Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional]; yo la acompañaba, pero ya después de eso no quería volver a entrar allá porque sentía que me iban a llevar presa de nuevo. Después de eso, mi mamá me empezó a insistir en que me fuera porque eso era como un preaviso, que ella no quería volver a pasar por eso. Fue como en julio o mayo, y entonces empecé a pensar en irme de Venezuela por un tiempo.

¿Imaginaste que vivirías algo así?

No, jamás. Incluso nos preguntábamos que por qué nos pasaba eso a nosotros si nunca habíamos hecho nada malo. Ni siquiera me gusta tomar licor, ni fumar, y de la noche a la mañana, llegar a algo así, es fuerte.

¿Qué piensas tú sobre el perdón?

Siempre digo que uno como persona puede perdonar, pero no olvidar. Lo que viví adentro del penal, lo que pasó, todos los golpes que recibí... a toda esa gente ya la perdoné, pero no lo olvido, y espero que en algún momento de sus vidas lo paguen, porque no es justo...

¿Ves viable que la sociedad venezolana pueda perdonar este tipo de cosas que han pasado?

La sociedad venezolana siento que está tan dañada emocionalmente y moralmente que no lo perdonaría. Es como eso que está pasando, que si agarran a un ladrón, lo amarran y hacen lo que quieren. Así mismo puede llegar a pasar, así mismo está la sociedad; no

van a pensar en nada en el momento, sino que van a atacar. La misma situación lleva a eso, a no perdonar y a tomar la justicia por sus propias manos.

¿Qué te gustaría escuchar de tus agresores?

Unas disculpas. Decirnos que nosotros no tuvimos nada que ver: Escuchar eso no nos quitaría lo que pasamos, pero se sentiría bien.

Volver al índice

Jaime Yéspica

Víctima de golpes brutales por parte de un funcionario de Policía de Aragua y de civiles armados, el 19 de marzo de 2014, en Maracay, estado Aragua. Entonces era estudiante universitario y tenía 22 años. La golpiza le dejó secuelas debido a una fractura en el cráneo.

Entrevista realizada en Caracas, el 6 de febrero de 2020

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: RaylÍ Luján

Cuéntenos sobre usted y lo que le ocurrió el 19 de marzo de 2014.

Mi papá es de Maracay y mi mamá de Mérida. Nací en Mérida, pero desde los 6 años vivo en Maracay [estado Aragua]. Yo estudiaba en Caracas, soy egresado de la UCV [Universidad Central de Venezuela]. Después de la marcha del 12 de febrero hasta la Fiscalía [en Caracas], en la que murió Bassil Da Costa [joven asesinado por fuerzas de seguridad del Estado durante la protesta], a quien ayudé a cargar y no sabía quién era, sigue la violencia y empezó el caos. Todos los compañeros de clases, los mismos profesores... era un ambiente en el que era imposible no estar metido de lleno en lo que estaba pasando en Venezuela políticamente. Yo me voy a mi casa y empiezan los problemas en Maracay. Organicé a la gente en mi urbanización, en la urbanización vecina, se hizo un comité, y cuando me doy cuenta, llamaba a 60 personas antes de cualquier marcha. Yo no pertenecía a ningún partido político, lo mío era pura víscera y corazón. Gracias a Dios, uno tiene una reputación de persona seria y entonces, al que yo le decía: "Hay esta marcha, y esto está pasando por esto y por esto", le creía a uno y lo seguía, porque eso es así. Yo me acuerdo que teníamos un grupo de WhatsApp y eran 60 personas que yo había buscado.

La cosa arrecia justo cuando la feria de San José, el 19 de marzo. Ya nosotros teníamos un grupito de personas que organizábamos y movilizábamos, nada violento. No era lo que yo creía que era necesario [la violencia], pero siempre las caras [de los organizadores de movilizaciones] se empiezan a reconocer. Recuerdo a Sandino, un muchacho que sí pertenecía a un partido político y a quien fueron a buscar a su casa. Cuando buscan a ese chamo, un amigo que era chavista y tenía unos amigos de los colectivos [grupos de civiles armados pro-oficialistas] en la zona de Aragua, me llama un día y me dice: "Te acabo de ver en la lista, te tienen aquí anotado. Tienen una lista de la gente riesgosa en el municipio y estás anotado. Te van a buscar". No estoy diciendo que eso tenga que ver con lo que me pasó, pero desde ese día empecé a ser un poquito más cuidadoso, ya no llamaba yo a la gente.

El hecho es que se da la protesta el día 19 de marzo. Tenía 22 años. Fue hace casi seis años. La protesta era para impedir el inicio de la feria porque era un insulto para los caídos [jóvenes asesinados en las protestas]. Eran como 200 personas en la entrada del parque de ferias, que es donde se hace la feria de San José. El portón es algo así como la entrada del Parque del Este [en Caracas]. La marcha se paró justo en el portón evitando el acceso. Esa marcha salió de otro punto de Maracay como a las 10:00 de la mañana, recorrió un trecho largo, dos avenidas principales de Maracay, hasta el parque de ferias, donde llegamos como a las 4:00 de la tarde. Empieza a bajar la claridad y

empieza a arreciar la arremetida. Empieza el enfrentamiento, la policía detiene a un chamo que estaba sentado, la masa reacciona y entre ellos me incluyo. Yo andaba con dos muchachas, dos amigas, y me acuerdo que empieza el problema y les digo que le lleven el carro a mi mamá, que yo me quedaba. “Esta es mi gente, estos son mis amigos y esta es la causa”, les dije.

¿Quién reprimía la manifestación?

Era la policía estatal, Poliaragua, que es la peor policía del país. Es la más sucia. Comienza el cerco, el parque de ferias de un lado y, del otro lado, la urbanización San Jacinto, que es donde ocurre todo; en esa urbanización, que es como decir Terrazas del Ávila [en Caracas], solo que no es cerrada. Todo el grupo de manifestantes se va hacia una de esas calles y el enfrentamiento empieza a crecer en violencia. Ya no eran solo lacrimógenas, sino perdigones, metras y hasta piedras. La policía lanzaba piedras.

¿Eran solo policías?

Eran policías y colectivos. Cerca del parque de ferias, está la estación inicial del Transaragua [sistema de transporte local]. Los colectivos del Transaragua y otra gente más se acercaban. Entonces era un cerco como de 100 policías, más o menos, que trancaban las dos calles de acceso hacia la esquina donde estábamos todos. El resto era de civiles lanzando cosas y disparando. La situación se puso cada vez más fuerte. Y cuando yo devolví una de las bombas lacrimógenas, sentí la pedrada que me dio en la nariz. Esa pedrada me partió la nariz. Me acuerdo de que a un amigo médico, que estaba estudiando en ese momento y estaba allí conmigo, le dije que sentía la nariz como rara. Él me tomó una foto y me enseñó cómo estaba doblada la fosa nasal. Me dijo que tenía que enderezarla. Me dijo que mordiera un trapo y le dio. Pensé que iba a doler más, pero no, quizás por la adrenalina del momento. Estábamos en medio de un tiroteo prácticamente, qué carajo me iba a estar doliendo la nariz.

Después de eso, me retraigo un poco y entro a uno de los edificios. Había uno que tenía una cerca pequeña, el espacio del jardín y la entrada del edificio. Entro ahí y una señora me presta el baño. Me lavé la cara y me puse mi capucha y para afuera otra vez. Llega un momento en que nos dimos cuenta de que no podíamos resistir más y todo el mundo salió corriendo hacia los edificios. Yo me quedé de último. Todos los que yo vi que pudieron entrar, se metieron, y yo tranquilé la puerta y nos metimos al lobby. Creíamos que la policía se podía volver loca pero que no entraría así. Partieron las puertas de afuera que eran de vidrio. Y es donde inicia todo. Los muchachos suben por las escaleras, yo intento cerrar la puerta de las escaleras y, cuando veo que se hace el embudo, pensé que, hiciera lo que hiciera, me iban

a agarrar. Fue cuando me agarro del marco de la puerta. El instinto de uno es pelear. Gracias a Dios que me dio como tres segundos para pensar, vi que estaba entrando un gentío y siento el alboroto detrás de mí. Supe que no iba a poder contra todos. Lo que hice fue cubrirme y *véngase*. En el video ven la golpiza. ¿Si me preguntan cuánto tiempo fue? Puedo decir que se sienten 2 segundos y a la vez una hora. En el momento fue increíblemente agonizante y largo.

¿Ha visto el video de las cámaras de seguridad varias veces? ¿Lo ha visto últimamente? ¿Piensa cosas diferentes cada vez que lo ve?

No. Hay vainas que las veo y ni por el carajo me acuerdo que pasaron. Pero hay recuerdos específicos que no se me van a olvidar como el roce del cordón de la bota [de uno de los policías]. Es algo que no se me va a olvidar. Los traumas son reales. Más que la patada.

¿Vio las caras de sus agresores?

De uno solo, el que se ve en el video que me habla. Es un gordo de civil con un palo en la mano. Le dije literalmente: “Ya, ya me jodiste”. Pero él insistía: “Bueno, eso es para que aprendas”. Como que me vio sangrando todo, con la cara inflamada y el bicho entendió.

¿Perdió la conciencia?

Afortunadamente, no. Me hubieran sacado. Mi resistencia nunca fue a parar coñazos. Mi resistencia era a que no me sacaran del edificio, por eso me aferro a la puerta. Los golpes me dolían, pero eso no me preocupaba, me preocupaba era que me sacaran del edificio. Porque te golpeaban y de paso te llevaban preso. Sigo creyendo que era lo correcto en ese momento, por seguir los ideales y una forma de ver la política y el país y luchar contra esto que sigue todavía aquí.

No me di cuenta [de lo que había ocurrido] hasta que vi el video. La gente me pregunta si estaba desorientado, pero era que estaba buscando el teléfono. Es lo primero que uno busca para poder llamar y avisarle a alguien. Se lo estaba robando un ladrón además.

¿No vio más a sus agresores? ¿Al menos, al hombre que recuerda?

Nunca lo vi, no sé qué hubiera pasado si lo veía.

¿Y al funcionario?

Lo que pasa con el funcionario es que, obviamente, yo vi a un policía cayéndome a coñazos. El casco, la bota y el recuerdo de la bota en la cara, un policía de Aragua con el uniforme de camisa azul claro. Pero lo que le vi fue medio la cara con el casco puesto, no lo podría

reconocer además por lo violenta que fue la situación. Luego me logran sacar en un carro de la urbanización a la maternidad La Floresta, que era lo más cerca. Nos sonó una decisión inteligente, aunque no era lógico que me llevaran para allá. Me atendió la doctora y me dijo que tenía que ir a la clínica. Me sacan de la maternidad y entre varios nos preguntábamos si estos locos no serían capaces de buscarme y llegamos al consenso de que era riesgoso quedarnos en un solo sitio. A un conocido se le ocurrió llamar al presidente del Colegio de Médicos del estado Aragua, Ángel Sarmiento, quien tenía una clínica de cirugía estética. Me meten ahí con un nombre ficticio de una muchacha que iba a una operación de senos. Saliendo de la maternidad, llegó un comando de Poliaragua preguntando por Jaime Yéspica y les dijeron que no estuve nunca ahí.

Al día siguiente, cuando me logra contactar Dimas Rivas, del Foro Penal, nos recomienda llamar a un amigo fiscal para hacer la denuncia. Porque en el momento en que denunciáramos ya no me buscarían a mí para culparme. Mediáticamente no les convenía. Escondidos fuimos a la fiscalía 20 a poner la denuncia. “Estás salvado”, me dijo en ese momento el abogado. “Ya no te van a buscar más”. Cuentan que en la formación de Poliaragua al día siguiente, preguntaron quién le había caído a coñazos al estudiante. Nadie respondió hasta que el comisario dijo que habría un problema mayor y todos voltearon a acusar a uno de los que estaba ahí. Un grupo de policías señaló a alguien. Si era o no el tipo, no lo sé. Yo lo vi y se me parece. Hubo un juicio y la jueza me dijo: “Señálalo”. Yo decía que se parecía, pero después de la 21 patada, ¿cómo podía acordarme? Las pruebas antropométricas fueron inconclusas, según los forenses.

¿Le afecta hablar de esto?

Gracias a Dios, no. Aunque soy la víctima. Estuve dos meses fuera de mi casa escondido y tengo una fractura de por vida.

¿Pudo sobreponerse, dormir en paz?

Mucho tiempo después. Obviamente los primeros dos meses me despertaba en las noches. No soy un tipo nervioso, pero obviamente me levantaba y me dicen que lanzaba golpes. Lo que sí puedo decir es que duré meses en los que veía a un policía y me daban infartos. Lo incómodo, no solo por saber lo que hacen y pueden hacer, sino que además había un juicio contra un policía. Veo a un policía y tengo miedo. Aquí me agarra el FAES [Fuerzas de Acciones Especiales, de la Policía Nacional Bolivariana] y no tengo problema, pero veo a un policía de Aragua y me pongo nervioso.

¿Su familia logró sobreponerse?

Mi mamá quedó sufriendo de nervios para toda la vida. La incapacitaron hace poco por hecho traumático. No puede escuchar protestas en el país porque llora. Toda la familia, han pasado 6 años y las heridas sanan, pero decían protesta y yo tenía 20 llamadas en el teléfono preguntándome dónde estaba.

¿Se arrepientes de haberse involucrado tanto en las manifestaciones?

No. Posterior a eso, seguí. No tan presente físicamente, porque si me vuelven a dar en la cabeza, me muero, pero seguí.

¿Qué le hubiese gustado haber hecho diferente?

Aquí fallaron muchas cosas a nivel macro, pero creo que hoy en día no habría hecho mucho diferente. Entiendo lo que hice y lo respaldo porque me parece que la protesta es la forma más correcta de sublevación de un pueblo contra un régimen que está violentando sus derechos. No me arrepiento de nada. ¿Se pudo haber hecho más organizado? Sí. ¿Que faltó trabajo real de organización de protesta? Sí. ¿Que pudimos haber insistido de otra forma? Tal vez. Pero no me arrepiento de haber protestado, nunca. Después de eso lo he hecho, aunque ya no era lo mismo.

¿Esa brutal golpiza marcó un antes y un después? ¿Le cambió?

Por supuesto que te cambia. Obviamente no vas con la misma seguridad. Puedes ir con la misma convicción, pero es como un deportista cuando se lesiona: al otro día no sale a jugar igual. Sabes lo que pasa y lo impune que puede ser. A nosotros nos llamó Luisa Ortega Díaz. Habló con mi mamá por teléfono diciéndole que eso no iba a quedar así. En ese momento, todavía era la fiscal del lado de ellos. Llama la fiscal general de la República e igualito no pasa nada. Esto no tiene “compón” [solución, arreglo]. Obviamente te cambia.

¿Su familia recibió amenazas?

No de manera directa. Aledaños a mí sí comentaron muchas cosas. Que si me ponía inventor, me iban a joder. Nunca hicieron nada, gracias a Dios. No hacía falta tampoco. No es que yo era Leopoldo López [líder opositor de Voluntad Popular] en el momento, pero cuando la gente empieza a hacer bulla, empieza a hacer bulla. Yo no creo que me hayan apuntado. Creo que fue casual. Creo.

¿Ve viable el perdón en Venezuela ante todos estos casos atroces?

No. No sé cómo lo hicieron [Mahatma] Gandhi o [Nelson] Mandela, pero es que en la India y Suráfrica la diferencia era política e

ideológica, aquí es de negocios y narcotráfico. Aquí no hay ideología, aquí solo se salva el negocio. Con respecto al perdón, daré este ejemplo: me dijeron que encontraron a los tipos y que, si yo decía, hacían algo. Era una persona a la que le tengo cariño y se mueve. Me temblaron las manos, y dije que no me importaba. Esa era una aceptación del hecho, no es perdón. Yo lo puedo entender, él [el policía agresor] era una pieza de un juego y yo era una de otro tablero. Funcionó como funcionó. Alguien me dijo: “¿Y el policía?”, y yo dije, ese es un peón, es un muchacho que tenía la misma edad que yo, un chamito de un barrio de Maracay con una pistola en la cintura, sin nada en el cerebro. Yo sabía por lo que estaba peleando, aunque podía estar equivocado, pero ese era un muchacho al que le dijeron: “Toma, tú eres el que manda ahora”, y se le atravesó un muchacho opositor y se lo llevó. Igual los otros ocho, porque eran un policía y siete colectivos armados. Esos menos tienen educación. Esos tipos son una cosa insignificante, ni siquiera los tomo en cuenta.

¿Qué tendría que pasar para que usted perdonara?

Es que no tengo nada que escuchar. Desde mi punto de vista, me considero una persona de razón, creo que no hay forma de que ellos me puedan argumentar lo que hicieron y que yo los entienda. Ellos estaban allí y ya. Pasó.

¿Cree que falta justicia?

Claro que falta justicia. Pero hay que ver qué es justicia. Que me los pongan al frente y yo les caiga a golpes, eso es justicia. Una justicia legal sería lo correcto, pero que eso me dé satisfacción y calma, no lo creo. Creo que a cualquier venezolano que hubiese participado en esas cosas, le daría calma y paz que hubiese funcionado ese pequeño sacrificio [se refiere a que la protesta ciudadana logre cambios en el país]. Yo soy un caso positivo, dentro de lo que cabe. Mi familia quedó traumatizada, yo tengo problemas con la policía de por vida, tengo la fractura en el cráneo, algo así tiene secuelas de por vida. Lo justo sería que hubiese funcionado. A nivel personal sería correcto que ellos pagaran por el crimen que cometieron. Pero no lo sé si los perdonaría. Honestamente no lo creo.

Volver al índice

Gilberto Martínez Daza

Ex comisario de la Policía Metropolitana, torturado en una sede de la Dirección de Contrainteligencia Militar, en julio de 2018. Su familia tardó 7 días en conocer de su paradero. Acusado de traición a la patria, es recluido en la cárcel militar de Ramo Verde durante 4 meses. Lo liberan por una medida humanitaria y 3 meses después, en enero de 2019, son secuestradas por fuerzas de seguridad del Estado su hija y su ex pareja. El ex comisario se mantuvo en la clandestinidad hasta que salió del país, en julio del 2019. Su hermano se encuentra detenido en Venezuela.

Entrevista realizada vía WhatsApp, el 24 de marzo de 2020.

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: Álbum familiar

Cuéntenos, ¿cómo fue su detención y de qué se le acusaba?

A mí me detienen el 4 de julio [de 2018] alrededor de las 9:00 de la mañana. Yo me encontraba en el negocio de mi expareja [en el kilómetro 16 de El Junquito, localidad cercana a Caracas], desayunando y visitando a mi hija, y ahí llegó una comisión de las FAES [Fuerza de Acciones Especiales, comando de la Policía Nacional Bolivariana], al mando del comisionado Florencio Escalona [supervisor de la Policía Nacional Bolivariana], y me detienen por traición a la patria, por conspirar en contra del régimen de [Nicolás] Maduro. Duré alrededor de seis, siete días secuestrado. Me llevaron a una sede clandestina que ellos tienen de tortura. A mí me entregan a la Dgcim [Dirección de Contrainteligencia Militar]. Me sacaron las uñas de los pies, me pegaron corriente en mis partes íntimas. Me asfixiaban con una bolsa plástica en la cabeza con gas paralyze y en una de las torturas me les desmayé y no volví en mí, y es cuando se preocupan y me llevan al hospitalito de Fuerte Tiuna [Hospital Militar del Ejército Dr. Vicente Salias Sanoja]. Los enfermeros y doctores me tomaron fotos y como pudieron me despertaron y llamaron a mis familiares. Después de seis, siete días secuestrado, es que ellos [la familia] saben de mi paradero.

¿A quién llamó? ¿Cómo fue esa conversación?

No fue que me permitieron llamar. Una enfermera y una doctora en el hospitalito de Fuerte Tiuna, que son unas heroínas, les prohíben a los funcionarios de la Dgcim que estuvieran a mi lado mientras me revisaban, y una de ellas, cuando despierto, me pide el número de un familiar para avisar. Yo le doy el número de mi mamá y ella se arriesgó y llamó a mi mamá, y mi mamá contactó a la prensa, buscó a otros familiares y se dirigieron al hospital. Fue tanta la presión, que no pudieron negar que yo estaba allí. Fueron tantas las torturas y tal la condición de cómo llegué, que el director del Hospitalito [de Fuerte Tiuna] manda a llamar al presidente de la Corte Marcial, mayor general Edgar Rojas Borges [también presidente del Circuito Judicial Penal Militar], y le dice que eso no podía continuar, que llegaran pacientes torturados y que ellos dijeran que se desmayaron. Edgar Rojas Borges llega y me pide el número de mi mamá y le promete que no voy a seguir siendo torturado.

Ellos nunca me permitieron llamar a alguien, fue una doctora valiente que se atrevió a llamar a mi mamá. Le digo a mi mamá que soy yo, que alerte, porque no sabía si me volverían a sacar de allí para seguirme torturando. Ya mi madre sabía dónde estaba y sabía que estaba con vida. Eso fue rápido, el mensaje fue rápido, no duró ni dos-tres segundos.

¿Puede contarnos más sobre esos siete días que estuvo siendo torturado tras su detención en 2018? ¿Qué pasaba por su mente en esos momentos?

Bueno, es morir en vida. Hay un dicho que dice: “Duele más la anticipación de la muerte que la muerte misma”. Las torturas eran inhumanas, a ningún ser humano se le hace lo que me hicieron a mí y lo que le han hecho a varios que han corrido la misma suerte que yo. Lo primero que te pasa por la mente es que te vas a morir. Eso, a todos les pasa lo mismo. Que te vas a morir o que no vas a soportar eso. Lo segundo que te pasa por la mente es tu familia: ¿Qué va a ser de ellos si llegas a morir? ¿Tomarán represalias en contra de ellos? Después de siete días guindado como un animal, valga la comparación, como un cochino y con bolsas plásticas, corriente, choques eléctricos en tus partes íntimas, si veían que no hacía efecto, te sacaban las uñas de los pies y buscaban la manera de causarte dolor, dolor, dolor. Llegó un extremo que no te permitían usar el baño y te hacías las necesidades encima. Era peor, porque te bañaban con agua helada y, después de ese baño, otra “pela” [golpiza] más. Eso es lo que puedo contar.

¿Por qué lo buscaban a usted precisamente?

Desde 2014 ellos desconfiaban de mí porque yo no estaba de acuerdo con sus prácticas de gobierno y de apadrinar a los delincuentes y colectivos [grupos paramilitares pro-gobierno]. Ellos empiezan a perseguirme, por los nexos que tengo con el coronel Oswaldo Valentín García Palomo [militar retirado de la Guardia Nacional Bolivariana, señalado de participar en la llamada ‘Operación Armagedón’].

¿Cómo fue el allanamiento en su casa?

Yo duro cuatro meses detenido en Ramo Verde. En el año 93, recibí 7 disparos en un procedimiento policial y en mi estómago me pusieron una malla gástrica; esa malla se me desprendió con las torturas y el juez tercero de control militar, [Mickel] Amezcuita, me da una medida cautelar o un beneficio, una ayuda humanitaria, porque la maya me la desprenden. Yo duro dos o tres meses en libertad, pero después, el 23 de enero, cuando los guardias de Cotiza se alzan [un grupo de efectivos de la Guardia Nacional Bolivariana del Destacamento de Cotiza, al centro-norte de Caracas, se alzaron en armas la madrugada del 23 de enero de 2019], ellos buscan la excusa para volver a buscarme. Es cuando se llevan secuestrada a mi expareja y a mi hija. Ellos no sabían dónde yo vivía y ella, por temor, llega a mi casa [en la Colonia Tovar, ciudad del estado Aragua a 60 kilómetros de Caracas]. Bueno, llegan a mi casa y hasta las pocetas se llevaron.

Utilizaron tres camiones para saquear mi casa y yo paso a la clandestinidad.

¿Qué otras cosas se llevaron? ¿Qué funcionarios eran?

Se llevaron televisores, cocina, nevera, camas, DirecTV, Blue-Ray, se llevaron comedor, licorera, mi diploma, mi ropa, hasta mi ropa interior, reloj, anillos, cadenas, esclavas. Yo uso lentes, se los llevaron. Mis zapatos, perfumes, se llevaron todo. Dejaron la casa vacía. Y lo que no pudieron llevarse, lo destruyeron. Se llevaron todo, a tal punto que se llevaron hasta a Oso, el perro. Yo estaba escondido viéndolos y pude contar que eran alrededor de 200-300 funcionarios. Como si hubiesen ido a buscar a Osama bin Laden [terrorista yihadista de origen saudí, fundador de Al Qaeda]. Igual como cuando fueron a buscar a Óscar Pérez [ex funcionario del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas. Se alzó contra el régimen de Nicolás Maduro en 2017 y fue asesinado junto a su grupo en 2018, en un procedimiento cuestionado por violaciones a los derechos humanos], pero con la gran ventaja de que yo no les “di papita” [facilitarles las cosas] y me “encaleté” [ocultarse], porque ya yo sabía a lo que venían. Yo tenía un tanque de 10 mil litros, partieron el tubo del agua y hasta dentro del tanque se metieron para ver qué se podían llevar. Se llevaron todo, todo. Los bombillos, todo. Fueron las FAES. Se llevaron hasta la comida, licuadora, cubiertos, hasta el budare para hacer las arepas.

¿Cómo se llevaron a su perro?

Cuando ellos llegan a mi casa, en la Colonia Tovar, yo estaba escondido en un sitio y vi cuando saquearon mi casa y se llevaron a mi perro. Al principio, el perro se había escondido donde una vecina y ellos lo vieron y se lo llevaron. Mi perro era mi mejor amigo y ellos se lo llevan como medida de castigo. No sé... venganza.

Estuvo 4 meses recluso en Ramo Verde. ¿Cómo fue ese tiempo allí? ¿Cómo era el trato de los custodios? ¿Recibió asistencia médica estando allí?

Sentí una gran impotencia, porque los presos debían ser otros y pronto serán otros. Los custodios, bueno, normal. Los custodios no se meten con los presos políticos que están allí. Quienes humillan y golpean son los de la Dgcm. Esperaban que a uno le llevaran los insumos los fines de semana y los días lunes llegaban a allanarte o cualquier cosa y te robaban. Es triste y angustiante vivir en incertidumbre. Si a la Dgcm le daba la gana de llegar a las 4:00 de la mañana y sacarte desnudo al patio, te sacaban. Desnudo, desnudo. Revisaban tus cosas, destrozaban tus cosas, te robaban. Después de que estuve los siete días secuestrado, era tan obvio, ya habían salido en todas las redes las fotos de la tortura, que el juez me manda como

centro de reclusión Ramo Verde y allí duro un mes. Un mes sin poderme levantar. En la planta de los pies tenía ampollas, producto de los golpes, no me podía sentar, tuve que esperar a que me cicatrizaran las uñas. Fueron tantos los golpes que me dieron que orinaba sangre. Al mes, ellos me tuvieron que sacar de allí y llevar al Hospital Militar [Dr. Carlos Arvelo] para ver porqué sangraba tanto y era porque estaba reventado por dentro. Duré 15 días en el Hospital Militar [Dr. Carlos Arvelo]. Me dieron de alta y me volvieron a llevar a Ramo Verde, hasta que me trasladaron a la audiencia preliminar, donde la abogada Theresly Malavé [directora de la ONG Justicia y Proceso] expone mi caso y dice que hay pruebas de tortura y el juez, por temor, porque sabe que más adelante le va a caer el peso de la justicia, me otorga una ayuda humanitaria.

¿Cómo fue su liberación tras la medida humanitaria? ¿Usted se fue del país inmediatamente luego de ello?

Cuando me dieron la libertad, no salí del país. Me dan la libertad el 22 de octubre [de 2018] y me imagino que me la dieron fue para después asesinarme y que no hubiese pruebas. No estaría dando este testimonio. Lo único es que ellos en ese momento no sabían exactamente dónde vivía. Cuando suceden los hechos en Cotiza, ellos aprovechan esa coyuntura para volver a buscarme, pero no con la intención de meterme preso sino de asesinarme. Se llevan a mi ex esposa y a mi hija de 12 años secuestradas. Es cuando yo paso a la clandestinidad. Salgo del país en julio del 2019, cuando matan al capitán Rafael Acosta Arévalo [capitán de corbeta de la Fuerza Armada Nacional Bolivariana. Fue detenido y torturado por efectivos de la Dirección de Contrainteligencia Militar tras ser acusado de un intento de golpe de Estado contra Maduro] y Diosdado [Cabello, presidente de la cuestionada Asamblea Nacional Constituyente] me nombra y me dice que me tienen capturado. Yo dije: "Si este payaso está diciendo que me tienen capturado, es que me van a matar".

La audiencia preliminar la hicieron un día jueves. Me imagino que tuvieron viernes, sábado y domingo estudiando mi caso y el día lunes a las 5:00 de la mañana me estaban buscando para darme la libertad.

¿Por qué usted cree que le dan la libertad para asesinarlo?

Porque ellos, cuando se da la audiencia, me dicen que si yo les entrego las pruebas y las fotos de las torturas y dejaba eso así, ellos me volvían a reincorporar a la policía, me daban un cargo y no había pasado nada. ¿Qué supongo yo? Que me liberaron para asesinarme en la calle. Porque me habían torturado y quedé vivo para contarlo.

¿Y usted aún tiene esas pruebas? ¿Fotos, informes médicos?

Claro, claro. Las pruebas en fotos y en carne propia. Esas marcas nunca se me van a quitar. De hecho, las marcas de las quemadas en mi cuerpo no se han quitado, más la malla desprendida. Hoy por hoy, estoy padeciendo por eso, a consecuencia de las torturas. Y por eso digo, la intención de ellos no era darme ninguna ayuda humanitaria, era que mi caso se olvidara un tiempito y después asesinarme. Y por las malas, como hicieron con el capitán Acosta Arévalo. El Hospital Militar [Dr. Carlos Arvelo] nunca me dio el informe ni el Hospitalito [de Fuerte Tiuna], el informe me lo dio una clínica privada, y está a resguardado para el día en que sea necesario presentarlo.

¿Qué sintió cuando supo que habían retenido a su hija y a su expareja? ¿Pensó en regresar al país o en entregarse nuevamente?

Quería entregarme. Gracias a Dios no pude contactar a nadie para hacer ese canje, ese cambio. Pero me pasó por la mente muchas veces entregarme para que las liberaran a ellas. Varios me aconsejaron que si me entregaba, debía saber que mi vida acababa allí. “No van a negociar contigo, te van a matar a ti y ellas van a seguir desaparecidas. El escudo de ellas eres tú, mientras no te capturen a ti, no van a atreverse a hacerles daño”.

¿Cuánto tiempo permanecieron ellas secuestradas?, ¿cómo pudieron ser liberadas?

La mamá de mi hija estuvo ocho días secuestrada, mi hija duró dos días. Después de que pasó eso, nunca más me les pude acercar porque las tenían muy vigiladas, cada 15 días se les metían en la casa. Yo tengo más de un año que no sé de mi expareja ni de mi hija. Se las llevaron con la intención de presionar y que yo me entregara, así como hoy por hoy tienen a mi hermano. Un año secuestrado hasta que yo me entregue. Porque todo es presión para que yo me entregue porque yo soy como un trofeo del régimen, como la piedra en el zapato. A ellas las liberan por la bulla que hicimos en los medios y cuando vieron que no lograban nada teniéndolas allí.

Su hermano Luis se encuentra preso actualmente. ¿Se siente responsable por ello?

Sí, mi hermano hoy por hoy está secuestrado, no detenido, porque él no cometió ningún delito, y claro que me siento culpable. No hay un día de mi vida en que no me sienta culpable por lo que está sufriendo y pasando.

¿Puede contarnos un poco sobre su vida antes de estos hechos? ¿A qué se dedicaba? ¿Cómo era su vida familiar? ¿En su familia son bastante unidos?

Vamos a empezar de atrás hacia adelante. Somos muy unidos, mi núcleo familiar. Yo salí de la policía en el 2014. Pertenezco a la extinta Policía Metropolitana hasta el 2008, cuando pasé a ser director de la Policía Municipal de Cúa [Valles del Tuy, estado Miranda] hasta 2014. Me jubilan por no estar de acuerdo con el régimen de Maduro. No estaba de acuerdo con sus leyes y sus normas. Pasé a trabajar como jefe de seguridad de un empresario. Mi vida no era perfecta pero era tranquila. De mi casa a mi trabajo, uno que otro fin de semana salía por ahí y compartía. Desde 2014, siempre se me ha acusado de ser opositor, de estar en contra del gobierno, de no estar de acuerdo con sus métodos, con esa esclavitud y esa dictadura que llevamos. Bueno, hasta 2018, hasta el 4 de julio que la vida me cambió. De ahí hasta la fecha, parezco el propio fugitivo. Parece una película lo que estoy viviendo.

¿Cree que no volverá a ser el mismo?

Lo único que cambió en mí es que tengo más cicatrices. Lo primero que hacen cuando te torturan, es quebrar tu autoestima y no pudieron, ni van a poder. Lo único que cambió en mí es que, hoy por hoy, les tengo más odio.

¿Cuál es su mayor temor actualmente?

Que les hagan daño a mis padres y a mi hija, que están allá [en Venezuela] indefensos.

¿Cómo es la comunicación con su familia? ¿Qué le dicen ellos de todo esto?

Bueno, me comunico con ellos todos los días. Mis padres, que tienen 71 años, son los que están viendo por mi hermano, los que le llevan sus insumos. Yo desde aquí donde estoy, pa'lante. Ellos me dicen que no me vaya a entregar por nada del mundo. Sabemos que Luis está preso y, bueno, no creo que le hagan más daño, pero si yo me entrego, no van a tener clemencia conmigo. Mi vida va a acabar como la del capitán Acosta Arévalo.

¿Qué piensa usted del perdón? ¿Lo ve viable en su caso?

El perdón es entre ellos y Dios. En mí no hay perdón.

¿Habría algo que le gustaría escuchar de parte de sus victimarios que le hiciera considerar el perdón? ¿Qué le gustaría escuchar de todos los que le han hecho daño a usted y a su familia?

Mira, ni que vengan de rodillas. Ni que vengan al lado del Papa. Por lo menos, yo no los voy a perdonar. No.

¿Cree que es posible el reencuentro entre los venezolanos y el perdón para lograr superar todos estos eventos de violencia que se han vivido en el país? ¿Cree que con justicia sea posible?

No creo que pueda haber perdón. ¿Cómo perdonarías tú a alguien que te torturó a un hermano, o a un familiar tuyo hasta el extremo de perder la vida? Como pasó con Óscar Pérez, quien fue ejecutado, Neomar Lander [joven asesinado en una protesta en Caracas, en 2017], Rafael Acosta Arévalo. ¿Me entiendes? El chamito que perdió los ojos [Rufo Chacón, herido en una protesta en el estado Táchira, en 2019]. No creo que exista el perdón. Tendría que haber justicia. No creo que haya perdón.

Volver al índice

Nicodemo Martínez

Indígena pemón de 25 años, torturado por la Guardia Nacional Bolivariana en febrero de 2019, en el contexto de protestas para exigir la entrada de ayuda humanitaria por la frontera con Brasil. Las manifestaciones comenzaron desde días antes del 23 de febrero en las comunidades aledañas a Santa Elena de Uairén, en el estado Bolívar. Por varios días, el Ejército y la Guardia Nacional Bolivariana arremetieron contra los indígenas, dejando fallecidos, heridos graves, detenidos y exiliados.

Entrevista realizada en la comunidad de Maurak, estado Bolívar, el 28 de febrero de 2020

Por DAVID SILVA GASCH



Foto: David Silva Gasch

Cuéntenos de usted y de lo que ocurrió esos días de febrero de 2019.

Mi nombre es Nicodemo Martínez y prácticamente trabajo para el gobierno. Tengo 25 años y trabajo en el aeropuerto [de Santa Elena de Uairén, al sur de Venezuela, en el estado Bolívar, fronterizo con Brasil]. Todo esto comenzó a partir del 23 de febrero del año pasado. No pensábamos que iba ser así, que nos iban a agarrar, que la iban a agarrar con los indígenas [el sábado 23 de febrero de 2019, se esperaba que ingresara un cargamento de ayuda humanitaria por la frontera con Brasil, al mismo tiempo que se procuraba lo mismo desde Cúcuta, en la frontera colombo-venezolana. El régimen de Nicolas Maduro se oponía al ingreso de esa ayuda, cerró la frontera y militarizó toda la zona de Santa Elena de Uairén y sus alrededores. Los indígenas pemones, la etnia a la que pertenece Nicodemo Martínez, comenzaron a protestar en contra del cierre del paso a Brasil y de la militarización, cuya primera incursión fue una arremetida contra la comunidad de Kumarakapay, en San Francisco de Yuruaní, a una hora de Santa Elena de Uairén, el viernes 22 de febrero. Debido al asesinato de varios de sus paisanos y a las decenas de heridos que produjo ese ataque militar, los indígenas arreciaron sus protestas y continuaron siendo fuertemente reprimidos por el Ejército y la Guardia Nacional Bolivariana. Por varios días se produjeron ataques armados, allanamientos y detenciones arbitrarias. Muchos indígenas debieron huir y resguardarse en Brasil, donde un buen número todavía permanece en condición de refugiados].

Yo estaba a cargo del aeropuerto porque soy supervisor de seguridad. Me tocaba la parte del portón, que ahora está destruida. Fue allí donde los indígenas agarraron a la guardia porque habían matado a nuestros paisanos en San Francisco [el viernes 22 de febrero los indígenas retuvieron a cuatro guardias nacionales, como un modo de presión para exigir justicia, luego del mencionado ataque militar en la comunidad de Kumarakapay. Ese ataque dejó al menos 8 fallecidos, decenas de heridos de gravedad y otros tantos detenidos. Las autoridades dijeron que se había tratado de un “enfrentamiento”, aun cuando no hubo heridos ni muertos entre los militares. Los funcionarios que dispararon se dieron a la fuga, pero esa misma mañana un grupo de pemones tomó en custodia a los guardias]. La información que nos había llegado es que nos teníamos que cuidar porque el gobernador [de Bolívar, Justo Noguera Pietri] iba a mandar a sus soldados para acá. Nosotros nos alarmamos. Cada quien cubría su territorio, pero el principal era el de nosotros, la parte del Escamoto [se refiere al Escuadrón de Caballería Motorizada de Escamoto, a la altura del Fuerte Roraima, del Ejército]. Ese 23 de febrero, le dije a la gente que trabajaba en el aeropuerto que ese lugar no era seguro. Dicho y hecho, pasó lo que pasó.

¿Cuál fue la orden del capitán indígena en Maurak, Geogor Yáñez?

La orden del capitán, en realidad, fue que no nos metiéramos con ellos [con los guardias]. Nada de protestas, nada de quemar cauchos, ni eso. Solamente resguardar la zona y no meterse con ellos. Eso fue lo que hicimos y algunos capitanes y algunos de mis hermanos, los indígenas, estaban a cargo de eso [de que la orden se cumpliera]. De hecho, cuando agarraron [a los guardias], no hubo nada de golpes, nada de eso. Incluso yo resguardé a los guardias que trabajaban en el aeropuerto.

Yo fui a la pista a quitar unos obstáculos que estaban ahí, unos tambores. Pero de repente se escuchó un disparo, y veo desde lejos que empiezan a pelear. Me comunico rápidamente por la radio con el agente de seguridad del aeropuerto y le pregunto: “¿Qué es lo que está pasando?”. Intentamos resguardar el aeropuerto, que nadie entrara, pero la guardia ya estaba dentro, después del portón. Desde lejos vi que empezaron a tirar bombas lacrimógenas y ahí fue que comenzaron a molestar a mi gente, a los indígenas. Corrí y empecé a cerrar todo el aeropuerto. Fue entonces cuando se llevaron a la guardia, no sé a dónde, y los tuvieron [retenidos] por dos días, creo. La verdad no sé de esa parte.

En la noche se le dijo a la gente que trabajaba en el aeropuerto que no fuesen a trabajar, porque no era seguro. Y de repente volvieron las tanquetas por la parte de la alcabala, en la vía de Maurak [comunidad indígena en la que vive Nicodemo Martínez, a 25 kilómetros de Santa Elena de Uairén], en la entrada de Santo Domingo. Y empezaron a disparar otra vez, con ametralladoras. Empiezan a disparar: pan, pan, pan, pan... usted sabe cómo es el sonido de las ametralladoras. Y yo pensaba: “¡Mataron a mi gente!”. Empiezo a preocuparme. También lanzaban bombas lacrimógenas. Pero digo: “Aquí no se van a meter, porque están los aviones”. Eran como las 9:00 o 10:00 de la mañana. Yo empecé a sacar a la gente, y a resguardar a la guardia. Les dije: “No salgan, porque saben muy bien que mi gente está molesta con ustedes, porque ustedes son los verdes. Así que no salgan, quédense aquí”. Ellos se quedaron, comieron, durmieron allí. ¿Quiénes los estaban resguardando? Nosotros.

¿Estaban usted y quiénes más?

Estábamos tres más de la seguridad del aeropuerto y yo.

¿Qué ocurrió después?

Pasaron dos días desde que agarraron a los guardias y en la noche fue el intercambio de ellos con los paisanos. Ellos decían:

“Entréguennos a nuestros guardias”, y el capitán decía: “Entréguennos a nuestros indígenas también. Vamos a hacer un intercambio”. Yo no sabía que habían golpeado al mayor [de la guardia]. Antes de eso, yo le había dicho al mayor: “Vamos a trabajar en calma. Vamos a dejar pasar a la tercera edad para que cobren su pensión”. Allí estaba funcionando el banco. Le dije: “No trate de provocar a la gente indígena”. Le expliqué todo lo que me había dicho el capitán. Y él me dijo: “Está bien, ok”. Fui al portón e igual les dije a ellos: “No vamos a provocar a la gente que va a entrar, que lo que van es a cobrar su pensión”. Después de eso fue que llegó el resto del batallón. Entregaron a los guardias en la noche. Yo vi que los entregaron bien. El que estaba golpeado era el mayor nada más. Quién lo golpeó, no sé.

¿Lo golpearon fuerte?

Sí, le habían roto la nariz, sangraba por la nariz, sangró mucho. Pero como decía, la entrega fue esa noche. Entre 7:00 y 8:00. Yo me quedé en la alcabala y mis hermanos vinieron a acompañarme. Amanecimos allí, y al día siguiente me vine para la casa y descansé. Le dije al que se quedó en el aeropuerto: “Ten cuidado, cualquier cosa nos comunicamos por radio, cierras todas las instalaciones y corres para la comunidad [Maurak]. En la mañana, llego a la alcabala y mis hermanos, mis tíos, me dicen que todo está bien, que no hay ninguna novedad. No pasaron más de cinco minutos, cuando escuché a la perra ladrar. Me asomo y veo que entran dos convoyes full de militares.

¿Eran de la guardia o del ejército?

Eran guardias. Los que estaban haciendo desastres eran los guardias. Eran dos convoyes llenos de efectivos y tres tanquetas de las blancas. Yo pregunto si habían cerrado el portón. Boris, un compañero, ve que vienen y empieza a correr por la parte atrás. Llega y me dice: “Vuelve a entrar y cierra la puerta. Yo no te voy a dejar. Yo no te voy a dejar. Que Dios nos proteja”.

Cuando ya íbamos a salir a la plataforma para correr, estábamos rodeados. Le dije a Boris: “Nos agarraron”. Y cierro la puerta de vidrio. Y ellos tratan de romperla. Les dije que no la rompieran, que yo trabajaba para el gobierno, pensando que eso me iba a proteger. Agarro mi carnet, me lo pongo y les doy los buenos días. ¡Qué nada de buenos días! Escucho el sonido del fusil cuando lo cargan: plas, plas. Eran tres. Uno dijo: “Si no nos abren esta mierda, te vamos a disparar”. “Pero ya va -les dije yo-, les voy a abrir con calma. Ustedes cálmense ahí. No me griten”.

Abro la puerta de vidrio, ellos la empujan y me agarran por la espalda y me dan golpes con la culata en el medio del cuello, a ver si me desmayaba, pues. Nervioso, me volví a levantar y me dieron otros

golpazos por la espalda y en la cabeza. Empiezan a revisar todo: mi carnet, mi cartera, mi teléfono, me lo quitaron todo, las llaves del aeropuerto, todo. Me esposan y me montan en el convoy junto a los otros que estábamos ahí. Nos llevan al Ejército, al Escamoto. Y como a las 12:00 nos vuelven entregar a la guardia.

¿Los dejaron en el Escamoto con el Ejército?

Sí, con el Ejército, pero los del Ejército no nos hicieron daño. Nos metieron a la celda con los otros que habían agarrado. Ahí estaba mis paisanos.

¿Cuántas personas habría?

Yo conté como 25, más o menos.

¿Todos indígenas?

No todos, algunos criollos y algunos indígenas. Cada quien echaba su cuento. A uno lo habían agarrado vendiendo equis cosa, a otro porque les había contestado mal. Luego nos llaman por nuestros nombres a los tres que habían agarrado en el aeropuerto. Pensé que nos iban a sacar. Vi a uno [un guardia] que era sobrino o primo de Padrino López (se refiere al ministro de la Defensa, Vladimir Padrino López). En su uniforme decía: L. Padrino. A ese le dije educadamente: "Gracias, señor". Pero vino un teniente y nos dice: "Las manos en la nuca". Así las pusimos. Y ahí fue el primer golpe con el palo de una escoba. Decían que nos iban a matar.

Cuando levanto la cabeza vi que ahí estaba el hijo del capitán general [indígena]. Estaba golpeado. Él se llama Jorge Gómez, le decimos Jorgito. Lo habían agarrado en la alcabala. Seguían dándonos golpes con la escoba. "Cállense, hagan lo que se les diga", nos decían. Y ahí escucho a Padrino diciendo que ellos podían hacer con nosotros lo que quisieran. Nos llevaron al cuartel de la guardia en Santa Elena, frente al Banco de Venezuela.

¿Y qué fue lo que ocurrió entonces?

Un capitán dio la orden de que nos torturaran, pues.

¿Asimismo? ¿Palabras textuales?

Sí, sí, así. Un capitán de la guardia.

¿Sabe su nombre?

No lo vi porque estábamos agachados. No podíamos ver nada. No podíamos hacer nada porque ellos tenían cargados los fusiles. Nos tenían allí como unos prisioneros. Nos tiraron contra la pared. Un teniente me pidió mi identificación. Le dije que yo era supervisor en el

aeropuerto. Y junto con decírselo me dio un golpe. “¿Tú no eres guardia territorial?”, me preguntó [la Guardia Territorial Pemón es un grupo de autodefensa conformado de manera autónoma y con el objetivo de preservar los territorios indígenas, y bajo su liderazgo se produjeron las protestas de esos días de febrero]. “No, señor, soy de seguridad en el aeropuerto. Además, yo estaba resguardando a la guardia y a la aeronave que llegó de la guardia”. Le expliqué todo, pero nada. Y ahí nos tiraron bombas lacrimógenas.

¿Todos estaban en un cuarto?

Estábamos en la parte de afuera, pero rodeados, y nos tiraron lacrimógenas.

¿Quiénes estaban con usted?

Éramos cuatro: el señor que trabajaba en mantenimiento, el muchacho de seguridad, el hijo del capitán general y yo. Cuando levanto la cabeza, vi a los efectivos que habían sido intercambiados por los paisanos, a los que habían agarrado. Ellos dijeron: “¡Fueron ellos! Ellos fueron los que nos agarraron”. Y nos agarraron a golpes. Nos hicieron tomar dos litros de picante, y nos echaron picante en la cara. Estábamos esposados. Nos abrían los ojos y volvían a echar el picante. Nos electrocutaron. Eso fue lo que nos dejó sin fuerzas. Yo decía que iba a agarrar un fusil y hacer algo, pero no hice nada de eso. Al hijo del capitán general lo metieron en un cuarto y a mí en otro cuarto, según con un fiscal.

¿Iban a hablar con un fiscal?

Según era un fiscal. Cuando estoy hablando, escucho los gritos de alguien. Estaban dándole golpes, no sé qué le estaban haciendo pero gritaba, gritaba.

¿Qué pensó en ese momento?

Que me iban a cortar, que me iban a hacer picadillo. Pensé de todo. Me preguntaban: dónde vives, quién eres tú, de dónde vienes tú, cuál es el número de tu casa, dime tu cédula. Yo inventé varias cosas. No les di mis datos, mi ubicación, nada de eso. Inventé varias cosas para salvarme. Por si acaso. Y después, cuando el supuesto fiscal se fue, eso fue tortura y tortura, desde las 2:00 hasta las 4:00 más o menos. Eso fue golpe y golpe. Quedé hinchado y sangrando. Justo esos guardias que mis paisanos habían entregado fueron los que se vengaron con nosotros. Me dieron patadas en la parte de atrás, en la columna, y hasta ahorita estoy mal de eso. Y en la cabeza también con la culata del fal. Me dieron entre todos. Cuando me molesto, se me activa el dolor. No puedo molestarme mucho. Yo escuché a uno de ellos que dijo: “Fueron ellos, fueron ellos, y nos vamos a vengar”.

¿Lo mismo que le pasó a usted le pasó al hijo del capitán?

Sí. A nosotros dos solamente. A los otros no los tocaron. Por ser criollos.

¿Por qué la diferencia, por qué cree que a los criollos no les hicieron nada?

No sé por qué, debe ser porque querían vengarse de los indígenas, por lo que hicieron, no se... Yo escuché decir: "¿Tú eres guardia territorial pemón?". O sea, querían agarrar a la Guardia Territorial Pemón.

¿Qué ocurrió después?

Luego de las 4:00 de la tarde nos vuelven a sacar, débiles, sin fuerza. Recuerdo que yo estaba llorando por el dolor. Nos meten en un cuarto, donde estaban dos militares que se habían rebelado contra ellos. Hablé con uno y me dijo que estaba ahí porque se habían revelado. Eran de los que estaban en Santa Elena. No me dijeron su nombre ni su rango. A uno le pregunté cuál era el procedimiento para que nos dejaran, y me dijo: "Aquí no hay escapatoria". Ahí comencé a preocuparme más. "¿Cómo es eso, que es lo que me trata de decir?", pregunté. "Por esa ventana vas a ver unas bombas Molotov hechas por ellos mismos. Son para inculparlos", me respondió. Me asomé y veo unas gaveras con bombas Molotov. Después me dice que había un cuarto a donde pasaban a la gente y les lanzaban bombas. Y yo me asusté más. Dicho y hecho. Nos sacaron de allí y nos tomaron una foto con las bombas Molotov, inculpándonos.

Como a las 5:00, ya estaba oscureciendo, empiezo a hablar con el hijo del capitán general: "¿Cómo me veo?", le pregunté. Y él me dice: "Chamo, te ves mal". Yo estaba achinado, con la cara hinchada, me dolía todo el cuerpo y estaba sangrando. "Me veo como Rocky Balboa", le dije tratando de hacer un chiste para tranquilizarnos. Luego empezamos a orar, a entregar nuestra alma a Dios... No era bueno lo que estaban haciendo. Nos estaban inculpando. El hijo del capitán comenzó a decir: "Papá, ¿dónde estás? Nos van a matar. Vente rápido, que te necesitamos", y yo trataba de calmarlo. Estábamos llorando. Ya se estaba ocultando el sol. Pensábamos que ellos solamente estaban esperando la noche para eliminarnos.

Después vino el capitán que había mandado a que nos dieran golpes y pregunta: "¿Quién es el hijo del capitán general aquí?", y el hijo del capitán levanta la mano. Y dice: "Maldita sea, ¿por qué no me dijiste?", y luego dijo: "Ya basta. Esto es todo por hoy. No les vayan hacer daño". Yo digo que esa fue la obra de Dios. Después de la oración, vino el mismo que nos entregó para la tortura y dijo eso.

Como a las 6:00 o 7:00 nos montaron en una patrulla y nos llevaron de nuevo al Escamoto. Y antes de bajarnos de la patrulla, el capitán nos dijo: “Bajen como si no hubiese pasado nada”. Y yo diciendo: “¿Cómo si no hubiese pasado nada? ¿Cómo es eso, y los golpes, y estos moretones, que hago con esto? ¿Que se desaparezcan?”. Me bajé de la patrulla, me tiré al suelo sin fuerza, sangrando, me dolía la cabeza, todo. Y allí veo al gobernador. Agarré fuerzas, me levanté, y le dije:

—Buenas noches, ¿se acuerda de mí?

Y él me pregunta:

—¿Quién te hizo eso?

—¿Quién me hizo eso? Usted muy bien sabe quién me hizo eso.

—¿Pero dónde te hicieron eso?

—¿Quiere saber dónde me hicieron eso? Me hicieron esto en el cuartel, allá en la guardia.

—¿Pero no viste al que estaba encargado?

—El capitán, pero no sé quién es.

Y luego le dije:

—¿Sabes qué? Ya conmigo perdiste la confianza. Tú bien sabes que cuando tú llegas al aeropuerto, yo te abro las puertas, te saludo, te estrecho la mano. Te digo jefe. Tú perdiste la confianza conmigo ya. No es bueno lo que estás haciendo.

Y se retiró así, sin decirme nada.

Otro efectivo militar me dijo que me veía mal y que me llevaría personalmente al hospital. Pero yo no sabía que esa noche el hospital estaba intervenido, que estaban eliminando todo para no dejar evidencias. Yo le dije que lo que necesitaba era volver a mi casa. Y en eso llegó mi tío, el capitán general del sector 7, Juan Gabriel, y me dijo que él me llevaría a mi casa.

Ya de regreso a la casa vi la alcabala llena de militares. Y volví a agarrar fuerzas porque vi a mi gente, bastante gente, indígenas que estaban dispuestos a hacer cualquier cosa, algunos con arcos y flechas. Era gente de todas partes. ¡Cómo agarré fuerzas al ver a mi gente! Yo estaba tan molesto, estaba tan mal, que lo que quería era venganza. Pero no fue así. Lamentablemente no fue así.

Todavía ahí está mi ropa llena de sangre, todavía la tengo guardada, y están mis flechas también. Esa noche que llegué a la casa

empecé a bañarme. Me ardía todo el cuerpo por todo lo que me hicieron. Después llegó mi mamá, que estaba en la iglesia, y me quedé callado. Ella empezó a llorar y yo también. Me dijo que había orado por mí, lo más bonito que puede hacer una madre, pues. No sé qué habría pasado si no fuera por la oración. Todos somos cristianos, de la iglesia Adventista, que ante todo prohíbe matar.

Un año después de haber sido torturado, ¿qué le dice a usted la palabra perdón? ¿Resuena en usted esa palabra?

Allí es que voy. Después de todas las torturas que nos hicieron, por más que me hicieron, en mi oración dije: “Los perdono. Los perdono, aunque no es tan fácil, pero los perdono por lo que me hicieron”. Eso decía en la oración. Cuando mi familia me vio, ellos se molestaron. Dijeron: “Vamos para allá. Vamos a acabar con toda esa gente”, y yo llorando les decía: “Esos guardias son malos. Le meten a uno cualquier cosa para inculparlo, para desaparecerlo a uno”. Entonces me dieron una pastilla. Me quedé dormido y, al día siguiente, me llevaron para el hospital en Pacaraima [municipio brasileño a 20 kilómetros de Santa Elena de Uairén]. Me llevaron por una trocha detrás de la comunidad y que a denunciar. Pero hasta ahora veo que no ha pasado nada. Hice la denuncia en Pacaraima, donde los militares. Ellos hicieron el informe. No eran de Pacaraima, eran gente de Manaos [Brasil] que había venido para acá a interrogar a los guardias que habían escapado, los que desertaron. A ellos los entrevistaban.

¿Recuerda alguna institución, algún nombre?

No. Solo me hicieron preguntas y yo respondía. Había un coronel que estaba a cargo de mí. El trato allí fue bueno y respetuoso. Me dieron medicinas, tratamiento, todo. Estuve como dos semanas en una comunidad que le dicen Tarau [en la comunidad brasileña de Tarau Paru viven pemones desplazados por la represión militar de febrero de 2019]. Ellos pensaron que yo era un militar que se había escapado, pero les aclaré que no era militar y dónde trabajaba. Me iban a dejar allí como refugiado, pero no iba a poder salir más y eso no me gustó. “No, gracias”, les dije. Yo estaba todavía hinchado, no podía ver bien la luz por lo que me hicieron, mis ojos estaban llenos de sangre. Mi jefe, el gerente del aeropuerto, tiene las fotos. Él hizo un informe para llevarlo a Caracas. No sé si todavía lo tiene.

Me sentía mal. Decía que quería venganza. Me entraban unos pensamientos malos: “Quiero matar a tal fulano, a los verdes, a los militares”. Pero por algo pasan las cosas, por algo Dios me dejó allá, para reflexionar, para pensar. Luego de dos semanas, me vine, me escapé. Ellos me ofrecieron asilo político, pero no quise. Acá encontré a mi familia. Todo Maurak estaba como sin alma, ni una persona, todo estaba como amarillo, como si no estuviera nadie. Estuve como dos

semanas sin ir al aeropuerto y acá viene lo que es el perdón, lo que me preguntó.

Después de todo eso, yo empecé como a perdonar, así como si me estuvieran escuchando: “Te perdono, pero Dios va a agarrar la venganza por mí. Yo quiero hacer esto, pero mi religión no me lo permite”. Me tranquilé allí. Después de unos días me informaron que se había caído un avión lleno de defectivos militares. “Vamos a buscar al avión”, les dije a los muchachos. Me llevaron en la moto. Comencé a correr como un loco, en busca de la aeronave. Corrí no sé cuántos kilómetros. Salí como a las 9:00 y a las 12:00 fue que encontramos la aeronave. Los bomberos del aeropuerto ya estaban ahí. ¿Sabe cuál fue mi sorpresa? Después de haberle dicho a Dios que agarrara la venganza por mí, y ver aquella aeronave, caída, con tres muertos, le pregunté a uno de los bomberos quién era el piloto y resulta que yo lo conocía. Me acerco, veo todo llena de sangre y a dos militares muertos. Vuelvo a ver y allí estaba el que nos entregó para que nos torturaran, el de apellido Padrino. Estaba muerto.

¿Qué sintió cuando lo vio?

Yo sentí como.... No sé explicarlo. Algo como que “toma lo que te mereces”. Pero también: “Cónchale, ¿por qué?”. Era una mezcla de odio y... no sé explicar, como que Dios hace la justicia. Sentí tristeza... primero fue “toma lo que te mereces” y luego “esto no es lo que yo quería”. Pero qué más podía hacer, ya estaba muerto. Después sacaron a los heridos, a Bermúdez y a los que iban de ascenso por lo que hicieron. Así ascienden a los militares.

¿Y qué piensa de eso?

No sé, la verdad es que los efectivos militares, la policía y todos han perdido el respeto. Da lástima, pero tampoco podemos estar apoyando eso de la delincuencia, el maltrato y todo, sabiendo que están haciendo mal.

A los que estaban vivos se los llevaron en helicóptero. A los que estaban muertos... ¿Sabes lo que pasó? Los efectivos militares cargaron las maletas nada más. Y nosotros los indígenas cargamos a los muertos. Yo cargué a Padrino. Él estaba muerto, pero no lo iba a dejar así. Lo cargué, lo saqué. Aunque me hizo eso, aunque me entregó para que me torturaran, yo lo cargué. Y le volví a decir: “Te perdono. Ya estás muerto. Te perdono. No te deseé esto, pero tampoco es bueno lo que hiciste”. Los llevamos hasta el hospital para su reconocimiento. Y pudimos vengarnos con los militares que estaban ahí, pero no lo hicimos.

Ellos se figuran a los indígenas como los malos. Y en realidad eso no es lo que hacemos. Nosotros lo que queremos es proteger nuestro territorio, nuestra zona, estar en paz. Siento mucho por los que murieron en San Francisco. Y gracias a Dios que estoy acá para contar esto, lo que nos pasó, lo que nos hicieron.

A pesar de todo, todavía sigo trabajando en el aeropuerto, que está siempre lleno de militares. Cada vez que hacen alguna cosa que no deben hacer, vuelvo a activarme y pienso en hacer una locura. Pero me aguanto porque la religión no me deja. ¿Sabe qué es lo más difícil? Que los mismos que me golpearon están allí en el aeropuerto y yo sigo trabajando con ellos. Están allí y ellos me reconocen. Ellos me ven y yo los veo.

¿Ha hablado con ellos?

No... una discusión nada más fue lo que tuve con uno de ellos. Yo no tenía en mente quién era él, pero estaba haciendo una cosa que no se debe hacer y se lo reclamé. Entonces me dijo: “¿Sabes qué? Yo soy uno de los que te protegió”. “¿Protegerme de qué?, no te entiendo”. Y él me dijo: “El día que te llevaron al cuartel, te iban a matar, pero yo dije que no”. Es como si yo tenía que agradecerse, y discutimos. Le dije: “Tú te crees más fuerte con ese armamento que cargas allí. Tú te crees más fuerte porque aquí están los efectivos militares, aquí están tus cursos. Si te quieres enfrentar conmigo, quítate el uniforme, deja el armamento y vamos a enfrentarnos”. Después de ese día lo saludo normal. Es una cosa que no me explico: me molesto, quiero venganza, pero a la vez no puedo.

Volver al índice

Rebeca González de Carrasco

Madre de Juan Manuel Carrasco, joven abusado y torturado por guardias nacionales bolivarianos en 2014. Lo detuvieron el 13 de febrero junto a 11 jóvenes más en una vigilia de ciudadanos opositores en Valencia, estado Carabobo. Estuvo 2 días detenido en el Destacamento de Seguridad Urbana, donde fue violado con un fusil. Le imputaron los cargos de obstaculización de vía pública, destrozos violentos a la propiedad privada e instigación al odio, entre otros. Ya con libertad plena, el 5 de junio de 2015, se fue a España, donde ahora vive con toda su familia.

Entrevista realizada vía WhatsApp, desde Venezuela a España, el 29 de octubre de 2019

Por HEBERLIZETH GONZÁLEZ



Foto: Horacio Siciliano

¿Qué recuerda de esos días de febrero de 2014, cuando su hijo, Juan Manuel Carrasco, fue detenido?

2014... Ya no recuerdo si fue el 12 o el 13 de febrero... fue el 13 de febrero de 2014, el peor y el más doloroso año de mi vida. Fue algo terrible. Yo estaba tranquila en mi casa. Juan Manuel me pasó un mensaje como a las 10:00 de la noche y me dijo: "Mami, tranquila. Todo bien. Te amo". Yo me acosté a dormir porque siempre que hablábamos con él, se le decía: "No vas a llegar a tal hora porque es peligroso. Es preferible que te quedes en el sitio". Siempre, siempre nos estábamos comunicando, siempre Juan Manuel me daba la ubicación de dónde estaba. Cuando me levanto por la mañana y no lo veo, digo: "Cónchale, pero qué raro". Realmente me había quedado dormida y no me di cuenta. Pasa un rato, se despierta mi marido y empezamos a preocuparnos. Empecé a llamar a los amigos, a todo el mundo. Nadie me sabía dar razón de Juan Manuel, y como a las 9:00 de la mañana llaman al teléfono de mi esposo y le dicen que estaba detenido en el Destacamento de Seguridad Urbana [Desur] de la Guardia Nacional [GNB], en Tocuyito. Le dicen que le llevara unos chores, una franela y unas chancletas.

Nosotros nos sorprendimos. Nos preguntábamos por qué estaría preso. Por la cabeza nunca nos pasó la gravedad del asunto. De verdad que fue terrible. No nos dejaban verlo. Los rumores afuera eran que los tenían desnudos, que los habían golpeado, que los llenaron de gasolina, que a uno de ellos lo habían violado. En todo momento yo traté de mantener la calma, sobre todo por mi esposo, que no afloraba lo que estaba sintiendo, pero yo lo conozco y sé cómo es él, y por eso traté de mantener la calma. Fue muy duro. No nos dejaron verlo en todo el día ni dejaron entrar a los abogados. Seguían los rumores afuera de que estaban golpeándolos. Cuando ya en la tarde nos vamos, porque nos dicen que era absurdo que estuviéramos ahí porque no nos iban a dejar entrar, nos devolvemos mi marido y yo pensando en lo que íbamos a hacer porque nunca habíamos tenido problemas con la justicia.

Al llegar a Valencia me llama una amiga de Juan Manuel y me dice que la van a dejar entrar a verlo. Efectivamente ella entró, lo vio. Me habló después por teléfono y me dijo que le llevara curitas, ibuprofeno, agua oxigenada, cosas de primeros auxilios. Esa noche, por supuesto, nosotros no dormimos. En la mañana nos fuimos para allá [al Desur]. Cuando me dijeron para entrar un momentico nada más, sentí impotencia, porque es un momento en el que tú solo quieres entrarle a golpes a todo el mundo y gritar, al ver a tu hijo todo golpeado, con ojeras. Él me dijo: "Mami, por favor, sácame de aquí. Te lo suplico, te lo ruego, sácame de aquí porque nos van a matar. Eso es lo que nos dicen a cada rato, que no valemos nada. Que nos van a matar".

Al salir nos dicen que los van a trasladar a los tribunales. Nos fuimos siguiendo la camioneta de la guardia, donde los iban golpeando, [los muchachos] tenían que ir agachados. Los “ruletearon” [llevaron de un lado a otro] un rato por Valencia. De hecho, pasaron cerca de mi casa y yo pensé: “Me lo están llevando para mi casa, gracias a Dios”. No, los estaban llevando era al Cicpc [Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas], donde los reseñaron y donde, por supuesto, continuaron dándoles golpes.

A Juan Manuel lo detienen en el distribuidor El Trigal [donde ciudadanos opositores estaban haciendo una vigilia]. Creo que eran sobre las 10:00 de la noche cuando llegó la guardia disparando y con las luces de las motos apagadas. Mi hijo estaba sentado en la isla comiéndose una pasta, que les había llevado una señora para esa vigilia. Corrió hacia el carro de su amigo, con el grupo con el que andaba. Les rompieron el vidrio del carro y lanzaron una bomba hacia adentro. Los sacaron a golpes. Juan Manuel se enfrentó con un guardia porque había una muchacha a la que traían a golpe limpio y mi hijo quiso interferir para que no la siguieran golpeando y se ensañaron con él. Sacaron gasolina y rociaron el carro y decían: “Mira cómo estos estudiantes incendian el carro”. Lo incendiaron y ahí fue cuando se lo llevaron. En la vía fueron agarrando muchachos hasta un total de 12 con mi hijo. De hecho, ese caso lo llamaban “El caso de Juan Manuel Carrasco y los 11”.

Al principio usted comenta que Juan Manuel le envió un mensaje, ¿en ese momento ya él estaba detenido y lo hizo para no preocuparla, o fue antes?

Ese mensaje lo pasó muy poquito antes de que lo detuvieran. Casi enseguida fue que empezó todo lo demás.

Cuando a él lo trasladan a tribunales, usted iba detrás del carro de la guardia, ¿veía cuando los golpeaban?

Todos los padres que estábamos ahí tratamos de no perder al jeep de la guardia [de vista]. Sí vimos, cuando iban saliendo, que les daban golpes para que no levantaran la cabeza. Eso sí lo vi yo, estaban adentro del Desur. Después todos agarramos la autopista, pero nosotros íbamos directo al Palacio de Justicia, porque se suponía que los iban a llevar para allá. Ese día los estudiantes habían convocado una concentración en las puertas del Palacio de Justicia para esperar a que llegaran ellos. Nosotros llegamos y estuvimos allí prácticamente toda la mañana y no llegaban los muchachos. Pero la muchacha amiga de Juan Manuel sí los siguió por todos los rincones donde se metían. En ese momento fue que los llevaron al Cicpc para reseñarlos y al salir fueron de regreso al Desur. A última hora decidieron no llevarlos al palacio y hacerles la audiencia en el Desur.

¿Qué sentía al ver cómo golpeaban a su hijo? ¿Qué sentía al pasar por todo ese proceso cuando nunca habían tenido problemas con la justicia?

[Silencio]... Es tan terrible, la impotencia que se siente por no poder defender a tu hijo... Yo no he podido superar esto. He tratado de seguir con mi vida, pero no voy a tener paz hasta que cada uno de los que estuvieron implicados en el caso de mi hijo pague por lo que hicieron. Porque no se ha hecho justicia. Ese mismo sentimiento de impotencia y dolor que sentí en ese momento lo estoy sintiendo en este momento [durante la entrevista], porque es revivir lo que le pasó a mi hijo y que como madre estés ahí y no poder hacer nada es terrible. Yo no lo he superado. No lo he superado todavía.

¿La audiencia fue adentro del Desur? Es decir, ¿trasladaron el tribunal al Desur para hacer la audiencia?

Sí. Tengo entendido que fue en un espacio como en el comedor, cocina, algo así. No empezó sino como a las 5:00 de la tarde y finalizó a las 5:00 de la mañana.

¿En qué terminó esa audiencia? ¿Fue en presencia solo de los abogados o estuvieron también los familiares?

Él salió de ahí con arresto domiciliario. Al otro día, creo que fue domingo, 14 o 15 de febrero, lo trasladaron a mi casa fuertemente custodiado. Dos guardias subieron para dejarlo adentro de la casa.

Durante su detención, abusaron de su hijo. ¿Los guardias que cometieron el abuso fueron identificados? De ser así, ¿qué pasó con ellos?

Los guardias fueron identificados plenamente. Yo tengo los nombres de todos ellos. Con ellos no ha pasado absolutamente nada. Mi esposo y yo siempre apoyamos a Juan Manuel yendo a las audiencias y, a cada audiencia que se fue, iba el sargento [Luis Alejandro] Blanco [Cedeño], que fue quien cometió la violación con el fusil. Bastante se dijo que era mentira, pero yo tengo los exámenes médico-forenses, tanto del hospital como del médico que vino de Caracas a la clínica La Viña en Valencia, quien certificó la violación.

¿Si usted hoy ve al sargento Blanco, qué le diría? ¿Lo perdonaría?

¿Perdonarlos yo? No los perdonaría. Yo nunca los voy a perdonar. No podría, no puedo. Que los perdone Dios, yo no puedo. Se me hace imposible. Mira, no sé, ahorita estoy en otras circunstancias, en otro país, no sé si de repente ese tipo se presenta aquí y, si me lo tropiezo, yo creo que aquí sí iría presa porque le entraría a golpes. No

sé, creo que sería capaz de una locura porque no puede ser que hagan tanto daño y quede impune, que después anden por ahí paseándose de lo más divino y uno aquí tragándose su dolor y su impotencia.

¿Usted cree que ha habido justicia en algún punto de las agresiones y abuso contra Juan Manuel?

No se ha hecho justicia en nada, eso se quedó así. Hay muchas cosas, son muchas cosas... y yo tengo mucho que agradecerle a la doctora Jenni Gutiérrez, que es tremenda penalista, pero es ella. Con respecto al Foro Penal [organización de derechos que apoya a los presos políticos], nada que ver. Esta es una historia larga, hay muchos intereses de por medio. A ellos tampoco les interesaba la libertad plena de mi hijo y no, no se ha hecho justicia. Lo que ha habido es abuso y más abuso.

Cuando se hablaba en las puertas del Desur de la agresión contra los muchachos y que aparentemente habían violado a uno de ellos, ¿qué sentía usted, cuál era su temor o qué se preguntaba?

Yo lo que hacía era orar y repetir mi mantra. Negar. No aceptar que estaba pasando eso, orar porque todo fuera mentira. Yo hablaba con las otras mamás y les decía: "No se dejen llevar por rumores. Eso no puede ser". Yo no quería aceptar. Me negaba a aceptar que eso estuviese sucediendo.

¿En ese momento hubo alguna denuncia ante la Fiscalía de Derechos Fundamentales? ¿Hubo, al menos, un indicio de alguna investigación en contra de los funcionarios?

Sí. De hecho, mi casa vivía llena de fiscales, [había funcionarios del] Sebin [Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional] en las puertas de mi casa, hasta el 5 de junio de 2015 que monté a Juan Manuel en un avión y más nunca se presentaron en mi casa. Se demandó, se hicieron escritos, pero nunca se llegó a nada, eso se quedó así. Más bien le alargaron la medida cautelar a mi hijo por un año más.

Cinco años después, además de comprobar que Juan Manuel fue abusado, ¿sigue sin aceptar lo que pasó?

Sí, ahora lo acepto. Estoy consciente de todo lo que sucedió. Pero en ese momento que no tenía conocimiento, que no sabía si era verdad o mentira, hasta que vi a mi hijo... Cuando más tomé conciencia fue cuando la doctora Jenni Gutiérrez llegó formando un zaperoco porque habían filtrado por las redes sociales que a uno de los muchachos lo habían violado, pero a mí lo que menos me pasó por la cabeza es que había sido al hijo mío. Cuando estoy en mi casa llega Luis Armando Betancourt [coordinador del Foro Penal en Carabobo], quien es hijo de Jenni Gutiérrez, con su laptop y le dice que tiene que dar una

entrevista a NTN24, porque esa era la única manera de que él [Juan Manuel] como ciudadano español se pudiera proteger. Yo estaba en shock. Me entero después que él da la entrevista que, por cierto, fue la última noche que NTN24 transmitió en Venezuela. Ahí fue que él contó y yo me enteré de lo que le había sucedido porque a mí no me había dicho nada. Y quien había filtrado la información sobre la violación de Juan Manuel había sido el mismo Luis Armando. La doctora Jenni Gutiérrez temía por su hijo, entonces Juan Manuel sí o sí tenía que declarar para respaldar esa versión de Luis Armando.

¿Entonces usted se entera de todo en el momento que Juan Manuel estaba dando la entrevista al canal colombiano?

Sí, esa misma noche me enteré. Yo sabía que estaba sumamente golpeado, que estaba vomitando y evacuando sangre, pero fueron tantas las cosas que pasaron en esos días que no me esperaba nada. Creía que era imposible que hubiera gente tan mala y unas Fuerzas Armadas que antes se respetaban y nos hacía sentir protegidos, y que ahora lo que dan es terror.

A Juan Manuel le imputaron los cargos de obstaculización de vía pública, destrozos violentos a la propiedad privada e instigación al odio, entre otros. ¿Ya lo habían absuelto cuando salió de Venezuela o aún tenía prohibición de salida del país? ¿Cuándo se marchó usted se sintió sola, o tranquila, tomando en cuenta que, además, es su hijo menor?

En marzo de 2014 yo fui a Caracas a entregar unos escritos al Ministerio de la Defensa, a la Defensoría [del Pueblo] y Fiscalía General de la República. Ese día, Juan Manuel iba muy desesperado por la calle. Estaba muy molesto y me amenazaba con que si no le daban la libertad él se iba a asilar en una embajada; justamente en la de Estados Unidos porque nos estábamos quedando en Santa Fe, en casa de mi prima, cerca de esa embajada. Yo recuerdo que en plena avenida Urdaneta le dije: "Juan Manuel, de aquí a un mes yo te saco del país, pero tú vas a salir por la puerta grande, por el aeropuerto internacional de Maiquetía, porque tú no eres ningún delincuente". Y él en su desesperación me dijo que me daba un mes. Yo entré a la fiscalía a entregar la denuncia. Esta tenía que entregarla Juan Manuel porque estaba firmada por él, pero mi hijo no quiso entrar ni acercarse a la fiscalía porque ahí había muchos guardias nacionales. Entré y pregunté cómo podía hacer para que la fiscal me recibiera. Me dieron una hoja blanca porque lo tenía que pasar por escrito, y ahí, con mi puño y letra, hice la solicitud de audiencia. Cuando la fui a entregar le pregunté al funcionario si realmente la fiscal me iba a recibir y me respondió que eso lo pasaban al despacho y me asignaban fiscal. Yo le contesté: "No, a mí no me interesa que me asignen a un fiscal. Yo quiero una audiencia con la

propia fiscal [general de la República], con ella es que quiero hablar". Y me dijeron que lo pusiera en el escrito. Mi sorpresa fue que unos cuatro días después me llaman de Caracas para decirme que me estaban dando la audiencia con la fiscal para el 12 de marzo, o sea, una semana después. Me presenté. Yo me quedé sorprendidísima. Le expliqué el caso a Luisa Ortega Díaz, el caso que ella misma había negado en televisión, había dicho que era mentira. Pero ahí lo asumió, durante la conversación que duró unos 40 minutos. Me dijo que me quedara tranquila. Que la fiscalía no estaba acusando, que ella no entendía qué era lo que estaba pasando, que había separación de poderes y, bueno, todas las cosas que ellos dicen. Eso fue el jueves. Y el lunes empieza a llamarme mi prima de Caracas para decirme que estaban hablando de mi hijo en una entrevista por radio porque el Foro Penal se había molestado terriblemente. Me trataron feo, me dijeron que yo no podía ir sola [a la fiscalía], que yo no era abogado, que había que avisarle a Alfredo Romero [director ejecutivo del Foro Penal], a Luis Armando [coordinador del Foro Penal en Carabobo], que todos tenían que ir a la audiencia, y les dije: "Discúlpame, pero yo pedí la audiencia como la mamá de Juan Manuel Carrasco y como la mamá de Juan Manuel es que me están dando la audiencia. A la fiscal le dije que yo no soy abogado, pero soy la mamá de Juan Manuel y por eso iba a hablar con ella, para exigir la libertad plena de mi hijo. Que necesitaba sacarlo del país por su seguridad, pero no por los caminos verdes, que él tenía que salir con dignidad.

Total, que ahí estuvimos conversando y una semana después me llaman de la Fiscalía General de la República, la asistente de la doctora Luisa Ortega, y me dice que ya mi hijo estaba en libertad. De hecho, a través de ellos mismos y de la Defensoría del Pueblo, hicieron los trámites para eliminar todo en el Cicpc. También me dieron un número de teléfono para llamar a la Defensoría en caso de emergencia cuando estuviésemos en Maiquetía. El esposo de mi prima, que es general retirado, buscó a Juan Manuel en mi casa, en Valencia, y lo acompañó al aeropuerto, sin identificarse ni nada, hasta que lo montó en un avión. En ese momento sentí que mi corazón se desgarró porque me estaba separando, sí, de mi hijo más pequeño, y a quien volví a ver hasta junio de 2018.

Después usted se fue a España. ¿Cómo fue ese reencuentro?

Yo no tuve paz hasta que el avión despegó, cuando se fue Juan Manuel. Es sentir que te arrancan el alma del cuerpo, es sentir que tu hijo no estaba emocionalmente bien. Yo sentía que él me necesitaba. De hecho, él vivía era pegado a mí y a su papá. Yo pensaba que no estaba preparado para venirse [a España] solo. Tenía que estar en tratamiento psiquiátrico. Se fue a Málaga, donde estaban sus hermanas, y no se adaptó, se vino a Madrid y le tocó dormir en plazas. Para mí eso

era horrible. Le pasaron muchas cosas. Yo me quedé muy mal, pero afortunadamente cuento con la suerte de tener amigas del alma y una de ellas, que vive en Valera, estaba en Valencia y me insistió en que me fuera con ella a Valera y allá estuve 15 días. Fue como una terapia, fue un descanso físico que tuve. Con Juan Manuel hablaba todos los días. Empezó a trabajar como bartender. Salía de madrugada para la habitación que había alquilado y se iba por todo el camino hablando por teléfono conmigo hasta llegar. Me indicaba, “voy por Plaza Mayor, por no sé dónde”, hasta que llegaba. Eso era todos los días del mundo. Me llamaba en la mañana, a mediodía, en la noche. A veces lloraba, a veces se reía. Bueno, pasaron tantas cosas.

Luego, en Venezuela quedé sola porque mi esposo se vino en febrero. Cuando yo llegué aquí, había pasado tanto tiempo sin ver a mis hijos, que reencontrarme con mi familia, ver a mi niño chiquito... aunque ya él se casó y todo, para mí seguirá siendo mi niño chiquito, el payasito de la casa, mi loquito... Fue algo increíble. Estar con mis hijos, poderlos abrazar. Pero fue algo muy duro. No es fácil salir de mi país y traerme mi vida entera en una maleta. No es fácil.

Volver al índice

Victoria Marulanda

Hija del médico cirujano José Alberto Marulanda, torturado en la Dirección General de Contrainteligencia Militar y actualmente preso en la cárcel militar de Ramo Verde. Su familia no supo de él por 5 días, desde que fue detenido el 19 de mayo de 2018. Se le relaciona con la capitana de navío en situación de reitro, Emmy Da Costa Vanegas, a quien se le señala de estar vinculada con el coronel retirado Oswaldo García Palomo, acusado, entre otras cosas, de participar en un supuesto atentado contra Nicolás Maduro durante un acto de la Guardia Nacional Bolivariana, en la avenida Bolívar de Caracas, el 4 de agosto de 2018. Victoria Marulanda tiene 20 años y estudia en la Universidad Metropolitana.

Entrevista realizada en Caracas, el 17 de febrero de 2020

Por RAYLÍ LUJÁN



Foto: Rodolfo Churión

¿Qué sucedió con tu papá, el doctor José Alberto Marulanda, preso en Ramo Verde por traición a la patria e instigación a la rebelión?

Mis padres tienen un tiempo divorciados, así que mi papá no vivía con nosotros [cuando lo detienen]. Él tenía una novia para el momento en que se lo llevan preso. Ella es militar de la Armada, capitana de navío en situación de retiro [se refiere a Emmy Da Costa Vanegas, una excompañera de colegio de su papá, con quien se reencontró ya de adulto e inició una relación. A Da Costa se le vincula con el coronel retirado Oswaldo García Palomo, señalado de supuestos intentos de golpe contra Nicolás Maduro y de un supuesto intento de magnicidio, durante un acto en la avenida Bolívar de Caracas, el 4 de agosto de 2018. Medios de comunicación informaron de la detención de Da Costa el 18 de mayo de 2018, y el diputado Edgar Zambrano, a nombre de la Comisión Permanente de Defensa y Seguridad de la Asamblea Nacional, se pronunció sobre el 2 de julio siguiente, solicitando el esclarecimiento del caso. Luego trascendió que la capitana de navío había huido a Colombia].

A mi papá se lo llevan del apartamento de ella en el Alto Hatillo [al este de Caracas] y yo me vengo a enterar es al día siguiente, el 20 de mayo [de 2018]. Estaba en la universidad, un día en el que había elecciones, y me enteré por un tuit de Patricia Poleo con los datos de mi papá, diciendo que lo habían secuestrado, en horas de la madrugada, funcionarios de la Dirección General de Contrainteligencia Militar (Dgcim). Como yo no vivía con mi papá, no lo llamaba todo el tiempo, pero sí le escribía. Intentamos ponernos en contacto con él, comencé a llamarlo e incluso mis primos se intentaron acercar al apartamento [de Emmy Da Costa], allá en el Alto Hatillo, y no hubo manera de comunicarnos con mi papá. Ahí fue cuando nosotros hicimos la denuncia con el Foro Penal. De la familia de mi papá, acá en Venezuela quedan dos hermanas de él que son bastante mayores y mis primos que están todos como regados, así aquí en Caracas no había mucha gente. Como la información la había sacado Patricia Poleo [periodista venezolana radicada en Estados Unidos], nosotros intentamos ponernos en contacto con ella para ver si nos podía decir al menos dónde estaba mi papá. Él no había aparecido, no había llamado, o sea, estaba secuestrado totalmente.

¿Cuántas horas estuvieron así?

No supimos de él por aproximadamente 5 días y pude verlo casi un mes después. Mi tía se comunicó con Patricia [Poleo] y ella le dijo que mi papá estaba en la sede de la Dgcim en Boleíta. Yo me acerco con mi primo y sale un funcionario de la parte de investigación, me pide los datos de mi papá y hace una llamada que no duró ni dos minutos, y

cuando regresa me dice que en el departamento de investigación, que era a donde se habían llevado a las personas por recientes detenciones, no estaba mi papá, pero que como la Dgcim era demasiado grande, él no me podía asegurar que mi papá estuviera en algún otro departamento. Me dijo que podían pasar entre 24 y 48 horas sin que yo supiera de mi papá porque esos eran los procedimientos y que cuando mi papá estuviera listo, él se iba a poner en contacto conmigo.

¿Tú dejaste tus datos?

No, ellos no me pidieron datos. Es más, para que saliera un funcionario a atenderme, fue todo un tema. Allí en la entrada de la Dgcim había una patrulla de algún componente de la Fuerza Armada con funcionarios armados. Ellos se ponen agresivos, no te quieren decir muchas cosas y para que salga un funcionario a hablarte, tienes que pedirles el favor. No me pidieron datos ni nada, solo me dijeron que mi papá seguramente se acordaría del número telefónico de alguno de nosotros y que él nos llamaría.

También fuimos a Fuerte Tiuna porque nos dijeron que podía estar allí detenido, pero salieron unos funcionarios también a decirme que mi papá no estaba allí. Pasa el domingo, pasa el lunes, pasa el martes, y el miércoles yo recibo una llamada de mi papá diciéndome que lo habían secuestrado, que él era inocente. Estaba llorando. La llamada la recibí estando aquí en la universidad. Tenía ya 5 días sin saber de mi papá.

¿Qué sentiste cuando recibiste esa llamada?

A mí se me vino el mundo abajo. Aparte de que yo siempre he sido una niña muy dependiente de mis papás.

¿Eres hija única?

No, somos tres. Yo soy la mayor de tres. Mis hermanos son más chiquitos. Mis papás siempre han estado conmigo. Yo tengo un problema y llamo a mi papá. O sea, ellos siempre están ahí y mi papá, de la nada, desapareció. No dejó nada, nada escrito, no sabía dónde estaba mi papá. Se llevaron todas sus cosas, su teléfono, su computadora. Cuando lo llamamos, nosotros veíamos que el teléfono se conectaba y mi hermana le escribía: "Papá, ¿dónde estás?" y evidentemente no recibíamos ninguna respuesta. Estaban registrando el teléfono y no había manera de que contestaran. Cuando yo recibo la llamada de mi papá, él me dice que está en la Dgcim, que se lo llevaron, que él no tenía nada que ver [con lo que se le acusaba], que era inocente y que no me preocupara. Ahí se acabó la llamada.

¿Te dio oportunidad de decirle algo?

Le dije... No me acuerdo mucho. Bueno, nada, yo me puse a llorar. No me acuerdo mucho, solo que mi papá me dijo esas tres cosas puntuales. Me dijo que estuviera pendiente del teléfono. Pasó un tiempo y vuelvo a recibir una llamada. No te sé decir, es que los días se me pasan...

¿Ya ustedes estaban siendo asesorados por el Foro Penal?

Sí. Y ya sabíamos que estaba en la Dgcim, ya teníamos la asesoría penal, ya más o menos nos decían qué hacer, qué esperar: esto es totalmente nuevo para mí. Mi papá nunca fue político, es un médico, yo estudié ingeniería, en mi familia no hay políticos. Esto era algo totalmente nuevo para mí, la cárcel de Ramo Verde era... y la Dgcim... un sitio que ni siquiera sabía que existía. Él me vuelve a llamar y me dice que se lo van a llevar para el Cicpc [Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas] para tomarle las huellas. Y lo presentan en tribunales militares la semana siguiente. Nosotros no tuvimos acceso a mi papá, allí solo entran los abogados y mi papá ahí denunció las torturas que había recibido y lo declaran culpable, con sede de detención en Ramo Verde [cárcel militar cercana a Caracas].

¿Ustedes tuvieron acceso a la información sobre las torturas?

Por medio de los abogados, porque nosotros no pudimos ver a mi papá, ese día no dejaron que nosotros lo viéramos ni que le entregáramos comida. Eso fue en Fuerte Tiuna. Ese día, a él lo llevaron de la Dgcim, lo presentaron, [lo declararon] culpable, lo metieron en un carro y de ahí para Ramo Verde. No vimos a mi papá.

¿Luego ustedes conocieron por él mismo de las torturas que sufrió?

Yo veo a mi papá un mes después en Ramo Verde. La presentación fue un viernes y yo fui el sábado a llevarle las cosas. Los abogados ya me habían avisado que ellos tenían un régimen de aislamiento de 15 días a un mes. Ya aquí habían pasado dos semanas y logro pasar a verlo. En ese momento solo dejaban pasar a familiares directos: esposos, papás, hermanos e hijos. Las hermanas de mi papá son señoras mayores, él es el menor de siete hijos y, como ya dije, las que están aquí son las dos mayores, así que ellas no fueron. Los sobrinos de mi papá me acompañaron pero no pudieron entrar por no ser familiares directos. Solo me dejaron entregar una bolsa, un morral con su ropa, un suéter y algo de comida. Eso fue lo que me recibieron. Nosotros fuimos el viernes, el sábado y el domingo. Le llevamos las cosas, y así fue por tres semanas más. Recibí una llamada de funcionarios de Ramo Verde para decirme que ya mi papá tenía acceso a las visitas. Como mis hermanos son pequeños, de 18 y 13 años, pero para el momento yo era la única mayor de edad, era la que podía entrar.

Entré a Ramo Verde, recuerdo que para el momento no te dejaban entrar con zarcillos, te revisan, ellos son bastante fastidiosos con la requisita, depende de cómo estén de humor.

En Ramo Verde hay dos anexos. Mi papá al principio estuvo en el anexo B, que tiene como una salita con muchas mesas de piedra y un pasillo largo con unas escaleras por donde ellos bajan de la celda. Ese día me dicen: "Ya tu papá viene". Me levanto y cuando mi papá viene por las escaleras veo que traía una bolsa de ropa. Le habían quitado la barba, tenía el pelo súper cortico y los cachetes caídos. Apenas me vio se puso a llorar. Yo había visto llorar a mi papá poquitas veces en mi vida y mis tías me habían dicho que no me pusiera a llorar, que no llorara y yo fui así: "No puedo llorar, no puedo llorar"...

¿Y lloraste?

No, lloré cuando salí. Es que... Ese día él estaba súper paranoico. No contó nada, hablaba con la mano en la boca, estaba como atormentado, me dijo que él en algún momento me iba a contar todo lo que había pasado, que lo importante era que nosotras supiéramos que él era inocente, que él no tenía nada que ver [con lo que se le atribuía] y que él no nos había hecho esto a nosotras, que él había conocido al monstruo desde adentro y que esto era muy horrible y que tenía que tener cuidado. Pasa el tiempo, yo salgo de la visita, él me entrega sus cosas, yo le entrego las que le había llevado, y ya ahí comenzamos a tener acceso regular a las visitas.

Desde entonces, ¿ustedes han sufrido persecuciones?

Personalmente, no he sufrido persecuciones. A mí nadie me ha venido a buscar, nunca me han llegado a la casa de mi mamá, donde vivo con mis hermanos. Cuando mi papá estuvo desaparecido, yo no podía recibir llamadas en mi teléfono porque la señal era como... a mí me explicaron en algún momento que ellos interceptaban los teléfonos, me hacían llamadas por teléfono normal y se escuchaba todo de fondo o como cuando están dándole con una bolsita al teléfono; pero, como te digo, no sufrí ningún tipo de persecución más allá de que mi papá estaba preso.

El tiempo fue pasando y mi papá se fue abriendo. Al principio él escribía muchas cartas y nos las daba a escondidas porque a él le daba mucho miedo hablar y que vieran que él estaba hablando y contando, y así fue que nos fuimos enterando de todo [Al final se agrega la transcripción de una de las cartas].

¿Tú sentías que tu papá se había convertido en una persona diferente?

Mi papá cambió. Mi papá era un hombre súper fuerte, súper formado, era un hombre echador de bromas, y el papá que conozco estando en Ramo Verde, es una persona totalmente inestable. Tú no le puedes decir nada sin que se ponga a llorar, son como arranques de rabia... Es otra persona totalmente. En cuanto a la parte física, a mi papá le hicieron dos fracturas en las muñecas, en los tendones, ya con el tiempo ha logrado adquirir su movilidad pero él dice que eso es algo que ellos dañaron, que eso ya no se puede recuperar, él [es cirujano de manos y] sabe más del tema que yo.

¿Él podrá, después de eso, ejercer su carrera nuevamente?

Él dice que como él es cirujano y trabaja tanto con las manos, el detalle está en la movilidad. Él ha ido adquiriéndola, pero no puede hacer fuerza, no puede levantar una mesa como podía antes. Pero, poco a poco, él va... En la parte psicológica, mi papá es otra persona totalmente. Previo a entrar preso, mis papás habían tenido un proceso con psicólogos por el tema del divorcio, pero nada que ver, mi papá es una persona que tú vas un día a verlo y puede estar acostado en una cama, postrado, habla de quitarse la vida, que su vida ha perdido el sentido...

¿Cómo enfrentan ustedes esa situación?

Nosotros vamos un día a la vez. Mis hermanos son más pequeños, pero tenemos el apoyo de nuestra familia. Creo que cuando uno cae en estas situaciones, uno va como con la corriente, no te das cuenta de en qué momento lo haces si no que vas como en automático. A nosotros nos ha tocado asumir responsabilidades que no pensé que iba a asumir. Como ya dije, mis papás siempre estuvieron allí para mí y, de un momento a otro, mi papá, que era quien mantenía económicamente mi casa, la dejó de mantener porque no está trabajando. Quien hacía los pagos y manejaba todas las cosas, desapareció, y es algo que vamos aprendiendo [a manejar] poco a poco como familia.

¿Crees que tú también cambiaste?

Sí. Eso que dicen de que la vida te cambia en un segundo, te das un trancazo y te toca como reanalizar todo y ver las cosas desde un punto de vista diferente...

Te ves muy fuerte... ¿Cómo haces para encontrar esa fuerza?

Como digo, uno va como en automático. También he conocido personas en todo este proceso, que yo digo, ok, estamos así, pero hay personas que están peor. He conocido personas que realmente no sé dónde les cabe tanta fortaleza, familias que veo, que tienen presos,

como los policías metropolitanos que tienen 12, 13 años presos. Y yo digo, guao.

¿Tú misma te has encargado de denunciar la situación de tu papá ante organismos internacionales?

Sí. Nosotros, con el Foro Penal que nos acompaña. Pero yo tuve la oportunidad de hablar aquí con [Michelle] Bachelet [alta comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos]. Vino para la universidad y tuve la oportunidad de hablar con ella, le entregamos el expediente de mi papá. Dos ocasiones diferentes tuve la oportunidad de hablar con los comisionados de los derechos humanos, los representantes de Bachelet acá, de la Comisión Interamericana de los Derechos Humanos. [El caso] mi papá está en la Corte Internacional... allí estamos...

¿Cuál es el estatus legal del caso de tu padre? ¿En qué fase está el juicio?

El juicio no ha iniciado. No tiene fecha de inicio. Hubo una audiencia preliminar en la que determinaron que continuaba a juicio con privativa de libertad. Esa audiencia había sido diferida cuatro veces, a la quinta fue que se realizó.

¿Cuál es tu mayor temor con respecto a la situación de tu papá?

Que se quede ahí [preso]. Temo mucho por su salud, cuando tú ves a una persona tan inestable... Yo pensaba que conocía a mi papá, pero su comportamiento es tan impredecible, te puedo decir que ayer lo vi bien, con ánimos, y luego lo veo al fin de semana siguiente y dice que no se quiere parar, que esto no tiene sentido, que él lo que quiere es que esto se termine. Ese es mi mayor miedo, temo por la salud de mi papá y porque él se quede ahí. Una vez, cuando todo esto empezó, él me dijo que el mayor miedo de los presos políticos es que los olviden, y uno como familia lo escucha la primera vez y dice: "Que los olviden no me importa tanto", pero cuando pasa el tiempo y te das cuenta lo que se va sumando y que realmente a nadie le importa... Yo estudio en una universidad privada, donde todo el mundo vive como en su mundo, y cada quien tiene sus cosas. Yo no digo que no, pero la gente se olvida y los presos políticos pasan como por debajo de la mesa. Entonces, esas son las cosas que a mí y a mi familia nos dan mucho miedo. La salud de mi papá y que él se quede allí.

¿Cuántos años tienes tú?

20.

Cuando te toca hablar con tus hermanos al respecto, ¿cómo lo enfrentas?

Mi hermana es súper madura también. A mí me agarró esto justo cuando tenía 18 y ella todavía era menor, tenía 16, a punto de cumplir 17. Entonces, juntas, llevamos las cosas bastante equitativas. Con mi hermano, ese es un tema diferente. Él tiene mucho resentimiento con el país, tampoco entiende por qué pasan las cosas. Él es un niño muy fuerte, muy inteligente, todo un señor, pero le ha tocado muy duro. No entiende muchas cosas, y él no va a ver a mi papá tantas veces como podemos ir nosotras, también porque le da mucha rabia. Él no puede ver a un militar porque explota. Esa impotencia de no poder hacer nada, de ir a ver a la persona encerrada.

¿A ti te da rabia?

Me da demasiado dolor. Cada vez que tengo que despedirme y tomar esa bajada de Ramo Verde que es bien larga y lo ves ahí paradito, también me da mucha rabia.

¿Tú crees que tenga cabida el perdón en el caso de tu papá?

Yo no los perdonaría. Esto no tiene perdón. También he escuchado que todo pasa por algo. Yo vengo de un colegio del Opus Dei, entonces somos súper católicos. Creo que el tiempo sana las heridas y capaz en otro momento digo que los puedo perdonar, pero sí puedo decir que una cosa es perdonar y otra cosa es olvidar. Este gobierno a mí me cambió la vida por completo. Me la destruyeron. Si ya la situación podía ser complicada por el divorcio de mis papás, me terminaron de destruir la familia y para mí eso es algo que nunca voy a olvidar. Para mí, mi vida es un antes y un después del tuit de Patricia Poleo.

¿Te imaginaste vivir algo así?

Jamás. Como dije, nuestra participación en la política podía ser ir a una marcha o hablar. Mi papá es una persona súper culta, le encanta la economía, pero su pasión en la vida es ser médico y no es algo que en mi cabeza cabía que pudiese pasar y que iba a tener que ir para allá [a la cárcel militar de Ramo Verde].

¿Tus tías están tan fuertes como tú?

Sí, son bastante fuertes. Les pega un poco más, porque mi papá es como un hijo para ellas. Dicen que el que más hizo en su vida es al que le tocó la cárcel. Todos tenemos nuestros días buenos, nuestros días malos, pero ahí vamos. No me puedo quejar, tengo una familia bastante fuerte y ahí vamos todos juntos esperando alcanzar la libertad de mi papá en algún momento.

Volver al índice

Yolibeth Colmenarez

Abogada detenida, junto a 7 personas más, durante una protesta estudiantil en el estado Barinas, el 11 de mayo de 2017. Fue golpeada simultáneamente por tres funcionarios de la Policía de Barinas, encerrada en una tanqueta con humo dentro y, ya en la sede de la comandancia, le vaciaron orine en sus genitales produciéndole una severa infección. Un mes después, un tribunal militar emite una nueva orden de aprehensión bajo los cargos de ataque al centinela y extracción de armamento militar, entre otros. Es detenida nuevamente, golpeada y torturada psicológicamente por funcionarios del Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional. Todavía hoy, con 26 años, continúa bajo régimen de presentación.

Entrevistas realizadas en Barinas, el 19 de noviembre de 2019 y el 17 de febrero de 2020

Por MARIEVA FERMÍN



Foto: Marieva Fermín

¿Qué recuerda del 11 de mayo de 2017?

Ese día nos habíamos puesto de acuerdo una cantidad de compañeros, estudiantes todos, para hacer una marcha estudiantil y juvenil simbólica, por la migración de nuestros jóvenes. Teníamos la necesidad de expresar que ya estábamos cansados de que a nuestra juventud la estuviera consumiendo un país que se estaba desmoronando, jóvenes que no teníamos ninguna intención de irnos del país, que queríamos seguir luchando aquí en nuestra tierra. Recuerdo que había un representante reconocido de todas las universidades que hay aquí en Barinas y habíamos planificado que todo iba a ser pacíficamente. De hecho, nosotros llegamos al punto, en la avenida Adonay Parra, creo, y quedamos en que no íbamos a participar en ningún tipo de pelea ni manifestarnos en contra de la policía ni nada, sino que lo nuestro iba a ser netamente simbólico.

Resulta que ese día, en el momento en que llegamos, estábamos hablando con los muchachos, expresándoles que necesitábamos seguir luchando por nuestro país, y en una de esas, de la parte donde está el mirador de Don Samuel, sale un grupo de policías del estado Barinas. Nos agarraron por sorpresa porque ninguno sabía que [los policías] estaban allí escondidos. Cuando nosotros llegamos no había nadie y salieron de sorpresa a agarrarnos. Cuando ellos salen, vemos que desde la Ciudad Deportiva viene bajando una tanqueta y ahí fue el momento en que ocurrió todo.

¿Cómo la agarran a usted?

Nosotros estábamos justamente en el semáforo cuando vemos que viene la tanqueta bajando de la Ciudad Deportiva. También venía subiendo una cantidad grande de policías por donde está la canal, que salían del monte. Estaban escondidos, nosotros no sabíamos que había gente ahí. Mi instinto fue salir corriendo. Justamente, frente a Don Samuel, hay una urbanización que se llama Campo Mobil, con un portón que era muy fácil saltarlo. Mi instinto fue salir corriendo y saltar ese portón, pero, en el momento en que yo salgo corriendo, veo que un policía bastante corpulento está apuntando a un niño. Bueno, para mí era un niño, pues cargaba un uniforme marrón [que en Venezuela usan los estudiantes de educación media]. Lo estaba apuntando a quemarropa con un arma de esas que lanza perdigones, y mi reacción, ni lo pensé ni nada, fue agarrar un palo y lanzárselo al policía. Pues sí, gracias a Dios que el muchacho salió [ilesos]. Pero en una de esas, cuando voy corriendo mirando hacia atrás, me estaba esperando una femenina de la policía con un escudo y, obviamente, en el momento en que tropiezo con ella, caigo al suelo. Ahí me agarraron, me agarró ella y empezó a darme golpes y... yo no sé, ese fue un momento en que a

mí no me pasó nada por la cabeza. Lo único que pensé fue: bueno, ya me agarraron, vamos a entrar.

¿No se defendió?

¡Claro! En el momento que me agarró, yo dije “ya qué, ya me agarró”. Empezó a halarme el cabello. Pero cuando me da por la cara me molesto. “¡Cónchale!, si ya me agarraste, o sea, mantente tranquila”, pero me da por la cara, me molesté y ahí empezamos el forcejeo. Nos dimos unos golpes. Ella soltó por un momento algo que cargaba en las manos, no recuerdo qué era. Lo soltó y empezamos a darnos golpes. Y cuando ya más o menos siento que me estoy soltando, se me acercan dos más, dos funcionarios; no recuerdo que hayan sido masculinos, pero sí sé que fueron dos más. Entre los tres me agarraron, me lanzaron al suelo y empezaron a darme golpes. En una de esas, como no podían neutralizarme para que me quedara tranquila, vino una y me lanzó contra el suelo, boca abajo, y se me paró con fuerza sobre la rodilla estando yo boca abajo, de manera que yo me aquietara, pero fue un forcejeo fuerte.

Ahí la detienen. ¿Cuántos más quedaron detenidos con usted?

Éramos ocho personas, dos menores de edad y seis entre mis compañeros y yo, compañeros de mi grupo político, activistas de siempre de varios partidos.

Se han escuchado muchas versiones sobre su detención. Dicen que cuando los montaron en la tanqueta los desvistieron y les lanzaron una bomba lacrimógena dentro. ¿Qué hay de cierto en todo eso?

Sí. En el momento que nos agarran a los ocho, efectivamente nos montan [en la tanqueta] y cierran la puerta. Yo lo único que logro ver es que el funcionario que se para en la puerta abre una especie de cilindro de donde sale un humo, abre y lo echa en un papel y lo enrolla y lo prende. No entendía por qué, pero luego, investigando, me dicen que es porque el humo sale más espeso. Efectivamente, nos mandan a quitar la ropa. A mí no me la mandan a quitar porque yo era la única mujer, pero al resto de los muchachos sí. Quedaron solamente en ropa interior y es cuando prenden el papel.

¿Incluidos los dos menores de edad?

Incluidos los dos menores de edad, que de hecho estaban bastante golpeados porque les dieron con el arma de reglamento en la cabeza, a uno de ellos le dieron. Entonces prenden el papel y sale el humo espeso. No nos veíamos incluso estando tan cerquita. Nos encerraron completamente a nosotros solos dentro de la tanqueta. Los funcionarios que estaban, el chofer y el copiloto, se bajaron y cerraron

las puertas y nos encerraron ahí. Estuvimos como cinco o seis minutos ahí encerrados y después abrieron las ventanas.

¿Era gas pimienta?

Sí, gas pimienta... No, después de eso fue que nos echaron gas pimienta dentro la misma tanqueta.

¿Qué les decían?

Aparte del montón de groserías, que éramos unos sinvergüenzas, que cómo íbamos a estar manifestando, que nos quedáramos en nuestras casas durmiendo o trabajando, o siendo parásitos de este país, bueno, decían cuanta cosa o cuanta grosería se les ocurría, y amenazas como “cuando lleguen a la comandancia nos la van a pagar”, “aquí no les podemos hacer nada porque hay mucha gente”, “allá van a saber lo que es bueno”, “van a sufrir todo este tiempo que estén encerrados”, “no van a volver a salir en su vida”, un millón de cosas más.

¿En qué los llevan para la policía, en la misma tanqueta?

En la misma tanqueta, nos trasladaron hasta allá y nos bajaron por la parte del frente. Tengo entendido que para bajar en la policía te pasan es por la parte de atrás, pero nos bajaron por la parte del frente y, mientras nos estaban bajando, nos daban con los cascos. Ese es el momento en que nos sientan en el patio, en pleno rayo de sol.

¿A qué hora ocurrió la detención?

Eso fue como a las 3:00 de la tarde, entre 3:00 y 4:00 de la tarde fue la detención, y luego nos llevan hasta la policía. Estuvimos un rato largo en el parque, en el patio central, sentados, esperando que llegara el Sebin [Servicio Bolivariano de Inteligencia Nacional], porque nos hicieron reseñas en todos los organismos de seguridad que existen en este país y nos hicieron el respectivo chequeo médico, aunque en realidad no hicieron ningún chequeo porque lo que hicieron fue revisarnos y ya. Los informes decían que no teníamos ningún tipo de lesiones. Y no era cierto. A un amigo le dieron con un bate en la cabeza, y yo, entre el forcejeo y los golpes, quedé con la cara muy golpeada, la cara, el cuerpo... de hecho, la rodilla estaba que no la aguantaba y tenía que agacharme y sentarme en el patio. Pero lo único que decía en el informe era que estábamos bien, físicamente, pues.

¿Cuánto tiempo estuvieron ahí? ¿Tenían a algún policía o a algún funcionario que les estuviera diciendo algo, o estaban solos?

No. Mientras estábamos en el patio estaban todos los funcionarios. Yo, por ser la mujer, tenía una custodia femenina, y cada

uno de los muchachos tenía un custodio. Mi misma custodia femenina fue quien buscó el orine de los presos, a modo de venganza porque esa fue con la que yo me agarré a golpes, con la que forcejee en el momento en que nos detienen. Ella misma fue hasta el retén masculino a buscar una pimpina de refresco llena de orine asquerosamente piche y me...

¿Eso fue público? ¿Fue delante de todos los demás muchachos que estaban allá?

Delante de todos. De todos los funcionarios que estaban ahí observando lo que pasaba, delante de mis compañeros, que también estaban detenidos. O sea, en pleno patio donde todo el mundo podía ver lo que pasaba. Agarró el orine y abrió o estiró mi pantalón por la parte de atrás y por la parte de adelante, y vertió el orine, con toda la intención de que me cayera una infección. Y efectivamente me cayó una infección terrible. A pesar de estar detenida, me mandaron el tratamiento, aunque, a juro, tenía que verme un ginecólogo porque la picazón era insoportable.

Después de esto, ¿le dieron la oportunidad de cambiarse de ropa?

Sí, en el momento en que me cambian la custodia, porque creo que ella entregaba la guardia. Eso fue como a las 7:30 de la noche más o menos, cuando efectivamente me cambian de custodia y [a la nueva] le pedí que por favor me diera la oportunidad de por lo menos lavarme, que necesitaba cambiarme, que necesitaba por lo menos algo de agua para lavarme aunque fuese las manos, la cara, las partes íntimas. Ella tuvo un poquito más de compasión y me dijo que iba a tratar de resolver para que pudiera bañarme. Sí, ella buscó, habló con la gente nuestra que estaba afuera esperándonos, mi familia, buscaron la ropa y como a las 8:30 de la noche fue que me bañé. Pasé todo el día así y parte de la noche.

¿La vio algún médico?

Me vio un médico, pero como dije, nada más para el informe de que estábamos bien; de resto, ni chequeo ni nada.

¿Y cómo hizo para controlarse la infección que le produjo ese orine?

Al día siguiente de que me detuvieron, porque estuve cuatro días detenida en la policía, mi familia me mandó unas cremas, unos lavados y todo eso me lo hice. Pero a juro tenía que verme un médico.

También dicen que sufrió muchas vejaciones dentro de la policía. Que supuestamente la violaron, la golpearon, ¿Fue así?

Bueno, eso de la violación, tengo que ser honesta, no pasó. Sí hubo muchas humillaciones, ofensas por parte de los funcionarios, de las funcionarias, de las femeninas, porque como yo era la única mujer, no podían encerrarme con los muchachos, así que me pusieron en el cuarto de las femeninas, de las policías, esposada a una de las barandas de la cama. Muchas de las funcionarias no estaban de acuerdo con que yo estuviera ahí, decían que yo tenía que estar en el retén como las demás delincuentes. Humillaciones como que tú eres una delincuente, tú no deberías estar aquí, tienes muchos privilegios; incluso, hubo una, como al tercer día, que mientras yo dormía en una cama que estaba desocupada ahí, en una camita vieja, me dijo: “Tú no tienes privilegio de dormir en una cama, tú vas a dormir en el suelo hoy porque yo voy a dormir ahí”. Y sí, arregló la cama y yo, esposada a la cama, tuve que extender la sabanita en el suelo y acostarme en el suelo porque a la niña le provocó dormir ahí.

¿Usted tiene identificadas a cada una de esas funcionarias?

Si recuerdo el nombre de dos, de dos funcionarias. De hecho, de la que me agarró al momento que llegamos a la comandancia que estábamos en el patio, ella se quitó el chaleco y le vi el nombre. Ella fue la que más se ensañó conmigo.

¿Hizo alguna denuncia en su contra?

Sí, efectivamente. En el momento que nos detienen llega una funcionaria del Ministerio Público preguntándonos si íbamos a hacer la denuncia respectiva y yo dije que sí, porque, obviamente, era mucha la injusticia. Nosotros estábamos manifestando pacíficamente. Fue muy injusta la manera cómo nos agarraron.

¿Cuánto tardó para que hicieran su audiencia?

A nosotros nos detienen el día jueves y la audiencia nuestra estaba pautada para el día domingo. Ese día nos llevan, o nos suben al tribunal. Pasamos todo el día ahí porque la audiencia de nosotros iba a ser la última. A nosotros nos atendieron como a las 4:00 o 5:00 de la tarde, nos permitieron comer algo y tomar agua porque desde temprano estábamos ahí. No nos habían dejado comer ni beber nada si no hasta ese momento, que por medio de un compañero cercano que trabaja ahí mismo fue que logramos medio comer algo. Pero fue el domingo como a las 9:00 de la noche que nos hicieron la audiencia.

¿Cuándo va a la audiencia, qué alega su defensa?

Mi defensa alega, precisamente, que nuestra manifestación era netamente pacífica porque no cargábamos ningún tipo de instrumento que alegaran que iba a...

Pero dicen que usted llevaba un morral con unas bombas molotov, algunos elementos explosivos, cosas como esas, ¿es cierto?

En realidad sí cargaba un morral, pero lo que tenía dentro era mi sweater, porque me había cambiado de ropa; cargaba una bandera y mis implementos de aseo personal. En la comandancia, cuando llegamos, abrieron una bolsa y pusieron sobre una mesa... sobre la mesa no, miento, pusieron sobre una acera unas bombas molotov, escudos que habían recopilado de protestas anteriores, bombas molotov, piedras, "n" cantidad de instrumentos. Pusieron mi morral a un lado de todo eso y en el expediente que ellos relatan, que ellos transcriben, dicen que dentro de mi bolso había algunos implementos de esos.

En la audiencia de presentación usted sale libre. ¿Sin ninguna condición o le impusieron régimen de presentación?

No. De esos seis que estábamos ahí, porque cabe destacar que a los dos menores de edad les hacen la audiencia aparte de la nuestra, la única que sale en libertad plena soy yo; el resto quedó detenido.

Después de su salida, la vuelven a detener. ¿Cuánto tiempo después la detienen y por qué?

El tiempo no lo recuerdo, pero fue muy cercano. Creo que fue al mes siguiente, sí, porque a mí me detienen el 11 de mayo y el proceso de validación de mi partido Copei era en junio, el día 16 o 15.

¿Cómo fue esa segunda detención?

Ese fin de semana se celebraba el proceso de validación del partido al que pertenezco y yo iba como testigo electoral y como apoyo logístico para el municipio Arismendi, porque en el equipo nos distribuimos por grupos y cada uno iba para un municipio y me correspondía a mí ir para Arismendi a trabajar con el proceso de validación. Yo me fui un día antes.

Arismendi es un municipio que queda a ocho horas de Barinas y hay que atravesar otros estados para llegar hasta allá, dependiendo de por dónde decidas irte. ¿Ustedes se fueron por cuál ruta?

Nos fuimos por Cojedes, porque resulta que, si nos íbamos por Apure, estábamos en temporada de invierno y era imposible llegar porque había mucha agua. Entonces, nos fuimos por San Carlos, llegamos a Tinaco y de ahí un bus para El Baúl y luego para Arismendi.

¿No tenía ninguna restricción para movilizarse en el país?

No. Yo salí con libertad plena, o sea, totalmente libre, no había ningún tipo de limitaciones para seguir trabajando en lo que hacía.

¿Cómo ocurre su detención?

Salí de mi casa a las 4:00 de la mañana porque el primer bus salía a las 5:00. Salgo con dos compañeros más de mi partido que íbamos a trabajar allá, y resulta que en el bus que me monto, en los dos puestos que estaban al lado del mío, un muchacho alto, flaco, acuerpadito, me pregunta que si yo soy “la guarimbera” [jóvenes que se enfrentan a las fuerzas de seguridad en la delantera de las manifestaciones o que levantan barricadas]. En ese momento no caigo en cuenta, me imagino que es por la noticia que se regó de que habían agarrado a una muchacha en la protesta. No le hice mucho caso, sino que lo vi así como normal. Pues, resulta que era un funcionario del Sebin que ya venía siguiéndome. Llegamos a Tinaco, ahí nos bajamos y nos montamos en otro bus para ir hasta El Baúl y, justamente antes de llegar a El Baúl, como cinco minutos antes de llegar, hay una alcabala en el medio de la nada. Eso es carretera y es solo para ambos lados, puro monte, la carretera sola, porque por ahí casi no pasa casi nadie. Había dos policías en una moto y un cono, no parecía ni siquiera una alcabala y ahí pararon el bus y nos pidieron cédulas a todos. Nunca me imaginé que yo estaba solicitada, así que entrego mi cédula, hacen el chequeo respectivo y veo que le entregan la cédula a todos los que estaban en el bus, incluyendo a mis amigos. Y yo le comento a mi amiga: “Mira, a mí no me entregaron la cédula”. En ese mismo momento se monta un policía y dice mi nombre: “Yolibeth Colmenarez, necesito que se baje de la unidad y traiga sus pertenencias”. Pero todavía, como ya había tenido un proceso judicial por las protestas, no vi que fuera la gran cosa porque yo estaba libre sin ningún tipo de restricción. Me imaginé que tenía que explicarle por qué me habían detenido anteriormente y, bueno... cuando me bajo, el policía me dice: “Tengo que llevarte a la comandancia porque tú estás solicitada a nivel nacional”, por los delitos de... ahí los mencionó, son muchos, y “tengo que llevarte a la comandancia para hacer tu presentación”. Yo dije: “No, esto no puede ser cierto, esto no es en serio, yo creo que es imposible, ustedes me están confundiendo con alguien”. Pero sí, fue algo inesperado.

¿En esta segunda oportunidad cuánto tiempo estuvo detenida?

De ahí me trasladaron directo hasta El Baúl. No me mandaron para San Carlos. Me hacen un chequeo médico, en un CDI [Centro de Diagnóstico Integral], y de ahí me llevan para la comandancia que está en El Baúl. Me hacen la respectiva reseña, que me detuvieron en tal sitio y dicen: “Hay que tomar la decisión de si llevarte hoy o llevarte mañana temprano hasta San Carlos para hacer tu presentación ante la policía del estado”. Yo les digo: “Pues, mientras menos tiempo perdamos, mucho mejor”. Esa misma noche salimos de El Baúl para San Carlos como a las 10:00 de la noche, en esa carretera horrible. No voy a negarlo, me dio miedo porque andar con cuatro funcionarios en esa

carretera sola... porque mis compañeros habían seguido para Arismendi, yo misma les dije que teníamos que cumplir con esa responsabilidad. Fue duro porque me imaginaba que cualquier cantidad de cosas podían pasar en ese trayecto de El Baúl hasta San Carlos, una carretera sola, llena de monte y yo sola con ellos, pero...

Llega a San Carlos y la dejan en la policía, ¿cómo fue el trato allí?

En San Carlos, cuando llegué, todos los funcionarios quedaron sorprendidos porque cómo era posible que se me acarrearán tantos delitos a “una muchachita tan delgada”. Decías: “Es una muchachita”, y se preguntaban cómo era posible. El trato fue muy respetuoso, el de los policías del estado, pero todo cambia en el momento en que me agarra la gente del Sebin. Cuando voy entrando a la comandancia de la policía, iba entrando una camioneta del Sebin, rotulada. Estuvieron hablando con los funcionarios un rato. Yo estaba en la patrulla mientras ellos hablaban y de ahí fue que me trasladaron a una de las oficinas de la policía junto con dos funcionarios.

Cuando dice que todo cambia con el Sebin, ¿en qué sentido cambió?

En el sentido de que cuando entran los dos funcionarios de Sebin el trato fue como más distante, como más drástico, igual que ellos. Los dos funcionarios estaban totalmente obtusos conmigo.

¿Sufrió algún tipo de tortura mientras estuvo con los funcionarios del Sebin?

En el momento que entro a la oficina con el Sebin, porque entré solo con ellos, yo veo que ellos instalan una cámara de video y prenden una computadora. Me dicen que necesitan que abra todas mis redes sociales, que abra mis correos... todo empezó con tortura psicológica. Que si no abría todo, iban a golpearme, que iban a meter mi cabeza en una bolsa con talco, que iban a arremeter contra mi familia; un montón de cosas. En el momento en que estoy tratando de abrir mi correo, las cuentas de mis redes sociales, yo sí noto que trato de abrirlas, pero no abren, entonces me dicen: “Eso es que tú no las quieres abrir” y me dan por la cabeza. Todo siempre fue golpes por la cabeza, “porque no quería abrir las redes, porque no, no”. Al ver que no logro abrir mis cuentas, uno de ellos me dice: “Qué pensarías tú si yo te meto en el retén con las demás femeninas”. Y yo le dije: “Pues si me meten para allá, ustedes tienen más fuerza que yo, no puedo hacer nada”. En ese momento, el que estaba más drástico conmigo, el que me daba por la cabeza, habló por teléfono y le dio explicaciones a alguien: “Esta chama no va a hablar. Ella no va a decir nada. Deme la orden para yo meterla al retén”. Y otro muchacho que se quedó conmigo, me dijo: “Es mejor

que hables porque si no te va a ir mal”. Yo le dije que no tenía nada que decir: “¿Qué quieres que te diga, si tú me dices qué quieres que te diga, yo te lo digo, porque no sé, qué quieren saber?”. Pusieron la cámara de video apuntando a mi cara diciéndome que les dijera quiénes eran los financistas de las protestas en Barinas. Entonces yo les dije: “Es que tú no me puedes preguntar algo que yo no sé”. Y en ese momento abren la computadora y me muestran unas fotos.

¿Cómo logra salir de esta segunda detención? ¿Cuándo le hacen su segunda audiencia?

En el momento en que me suelta el Sebin, porque como ellos dijeron textualmente, “no les colaboré”, los policías de San Carlos procedieron a encerrarme en el retén con la población reclusa, con delincuentes comunes ahí mismo en el retén de la policía, porque no habían tomado la decisión de dónde me harían la audiencia, si en San Carlos o en Barinas.

¿Qué deciden en esta nueva audiencia?

Cuando terminan, me dictan arresto domiciliario.

¿Cuánto tiempo estuvo detenida en su casa?

Cuatro meses detenida en mi casa, vigilada permanentemente por funcionarios del Sebin, porque siempre se mantuvieron ahí, sin uniformes ni nada, siempre vestidos de civil, nunca vi ninguna vestidura militar ni policial.

¿Cómo ocurre su liberación del arresto domiciliario?

Pasados los cuatro meses, mi abogado va hasta el tribunal y pide que se me dé una medida, que por lo menos me den la medida de presentación. Y el juez toma la decisión de darme la medida de presentarme cada 15 días en el tribunal de Barinitas.

¿Todavía se presenta en Barinitas o lo haces en Barinas?

No, todavía sigo presentándome en Barinitas, pero ahora cada 45 días. Hace como tres meses fue que cambiaron la medida de 15 a 45 días.

Estamos hablando de casi tres años. ¿En qué siente que le ha afectado esta situación en su vida diaria? Usted es abogada, ¿puede ejercer?

No, en el momento en que me detienen me limitan completamente ejercer mi carrera, no puedo salir del país, no puedo estar en manifestaciones públicas ni en actividades políticas grandes. Viajar libremente dentro del país no puedo porque si, por ejemplo,

tengo mi boleta de presentación vencida, en la primera alcabala me regresan.

Tengo entendido que no puede ni siquiera sacar su pasaporte.

No, no puedo, antes de abrir la página ya dice “bloqueado”, no puedo acceder a mi pasaporte precisamente por eso.

¿Y por qué no puede ejercer como abogada?

Pues, la verdad, yo también me pregunto lo mismo, ¿por qué no ejercer mi carrera?, porque en un juicio ordinario, si un abogado cae bajo delito, uno también puede ser su propio representante, pero en el ámbito militar no puede, en ese momento le quitan la licencia a uno.

¿Cómo siente que esto le ha afectado en su vida?

Es difícil porque, quizás no se note, pero hay cierto temor de que, en cualquier momento... yo siempre ando vigilada por el Sebin, siempre, aunque ellos crean que no me doy cuenta, siempre hay un funcionario cerca y más en las actividades políticas. Pero es difícil porque no pienso tanto en mí, porque, si me agarraste, me agarraste, pero pienso en mi mamá, pienso en mi papá, que es difícil porque yo sé lo que sufrieron cuando me agarraron; en mi abuela, yo soy la adoración de mi abuela. Más que todo, me duele es que me pase algo y que ellos sientan ese dolor.

¿Esto la intimidó, limitó sus ganas de seguir manifestando por un mejor país?

No, al contrario. Creo que me dio mucha más fuerza porque en el momento en que me agarran, yo digo... “detesto y aborrezco las injusticias, entonces esto tiene que darme el doble de ganas para seguir luchando”. Creo que más venezolanos que pasen por lo que yo pasé es injusto y creo que puedo poner mi granito de arena, creo que puedo seguir y mientras yo tenga mis buenas piernas para seguir jodiendo, para seguir luchando, para seguir guerreando, dijera una muchacha, “seguir guerreando por Venezuela”, lo voy a hacer hasta que aguante.

Imagino que ahora toma más precauciones, es más precavida.

¡Claro!, ¡por supuesto! En el momento en que se ponen turbias las manifestaciones, en ese mismo momento, aunque quiera seguir luchando, no, no, tengo que limitarme. Ya son dos detenciones, no es que sea un privilegio que no me hayan metido presa en Santa Ana [Centro Penitenciario de Occidente, mejor conocido como cárcel de Santa Ana, en el estado Táchira], pero... por cosas de Dios, que Dios es demasiado grande, no estoy ahí y por algo es, algún propósito debe haber detrás de esto.

Con todo lo que le pasó, ¿usted perdonó a sus agresores?

No voy a mentir que al principio, días después de que pasé por eso, sentí la necesidad de... no sé, de convertirme en una cazadora de brujas y perseguirlos hasta el fin del mundo para que pagaran por todo lo que han hecho, no solo a mí, a mucha gente. Pero a medida que pasa el tiempo, uno se va dando cuenta de que si uno tiene un discurso de perdón, de reconciliación, de unidad, es lo primero que tengo que demostrar yo para que la gente empiece a creer en mí y la situación del país cambie. Si seguimos con ese odio y ese rencor entre nosotros, Venezuela no va a salir de este mal momento por el que está pasando.

¿Necesitó en alguna oportunidad de ayuda psicológica?

Irónicamente, días después, una muchacha que estudia psicología en la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado me contactó y me dijo que había escuchado sobre mi caso y que quería hacerme un test. Yo lo acepté porque me dijo, “bueno, es para su evaluación final”. Recuerdo que me llevó el test a mi oficina, lo llené y me dijo: “Yoli, el resultado del test es que necesitas ayuda psicológica”. Hablar de eso después de tanto tiempo, y todavía me causa cierta incomodidad sentimental, no sé, tanto sentimental como personal, pero poco a poco, creo que con ayuda de Dios, con ayuda de mis amigos he podido salir de esa situación.

Esto no le ha permitido ejercer su carrera, ¿cuáles eran sus sueños?

¿Mis sueños?, mi sueño no tenía nada que ver con la política, inada! Mi sueño no era graduarme de derecho, ni siquiera quería estudiar derecho. Siempre quise ser criminólogo y empecé a estudiar derecho porque dije: “No, de repente me ayuda, y más adelante sigo con la otra carrera”. Pero el derecho fue lo que me impulsó un poquito más a la política, conocía a mucha gente en esa carrera y, hoy en día, la política no voy a negar que me gusta, pero no era mi sueño al principio.

¿Y una vez que esto termine?

Una vez que esto termine sí me alejaré totalmente de la política y me dedicaré totalmente a lo que me gusta con instituciones ya menos corrompidas.

Volver al índice